



EL JUEGO *de amarte*

DD DINA REED

EL JUEGO DE AMARTE

DINA REED

©Dina Reed, agosto, 2026

©Todos los derechos reservados.

Diseño y composición de portada: DR

Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida, almacenada o transmitida, total o parcialmente y por ningún medio, sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos permitidos por la legislación vigente.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares, acontecimientos y situaciones que aparecen en ella son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es puramente casual.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[MÁS NOVELAS](#)

Capítulo 1

Logan Cole dejó la estilográfica sobre un informe y lanzó una cifra sin dejar de mirar a los tres hombres:

—Ciento ochenta millones.

Al otro lado de la mesa, nadie dijo una palabra.

Logan se recostó en el sillón y entrelazó las manos sobre el abdomen, como si acabara de comentar el tiempo y no de rebajar en veinte millones de dólares la oferta que había puesto sobre aquella misma mesa veinticuatro horas antes.

Frente a él, tres hombres con trajes que costaban más que el sueldo anual de muchos neoyorquinos intercambiaron miradas.

Logan esperó.

Era bueno esperando.

Había aprendido hacía muchos años que el silencio podía ser bastante más efectivo que cualquier argumento. Sobre todo, cuando quien estaba sentado enfrente necesitaba vender mucho más de lo que él necesitaba comprar.

—Ayer hablábamos de doscientos millones —dijo finalmente Robert Sullivan.

—Ayer.

—El edificio sigue siendo el mismo.

—Exactamente. Y sus problemas también.

Sullivan apretó la mandíbula y Logan casi sonrió, pero solo casi. Se levantó y caminó hacia los enormes ventanales de su despacho. Manhattan se extendía a sus pies bajo un cielo despejado de finales de julio. Desde aquella altura, Nueva York parecía incluso manejable.

Cualquiera diría que era ordenada y previsible. Él no iba a dejarse engañar.

Su despacho ocupaba una esquina de una de las plantas superiores de la sede de Cole Developments.

Un edificio de cristal, acero, madera oscura y unas vistas por las que probablemente cualquier agente inmobiliario habría vendido a su madre.

A Logan le gustaban, aunque apenas tenía tiempo para disfrutarlas.

—El informe estructural no es precisamente alentador —continuó Logan—. La rehabilitación va a costarme una fortuna y usted lleva nueve meses intentando vender. Ciento ochenta millones es una buena oferta.

—Podemos encontrar otro comprador —replicó Sullivan.

Logan se volvió. Hasta ahí habían llegado, así que dijo:

—Entonces deberían hacerlo.

Logan recogió el teléfono de la mesa y les advirtió:

—Ciento ochenta millones hasta las cinco de esta tarde. Después serán ciento setenta y cinco.

—No puede hablar en serio —murmuró Sullivan.

—Nunca hablo tan en serio como cuando se trata de veinte millones de dólares.

Sullivan lo observó unos segundos. Logan sostuvo su mirada y esperó.

Tres.

Dos.

Uno.

—Ciento ochenta y cinco —habló Sullivan, al fin.

—Ciento ochenta.

—Cole...

—Ha sido un placer, Sullivan.

—Está bien.

Logan arqueó una ceja y preguntó sin arredrarse:

—¿Está bien qué?

Sullivan soltó el aire y Logan supo que ya había ganado:

—Ciento ochenta.

Ahora sí, Logan sonrió y se limitó a decir:

—Mis abogados tendrán la documentación preparada esta tarde.

Los tres hombres abandonaron el despacho unos minutos después.

Ya solo, Logan se sirvió un poco de agua y miró su reloj.

Once y diecisiete de la mañana.

Había comprado uno de los edificios que llevaba meses queriendo por veinte millones menos de lo previsto y todavía le quedaban trece minutos antes de su siguiente reunión.

Un jueves bastante productivo.

—Recuérdame que invite a Sullivan a cenar.

Logan levantó la mirada. Era Paul, su asistente, que estaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿Para qué? —preguntó Cole, ceñudo.

—Después de lo que acabas de hacerle, lo mínimo sería darle de comer —respondió Paul, con sorna.

Paul tenía veinticinco años, era pelirrojo, alto, espigado, llevaba gafas de pasta y trajes impecables y había sido el mejor de su promoción.

Y, además, tenía sentido del humor...

—Acaba de embolsarse ciento ochenta millones. Puede pagarse la cena.

—También es verdad —soltó Paul, mordaz.

Luego, entró con la tableta en la mano y le recordó a su jefe:

—He movido la reunión con Jacobs a las doce. A las dos tienes...

El teléfono de Logan comenzó a vibrar, miró la pantalla y vio el nombre: Margaret Hill.

Toda la satisfacción que acababa de proporcionarle el acuerdo con Sullivan desapareció de golpe.

—Cancela lo de las doce —le pidió a Paul.

—¿Qué?

Logan resopló y le exigió con un gesto de la cabeza:

—Fuera.

Su asistente siguió la dirección de sus ojos hacia el teléfono y cambió de expresión.

—Claro.

Cerró la puerta al salir y Logan dejó que el teléfono sonara una vez más antes de responder.

—Señora Hill —saludó impasible.

—Buenos días, señor Cole.

A Logan no le gustó su tono. Aunque, pensándolo bien, jamás le gustaba el tono de Margaret Hill.

La trabajadora social encargada del caso de su sobrino tenía la extraordinaria capacidad de hacer que Logan se sintiera como un adolescente al que habían pillado fumando detrás del instituto.

Y eso que Logan Cole llevaba veinte años sin ser adolescente y nunca había fumado detrás de ningún instituto.

—¿Ha ocurrido algo con Leo?

Fue lo primero que preguntó, siempre era lo primero que preguntaba.

—Está todo bien.

Los hombros de Logan se le relajaron ligeramente.

—Entonces dígame qué ocurre.

Hubo un pequeño silencio.

—Quería hablar con usted sobre la evaluación.

Logan regresó a su mesa, se mordió el labio, inquieto, y replicó:

—La escucho.

—El informe preliminar no recomienda por el momento que se formalice la tutela permanente a su favor.

Logan tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo dice?

—Señor Cole...

—He oído perfectamente lo que ha dicho. Lo que quiero saber es por qué.

Se puso de pie otra vez, porque le fue imposible permanecer sentado después de lo que acababa de escuchar:

—Llevamos hablando de esto durante meses. Leo vive conmigo. Va al mismo colegio de siempre. Está con sus amigos. Tiene su habitación, sus cosas, su vida...

—Nadie está cuestionando que pueda proporcionarle todo lo que necesita materialmente.

—¿Materialmente? —replicó Logan, indignado.

Y la palabra salió con más violencia de la que pretendía.

—Estamos valorando muchos otros factores.

Logan caminó hacia el ventanal, con la sensación de que estaba pisando terreno minado:

—¿Y qué demonios significa eso?

—Significa que debemos determinar cuál es el entorno más adecuado para Leo a largo plazo.

—¡Ya tiene un entorno adecuado!

—Su abuelo también ha solicitado hacerse cargo de él.

Logan cerró los ojos un instante.

Edward Whitmore no podía hacerle eso.

Aunque fuera el abuelo.

Sencillamente, no.

—Edward vive en Canadá —le recordó Logan.

—Lo sé.

—Leo tiene nueve años. Su colegio está aquí. Sus amigos están aquí. Toda su vida está en Nueva York.

—Eso se tendrá en cuenta.

—¿Se tendrá en cuenta? —repitió Logan, frustrado.

Y se apretó el puente de la nariz sintiendo que estaba empezando a perder la paciencia.

Y él nunca perdía la paciencia.

Él era experto en hacer que la perdieran los demás, por lo que replicó:

—¿De verdad están considerando mandar a un niño que acaba de perder a sus padres a otro país?

—Han pasado seis meses desde el accidente.

—Precisamente por eso.

Logan se giró, aunque no hubiera nadie allí, sintiendo cómo la bilis se le subía a la garganta.

Leo era lo que más quería.

Y estaba dispuesto a enfrentarse con quien fuera para que su sobrino fuera feliz.

No iba a conformarse con menos.

—Seis meses, señora Hill. Hace seis meses Leo tenía a su madre y a su padre. ¿No cree que ya ha perdido suficiente? ¿Ahora también quieren quitarle su casa, su colegio, sus amigos y todo lo que conoce?

—Nadie quiere quitarle nada.

—Eso es exactamente lo que ocurriría.

Logan se pasó una mano por el pelo.

Porque la gente parecía olvidar que él también estaba pasando un duelo.

Él había perdido a Alexia.

A su hermana pequeña y a la niña de sus ojos.

Y dolía. Claro que dolía. Todavía había momentos en los que pensar en su hermana le producía una sensación tan absurda que parecía que alguien acabara de comunicarle la noticia.

Pero habían pasado seis meses. Solo seis malditos meses de aquel jodido horror que comenzó con una llamada de madrugada.

Un accidente.

Un hospital.

Y, de repente, Alexia ya no estaba.

Tampoco su marido: George, al que Logan había llegado a querer como a un hermano.

Y Leo, con nueve años, se había quedado sin padres.

Logan ni siquiera había dudado. ¿Cómo iba a hacerlo? Para él era obvio: Leo se iría con él.

Era su sobrino. Era su familia y, sobre todo, estaba convencido de que era lo que Alexia habría querido.

Al menos, de eso estaba convencido, pero había alguien que no quería que las cosas fueran así:

—Edward Whitmore puede ofrecerle un entorno muy estable —continuó Margaret.

Logan soltó una carcajada seca, porque aquello solo podía ser un chiste malo.

—Edward Whitmore apenas conoce a su nieto.

—Es su abuelo.

—Ya sé quién es.

—Entonces también sabrá que mantiene una relación con él.

—¿Una relación? Lo ve en Navidad y alguna semana durante las vacaciones. Yo llevo formando parte de la vida de Leo desde que nació.

—No he dicho lo contrario —replicó Margaret en un tono firme.

—Entonces no entiendo qué estamos discutiendo.

Esta vez Margaret tardó un poco más en contestar, pero al final lo dijo:

—Su disponibilidad, señor Cole.

Logan frunció el ceño y repitió extrañado:

—¿Mi disponibilidad?

—Trabaja muchas horas.

—Tengo una empresa. ¿Qué espera?

—Lo sé.

—Mire, no quiero sonar presuntoso, pero no lo sabe. Dirijo una de las mayores firmas de desarrollo inmobiliario de Nueva York. Hay operaciones de cientos de millones y miles de personas que dependen de mí.

—Y ahora también un niño —replicó Margaret sin dejarse impresionar por su negocio multimillonario.

—El niño es lo que más me importa.

Margaret se quedó unos instantes callada, como si estuviera consultando un informe. Después habló:

—En estos seis meses ha habido varios cambios en las personas encargadas del cuidado diario de Leo.

—Han sido niñeras perfectamente cualificadas.

—Han sido varias —insistió Margaret.

—Dos.

Logan pensó que podía jurar que solo habían sido dos niñeras. Sin embargo, Margaret matizó:

—Cuatro.

Logan apretó los labios y pensó que Margaret tenía razón. Los puñeteros informes nunca mentían. Sí, habían sido cuatro, técnicamente sí, pero había dos niñeras que apenas habían durado cinco días, así que casi no contaba.

Lo que Logan sí que tenía claro era que su sobrino no había tenido culpa de nada. Se habían ido porque él era muy exigente y más si se trataba de Leo:

—Ninguna se marchó por Leo.

—No estoy culpando a Leo.

—Pues entonces no veo el problema.

—El problema es que un niño que acaba de sufrir una pérdida traumática necesita continuidad.

—La tiene conmigo.

—Usted sale de casa antes de que él se vaya al colegio tres días por semana. En ocasiones regresa después de que se haya acostado. El mes pasado viajó dos veces.

—Una noche cada vez.

—Señor Cole...

—¿Qué espera que haga? ¿Que cierre la empresa? —replicó Logan, sorprendido de que esa mujer no pudiera comprenderlo.

—Espero que entienda que proporcionar estabilidad no consiste únicamente en contratar a las mejores personas para cubrir las horas en las que usted no está.

A Logan aquellas palabras le dolieron mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Yo estoy presente —aseguró dolido.

—No estoy diciendo que no quiera a su sobrino.

—Más le vale —le advirtió Logan, arqueando una ceja.

—Estoy diciendo que quererlo y estar preparado para criarlo no son necesariamente la misma cosa.

Logan se tensó por completo, echó un vistazo por la ventana y a cientos de metros bajo sus pies, los taxis parecían pequeñas manchas amarillas avanzando entre las calles.

Desde allí arriba, Nueva York parecía estar a sus pies. Una ironía, teniendo en cuenta que llevaba seis meses sin saber cómo solucionar el único problema que realmente le importaba: la custodia de su sobrino.

—¿Y Edward sí está preparado? —contraatacó Logan.

—El señor Whitmore está retirado. Tiene disponibilidad completa. Vive en la misma casa desde hace más de veinte años y ha presentado un plan detallado sobre cómo se organizaría la vida de Leo.

—En Canadá.

—Sí.

—A miles de kilómetros de todo lo que conoce.

—Eso también será valorado.

—Pues valórenlo bien.

—Logan... —Era la primera vez que Margaret lo llamaba por su nombre—. No estoy en su contra.

—Pues lo disimula de maravilla.

—Estoy del lado de Leo.

Aquello volvió a silenciarlo, porque él también estaba de ese mismo lado. Ese era precisamente el problema.

—Los jueves son nuestros desde que cumplió tres años —dijo de pronto.

—¿Perdón?

—Desde mucho antes del accidente. Todos los jueves recojo a Leo. No mi chófer. No una niñera. Yo. —Margaret guardó silencio—. Vamos a una cafetería que le gusta. A veces merendamos allí. Otras cenamos. Depende. Pero llevo haciéndolo desde que era pequeño.

—Eso figura en mi informe.

—Entonces también debería figurar que conozco a mi sobrino. Sé que odia los guisantes. Sé que se inventa dolor de barriga cuando tiene examen de matemáticas. Sé que duerme con la luz del pasillo encendida desde que murieron sus padres porque le da vergüenza reconocer que vuelve a tener miedo a la oscuridad... —Tuvo que detenerse. Mierda, pensó y luego siguió—: Y sé que no quiere marcharse de Nueva York.

La voz de Margaret se suavizó.

—Lo sé.

—Entonces no permitan que se lo lleven.

—No depende solo de mí.

—¿Qué tengo que hacer?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla.

Y Logan Cole no preguntaba qué tenía que hacer jamás.

Normalmente era él quien se lo decía a los demás.

—Demostrar que puede ofrecerle continuidad. Que su vida tiene espacio real para un niño, no únicamente recursos para atenderlo. Leo necesita una estructura estable y personas que permanezcan en su vida.

—Yo permanezco.

—Entonces demuéstrelo.

Margaret le explicó que habría nuevas entrevistas y otra evaluación a finales de agosto.

Logan apenas escuchó el resto.

Cuando finalmente colgó, dejó el teléfono sobre la mesa.

Ciento ochenta millones.

Veinte minutos antes había conseguido que tres hombres aceptaran perder veinte millones de dólares con respecto a la cifra

que pretendían obtener.

Eso sabía hacerlo.

Negociar, comprar, construir, convencer, ganar... pero alguien acababa de decirle que quizá no era capaz de proporcionar un hogar adecuado a su sobrino de nueve años.

Miró la fotografía que había sobre una de las estanterías.

Alexia estaba riéndose.

Leo debía de tener cinco o seis años y estaba sentado sobre los hombros de su padre.

Logan aparecía a su lado mirando a la cámara con expresión de estar preguntándose cómo demonios lo habían convencido para participar en aquella fotografía.

—No voy a dejar que se lo lleve —murmuró.

Llamaron a la puerta y su asistente asomó la cabeza.

—Jacobs dice que puede esperar hasta las doce y media.

Logan miró el reloj y se preguntó: «¿En qué momento había pasado tanto tiempo?».

Se levantó inmediatamente, cogió sus cosas y le pidió a Paul:

—Cancela todo.

—¿Todo qué?

—Todo lo que quede en el día de hoy.

—A las cuatro y media tienes la reunión con...

—Cancélala.

—Logan, llevan tres semanas intentando cuadrarla.

Él se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta y replicó:

—Pues tendrán que intentarlo una cuarta.

Su asistente lo miró durante un segundo y después sonrió, oliéndose lo que pasaba:

—Es jueves. Pero tú nunca te vas tan pronto...

Logan recogió las llaves y repuso mientras se dirigía a la puerta:

—Es jueves. Y punto.

Y los jueves eran de Leo.

Aunque, al parecer, ahora tuviera que convencer al resto del mundo de algo que él llevaba años sabiendo.

Que Leo Whitmore era su familia.

Y que nadie iba a llevárselo a Canadá.

Nadie.

Capítulo 2

Leo acababa de bajar, junto a su niñera, del ático en el que vivía con Logan en el Upper East Side. Al verlo junto al coche, sonrió de oreja a oreja.

—¿Vamos a comer?

Logan apartó la vista del tráfico y miró a su sobrino tras alzar las cejas:

—Eso parece.

Leo seguía plantado junto al coche, con la mochila colgada de un solo hombro y una expresión de absoluta incredulidad.

—¿Tú y yo?

—No. He pensado dejarte aquí y marcharme.

Leo, tras soltar una risotada que le hizo sonreír a Logan, murmuró:

—Tío.

—¿Qué?

—Es jueves.

—Hasta ahí llego.

Leo volvió a carcajearse. Logan le pidió a la niñera que subiera a casa y él salió del coche mientras su sobrino le recordaba:

—Los jueves merendamos. Es por si se te ha ido la pinza.

Logan abrió la puerta trasera del coche y señaló el interior:

—La pinza nunca se me va. Hoy vamos a comer.

Leo no se movió y replicó extrañado:

—Pero tú nunca puedes comer.

Logan se encogió de hombros y le respondió risueño:

—Como todos los días, Leo.

—Ya sabes lo que quiero decir. A esta hora siempre estás trabajando.

Aquello consiguió borrarle la sonrisa. No por lo que Leo había dicho, sino porque apenas había transcurrido un rato desde que Margaret Hill le había explicado exactamente lo mismo.

Trabajaba demasiado, no estaba suficientemente presente, su sobrino necesitaba estabilidad y Edward Whitmore, al parecer, podía ofrecérsela mejor que él.

—Hoy no —contestó Logan.

Leo estaba deseando siempre estar con su tío, así que no le pidió más explicaciones. Estaba feliz de compartir un rato con él y subió al coche.

Logan rodeó el vehículo y ocupó su sitio. Durante el trayecto recibió tres llamadas, rechazó las tres y Leo se dio cuenta.

Menudo era él, que no se le pasaba una.

—¿No vas a contestar?

—No.

—¿Estás enfermo? —preguntó el niño con una sonrisita socarrona.

Logan lo miró a través del espejo y replicó:

—¿Por qué todo lo que hago hoy te parece extraordinario?

—Porque es extraordinario —respondió Leo, asintiendo con la cabeza.

—Supongo que te tengo que dar las gracias por ver como algo extraordinario algo que es de lo más normal.

—De nada. Pero que sepas que no es normal.

Logan, sin apartar la vista de la carretera, de pronto pensó que quizá Margaret Hill tenía razón en más cosas de las que le apetecía reconocer.

Y aquello lo irritaba tanto que puso a Billie Eilish, la favorita de Leo y, a esas alturas, también la suya de tanto escucharla.

No quería pensar más en el tema, tan solo conducir tranquilo hasta la cafetería Belinda's Corner en el West Village.

La cafetería no era precisamente el tipo de sitio que Logan habría elegido por iniciativa propia. Había restaurantes mejores en Nueva York y, probablemente, hamburguesas mejores a pocas manzanas de allí. Pero eso nunca había importado, porque era el lugar favorito de su sobrino.

Alexia y George solían llevar a Leo a aquella cafetería desde que era pequeño y, cuando cumplió tres años, Logan empezó a hacerlo también. Los jueves. Siempre los jueves.

Al principio había sido una forma de pasar tiempo con su sobrino. Una tarde a la semana en la que Logan abandonaba reuniones, edificios, inversiones y cualquier otro asunto que pareciera urgentísimo para recoger a Leo y llevarlo a Belinda's Corner. Con los

años, aquella costumbre se había convertido en algo sagrado para los dos.

Durante seis años no había faltado prácticamente un solo jueves.

Ni siquiera después de la muerte de Alexia y George.

Mejor dicho: sobre todo después de la muerte de Alexia y George.

Porque, cuando todo lo demás en la vida de Leo había cambiado de golpe, Logan se había empeñado en que los jueves siguieran siendo exactamente iguales.

Y el Belinda's Corner les permitía tener esa sensación de que había cosas que siempre estarían ahí.

Después de pasarse el trayecto cantando con Leo, aparcaron cerca de la cafetería y entraron.

El local estaba más concurrido que a la hora a la que solían ir los jueves.

Logan llevaba años entrando en aquella cafetería y todavía no entendía del todo qué le veía Leo.

No tenía nada de especial.

Mesas de madera, grandes ventanales, una barra demasiado larga, fotografías antiguas de Nueva York en las paredes y un menú que parecía no haber cambiado desde que alguien decidió que poner beicon dentro de una hamburguesa era una buena idea.

Sin embargo, Leo adoraba aquel sitio.

Y, si tenía que ser sincero, Logan también había acabado tomándole cierto cariño.

Quizá porque era uno de los pocos lugares de Manhattan en los que nadie parecía esperar nada de él.

Allí no era Logan Cole, presidente y fundador de Cole Developments.

Era simplemente el tío de Leo.

Y eso estaba bien.

—¡Pero bueno!

Logan reconoció la voz antes de localizar a la camarera.

Lena Parker apareció entre dos mesas con una bandeja en una mano, una sonrisa ancha y el pelo recogido de cualquier manera sobre la cabeza.

Se detuvo al verlos.

—¿Qué hacéis aquí?

Leo señaló a Logan.

—Se ha vuelto loco.

—Eso explica muchas cosas —replicó Lena, lanzándole una mirada cómplice al crío.

—Parker —habló Logan serio.

Siempre lo hacía, porque la camarera era la típica a la que si no se le ponía freno se le podía subir a las barbas.

Era espontánea, alocada, caótica, impulsiva... y hablaba por los codos.

A Logan le ponía de los nervios.

Se acercaba a la mesa a pedir nota y siempre acababa de cháchara con Leo durante horas.

Bueno, a lo mejor eran solo unos cuantos minutos.

Pero no paraban...

La verdad es que Parker y Leo se llevaban genial, le encantaba hacer el payaso y luego había entre ellos silencios de esos en los que no les hacía falta más que mirarse para entenderse.

Y no había que ser muy avisado para percatarse de que la camarera era una de las poderosas razones por las que a Leo le gustaba tanto frecuentar ese lugar.

Él reconocía además que la chica tenía mucho cariño a su sobrino y se lo agradecía todavía más en esos momentos tan duros por los que estaba atravesando.

Leo necesitaba a su lado gente que le hiciera feliz y Parker lo hacía.

Aunque él... no la soportara mucho.

A ver, no era que la detestara. Simplemente, no era compatible con él.

Era una chica preciosa, con media melena ondulada, ojos grandes y vivarachos, sonrisa encantadora, cuerpo bonito y un tatuaje en una mano con estrellitas, una media luna y un corazón en el que siempre se fijaba.

No sabía por qué.

Él odiaba los tatuajes.

Pero ese que tenía Parker en la mano le gustaba...

—Cole —replicó ella en un tono cantarín.

Logan la miró y Lena sonrió.

Era una especie de ritual absurdo que habían adquirido con los años.

No recordaba cuándo habían empezado a saludarse así llamándose por sus apellidos. Probablemente después de alguna discusión estúpida sobre si Logan podía reservar siempre la misma mesa junto a la ventana.

Lena había ganado, como casi siempre que discutían dentro de aquellas cuatro paredes.

—Dice que vamos a comer —explicó Leo.

Lena abrió mucho los ojos porque era la primera vez que Cole comía en la cafetería.

—¿A comer?

—¿Qué demonios os pasa a todos? —masculló Logan a la defensiva.

—Tú jamás has venido a comer a nuestra cafetería. Imagino que es poca cosa para un tío tan importante.

—Pues hoy he decidido comportarme como una persona normal.

Lena lo recorrió con la mirada.

—No sé si una hamburguesa va a conseguir tanto —ironizó Lena.

Leo soltó una carcajada y Logan decidió ignorarla.

—¿Hay mesa?

—La vuestra está libre —respondió Lena señalando la mesa con la bandeja.

—No tenemos una mesa —repuso Logan.

—Claro que la tenéis. Lleváis sentándoos en la misma desde que este pequeñajo apenas llegaba a la barra.

A Leo no le gustó que le llamara así y protestó:

—¡Lena!

—Perdón. Se me olvida que ya eres un hombre —bromeó Lena.

—Tengo nueve años —recordó Leo, envarándose.

—Exactamente. Prácticamente puedes solicitar una hipoteca —ironizó Lena, que dejó la bandeja en la mesa que tenía detrás.

Después, les pidió que la siguieran hasta su mesa y Lena dejó solo una carta delante de Logan.

—¿Y la mía? —refunfuñó Leo.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Lena.

—Para elegir —contestó Leo, encogiéndose de hombros.

—Tú quieres una hamburguesa muy hecha, doble de queso, sin pepinillos, tomate aparte y patatas sin salsa porque dices que se quedan blandas.

Leo sonrió, levantó la mano y Lena la chocó:

—Exacto.

—Y limonada —añadió Lena.

—Con poco hielo —recordó el niño.

—Con poco hielo.

Lena anotó algo en su libreta que probablemente no necesitaba anotar.

—¿Ves? Te ahorro el trabajo de leer la carta.

—Tampoco pasa nada por leer una carta. No quiero que se me convierta en un vago.

—¿Por no leer una carta? Anda, ya. ¿Y tú? ¿Qué quieres?

—Lo mismo —dijo Logan, sin abrir la carta.

Leo abrió la boca porque estaba alucinado.

—Flipo. Tú nunca comes hamburguesas.

Logan cerró los ojos un segundo y les pidió:

—¿Podemos superar de una vez la conmoción que está produciendo mi presencia aquí a la hora de comer?

Lena se rio.

—Una hamburguesa para el señor Cole. Esto tengo que verlo.

Se marchó hacia la barra y Logan la siguió con la mirada apenas un instante.

Después miró a Leo, que estaba rebuscando algo dentro de su mochila.

Logan resopló y decidió que había que hacerlo.

Había pensado durante todo el trayecto cómo abordar aquella conversación y no había encontrado ninguna manera buena.

—Leo —dijo al fin.

—Dime.

—Deja eso un momento.

El niño levantó la cabeza. Algo en el tono de Logan debió de alertarlo porque cerró la mochila inmediatamente.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Sí pasa —insistió Leo, al ver a su tío un poco raro.

Logan apoyó los antebrazos sobre la mesa y le contó la verdad:

—He hablado esta mañana con Margaret Hill.

Leo hizo una mueca de fastidio.

—¿La señora que hace tantas preguntas?

—Esa misma.

—¿Va a volver a casa a cotillear cómo vivimos y tal?

—Probablemente.

—La última vez miró hasta dentro de la nevera.

—Supongo que forma parte de su trabajo —explicó Logan, frotándose la nuca.

—También me preguntó un día si eras simpático.

Logan arqueó las cejas, porque era la primera noticia que tenía:

—¿Y qué contestaste?

—Que depende.

—Gracias por tu apoyo —replicó Logan, mordaz.

Leo sonrió, pero Logan no. Y el niño volvió a darse cuenta.

—¿Qué te ha dicho esta vez?

Logan respiró profundamente y respondió con la verdad:

—Tu abuelo Edward ha solicitado que te vayas a vivir con él.

Leo frunció el ceño y replicó con cara de espanto:

—¿A Canadá?

—Sí.

—Pero yo no quiero vivir en Canadá.

—Ni yo quiero que te vayas.

—Entonces dile que no —habló Leo, apelando a la lógica.

—Ojalá fuera tan sencillo. No depende únicamente de mí.

Leo permaneció callado unos segundos y preguntó, intentando disimular la punzada de angustia:

—¿Me tengo que ir?

Ahí estaba. La pregunta que Logan llevaba toda la mañana intentando evitar.

—No lo sé —respondió, y odió no poder darle otra respuesta.

—Pero yo vivo contigo.

—Sí.

—Y estoy bien.

—Me esfuerzo para que lo estés.

—Entonces ¿por qué? —preguntó Leo, con un nudo en la garganta.

Logan buscó las palabras. No quería hablarle de informes, procedimientos ni evaluaciones. Leo tenía nueve años y había tenido que comprender demasiadas cosas de adultos durante los últimos seis meses.

—Porque Margaret tiene que asegurarse de que estás en el mejor sitio posible.

—Estoy en el mejor sitio posible.

Logan sintió algo en el pecho.

—Eso mismo pienso yo.

—Pues ya está —zanjó Leo en su lógica de niño.

Logan pensó que su sobrino tenía razón, pero, por desgracia, el mundo de los adultos era muchísimo más complicado.

—No funciona exactamente así.

Leo bajó la mirada hacia la mesa y musitó con los ojos llenos de lágrimas.

—No quiero irme, tío.

Logan sintió que se le rompía el corazón, se incorporó, le apretó el hombro para que sintiera que estaba ahí, que nunca iba a fallarle, y replicó:

—Lo sé.

—Mi colegio está aquí. Y mis amigos.

—Lo entiendo.

—Y Noah y Sam.

—Ya.

—Y tú.

Logan tragó saliva. Eso no se lo esperaba. O quizá sí. Pero escucharlo era otra cosa.

—Y yo —repitió.

Leo levantó la mirada y le preguntó a su tío con la voz temblorosa:

—¿Tú quieres que me quede?

Logan se levantó sin contestar y lo abrazó con fuerza.

—¡Me vas a partir las costillas! —protestó Leo.

Logan lo soltó y volvió a sentarse.

—Joder, Leo... Me has matado. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Pues entonces no entiendo nada.

—Bienvenido al mundo de los adultos. Es una jodida mierda.

—Luego me dices que hable bien...

—Yo puedo hablar como quiera, tú no.

—Es bastante absurdo —insistió Leo.

—No voy a discutir eso. Tú no puedes decir palabrotas.

—No me refiero a las palabrotas, me refiero a lo de la cotilla de Margaret... —Leo permaneció unos segundos callado y luego preguntó algo que le costaba aceptar—: ¿Por qué cree Margaret que estaría mejor con el abuelo?

Logan se echó hacia atrás y trató de responder manteniendo la calma:

—Porque tu abuelo tiene más tiempo. Está jubilado.

—Se pasa el día jugando al golf. ¡Está más ocupado que tú!

Logan tuvo que contener una sonrisa.

—Eso no figura en los informes de Margaret Hill.

—Debería.

—Leo.

—¿Qué?

—Edward te quiere.

—Vale.

Para Logan era importante dejar claro ese punto. De ninguna manera iba a transformar a Edward Whitmore en un monstruo porque no lo era.

Era un hombre serio, rígido y bastante insoportable cuando se lo proponía, pero quería a su nieto.

El problema era que Logan también.

—Tu abuelo vive en una casa grande, tiene mucho tiempo libre y podría estar contigo prácticamente siempre.

—Tú también tienes una casa grande y sin tanto trasto viejo.

—Son antigüedades. Tu abuelo fue anticuario. Y tiene una casa preciosa —le recordó Logan.

—Tus muebles son más bonitos.

—De acuerdo. Si te parecen más bonitos, perfecto. Y quiero que sepas que la parte de la casa la tengo aprobada. Ese no es el impedimento...

—¡Como para serlo! Si tu negocio son las casas...

—El problema es que trabajo mucho.

—Muchísimo —precisó Leo.

—Gracias otra vez —bromeó Logan haciendo el gesto de que le clavaba un puñal en la espalda.

—Es verdad.

—Ya.

Logan jugueteó con el vaso de agua que Lena acababa de dejarle delante sin que se hubiera dado cuenta.

—Margaret cree que necesitas una vida más estable.

Leo frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Buena pregunta, pensó Logan. Y respondió como mejor supo:

—Que tengas unos horarios, unas rutinas... Que las personas que te cuidan no cambien.

—Es que tuvimos que cambiar a las niñeras porque tú eres muy tiquismiquis.

—Tú te mereces lo mejor. Y esas chicas no trabajaban como se debe.

—La verdad es que la penúltima era un pelmazo.

—Pero bueno, el problema tampoco son las niñeras. Es principalmente mi trabajo. Los viajes. Que a veces llego tarde...

Leo pensó durante unos segundos y se percató de que a su tío le faltaba algo que implicaba mucha estabilidad:

—¿Y que no tienes novia?

Logan parpadeó.

—¿Qué?

—Que no tienes novia.

—Eso no tiene absolutamente nada que ver —aseguró Logan, negando con la cabeza.

—Pues podría.

—No, olvídate de novias.

—El abuelo sí tiene a la abuela. Eso le hace estable... a pesar de que se pase el día intentando meter una bola en un agujero con un palo.

—Leo, existen muchísimas familias en las que solo hay una madre o un padre. Y otras en las que no hay ninguno de los dos. Tener pareja no convierte a nadie en mejor tutor.

—Sam no tiene papá y es muy feliz.

—Entonces ¿por qué estamos hablando de mi vida sentimental?

Leo se encogió de hombros, porque para él la respuesta era evidente:

—Porque no tienes.

Logan abrió la boca, la cerró y añadió después:

—Gracias por recordármelo.

—Podrías buscarte una. Y la contratas —dejó caer Leo, como sugiriéndolo solo.

—No creo que funcione así.

—¿Por qué no?

—Porque las personas no se contratan para ser novias.

—Tú contratas a todo el mundo.

—No es lo mismo.

Leo miró hacia la barra y sonrió, como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea genial.

—Lena.

—¿Qué pasa con Lena? —inquirió Logan, arrugando el ceño.

—Podría ser tu novia.

Logan se quedó mirándolo y zanjó el asunto con un seco:

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Eso no es una razón.

—Es suficiente.

—A mí me gusta —insistió Leo, con una sonrisa enorme.

—Fantástico.

—Y me conoce.

—También te conoce el dentista y no pienso pedirle que se case conmigo.

Leo soltó una carcajada, bebió un poco de limonada y dijo:

—Lena es mejor.

Logan siguió la dirección de su mirada.

Ella estaba detrás de la barra preparando dos cafés mientras hablaba con un hombre sentado en uno de los taburetes.

Ryan Scott.

Logan sabía quién era.

Profesor de Literatura en un instituto cercano. Cliente habitual. Treinta y tantos. Simpático. Demasiado simpático, probablemente.

Ryan dijo algo.

Lena se echó a reír.

—Además, creo que Ryan quiere ser su novio —añadió Leo.

Logan volvió la mirada hacia él.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque no soy tonto.

—Tienes nueve años.

—Una cosa no quita la otra.

Logan miró otra vez hacia la barra. Ryan seguía hablando con Lena. No tenía ninguna razón para que aquello le molestara. Y no le molestaba.

En absoluto.

—Ryan se pasa el día contando historias. No creo que haya más —dijo Logan.

—Es profesor de Literatura. Sabe un montón. El otro día me contó una de un hombre que...

—Leo —le interrumpió Logan, que ya se estaba cansando de hablar de ese tío.

—¿Qué?

—Come cuando llegue tu hamburguesa y deja de organizar la vida sentimental de los adultos.

—Solo intentaba ayudarte.

Leo dejó el tema y al poco Lena apareció con los platos.

—¡Qué buena pinta tiene, Lena!

—¡Mi chico siempre tan encantador!

—No como yo —ironizó Logan.

—Yo no he dicho ni mu —replicó Lena.

—Por eso.

—Lena, tienes que ayudarlo —le pidió Leo juntando las manos.

—¿Ayudarlo a qué? —inquirió Lena, perpleja.

—A buscar novia.

Lena casi dejó caer una hamburguesa, Logan cerró los ojos y le rogó:

—No le hagas caso.

—¿Novia? —repitió Lena.

—Parker —le exigió Logan, para que no siguiera con aquello.

—No sabía que estuvieras buscando.

—No estoy buscando —murmuró Logan, entre resoplidos.

—Pues es una pena. Iba a ofrecerte voluntaria —soltó Lena.

Y Leo se rio a carcajadas. Lena también. Logan la miró preguntándose una vez más cómo podía ser tan descarada.

—Muy graciosa —refunfuñó.

—Gracias.

Dejó el plato delante de Leo y le pidió con mucho cariño:

—Come antes de que se enfríe.

Luego, colocó el otro plato frente a Logan y se alejó. Él, entonces, volvió a mirar a su sobrino.

Leo mordió la hamburguesa con expresión triunfal.

—¿Ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Que le gustas —concluyó Leo, sin más—. ¡Y pegáis un montón!
¡Ella tiene veintiocho y tú treinta y dos!

—Cállate y come.

Pero Logan volvió a mirar hacia Lena y esta vez tardó un poco más en apartar los ojos...

Capítulo 3

La idea era absurda.

De hecho, durante los siguientes veinte minutos Logan se dedicó a enumerar mentalmente todas las razones por las que era absurda.

Margaret Hill no le había pedido una novia.

No necesitaba una novia.

Necesitaba demostrar que podía proporcionar a Leo una vida estable.

Personas que permanecieran, rutinas y continuidad.

Logan miró hacia la barra y pensó que Lena llevaba allí...

¿Cuánto? ¿Cinco años? Quizá seis.

Conocía a Leo desde mucho antes del accidente. Sabía cómo le gustaban las hamburguesas. Sabía qué bebía. Conocía su colegio, a sus amigos, sus manías.

Había conocido a Alexia y también a George.

Y Leo confiaba en ella.

No era una desconocida a la que Logan pudiera introducir de repente en la vida del niño.

Ya formaba parte de ella, de una manera pequeña, sí.

Pero formaba parte.

—No. Ni de coña.

Leo levantó la mirada.

—¿Qué dices?

—Nada.

Logan bebió agua y se dijo a sí mismo que era una estupidez. Una estupidez gigantesca. Y, sin embargo, volvió a mirar a Lena.

Ella estaba ahora tomando nota a una pareja junto a la ventana.

“Personas que permanezcan”.

Las palabras de Margaret volvieron a su cabeza.

Lena llevaba años permaneciendo exactamente en el mismo sitio.

—¿Cuándo tiene vacaciones Lena? —preguntó Logan, así de sopetón.

Leo dejó de masticar, miró a su tío entusiasmado y gritó:

—¿Quieres saberlo para que vayamos al cine los tres? ¡Planazo!
¡Yo elijo la peli!

—¡Baja la voz! Tú no vas a elegir nada. ¡No vamos a ir ningún sitio! O sí. Bueno... ¡Ya veremos!

—¿Con Lena?

—Olvidalo.

—Has preguntado cuándo tiene vacaciones. Te ha gustado mi idea.

—No me ha gustado tu idea.

—Sí te ha gustado —insistió Leo, con una sonrisa gigante.

—Come —le ordenó, retirándole la mirada porque si no, iba a acabar sonriendo él también.

—Ya, porque si como y hablo luego me tiro muchos pedos.

—¡Leo!

—¡Es verdad! Me lo ha dicho la señora Wolf.

—¿Y esa quién es?

—Mi niñera.

Logan pensó que menos mal que no estaba delante Margaret Hill, porque lo cierto era que no tenía ni idea de cómo se llamaba la última niñera.

—Tienes nueve años. Superaste hace un montón la fase de hablar de pedos.

—Es divertido hablar de pedos a cualquier edad.

—¡Leo!

—Vale. Hablemos de otra cosa. ¿Se lo vas a pedir o no?

—¿El qué?

—¿Vas a pedirle a Lena que sea tu novia?

Dos personas de la mesa contigua se giraron y Logan bajó la voz.

—¿Quieres anunciarlo por megafonía?

—¿Se lo vas a pedir? —inquirió Leo, muerto de risa.

Logan miró otra vez a Lena y pensó que aquello era una locura.

Aunque al momento recordó que había construido buena parte de su fortuna viendo posibilidades donde los demás solo veían problemas.

Y aquello, técnicamente, era una posibilidad.

—Termina de comer —le pidió a Leo.

El niño sonrió, porque en la mirada de su tío vio que se lo iba a pedir.

—Lena es superdivertida para ser una chica.

—¿Qué es eso de para ser una chica?

—Bueno, hay chicas que son unos rollazos. Lena no. Lena es simpática y tiene una máquina tira pedos a control remoto.

—¿En serio?

—¡Es muy divertida! ¡Te lo estoy diciendo!

—En la vida no todo es diversión.

Leo bajó la vista a su hamburguesa y se limitó a mascullar:

—Ya.

Logan se mordió los labios de pura rabia, pues al momento se percató de que ese comentario no había estado nada bien.

Leo había vivido una tragedia de tal magnitud que no le hacía falta que le recordara que la vida era dura.

—Lo siento. ¿Vale? Perdóname.

—Está todo bien, tío. Tranquilo.

Logan pensó que no podía estar tranquilo porque las cosas no estaban bien.

Tenía que hacer algo para proteger a su sobrino y, después de acabarse la hamburguesa, decidió que había llegado el momento de agarrar al toro por los cuernos.

Le pidió a Leo que le esperara un momento porque tenía que hacer algo. Se levantó, se fue hasta la barra y le preguntó a Lena:

—¿Tienes un minuto?

Lena miró alrededor.

—Tengo una cafetería llena.

—Entonces treinta segundos.

—Qué comprensivo.

Logan esperó junto a la barra mientras ella dejaba unos vasos en una bandeja.

Entonces se fijó en que Leo estaba hablando con Ryan, que había empezado a contarle alguna historia relacionada con un pirata, un escritor o probablemente ambas cosas.

Leo parecía entretenido y de pronto escuchó a Lena preguntar:

—¿Qué pasa?

Se giró. Lena estaba justo frente a él y respondió:

—Necesito proponerte algo.

—¡Cole! Eso suena a acción y aventura —bromeó ella—. Como lo que vayas a proponerme sea que cambiemos la marca de la mostaza, me vas a decepcionar.

—Probablemente.

Ella dejó de moverse y le soltó con una sonrisa gamberra:

—Ahora sí que me interesa.

Logan decidió soltarlo directamente, como cuando se arranca una tirita.

—Quiero que seas mi novia.

Lena lo miró.

—¿Perdón? —replicó, batiendo las pestañas.

—Mi novia. Creo que tienes edad suficiente para saber lo que es eso.

—Desde luego. La edad suficiente para decirte que ni de coña.

—Fingida. No te vengas arriba —masculló él, mordaz.

—Ni arriba ni abajo —replicó pícara.

—Solo sería durante un mes.

Lena apoyó las dos manos sobre la barra y confesó divertida:

—Vale. Con la aclaración ya me quedo más tranquila. Durante unos segundos pensé que te habías vuelto loco.

—Lo siento, Parker. Pero tengo que decirte que estoy bien cuerdo.

—Cole, acabas de pedirme que sea tu novia durante un mes. ¿Estás seguro de que lo estás?

—Falsa —insistió él—. Te estoy proponiendo que seas mi novia de mentira.

—Eso es precisamente lo que convierte la propuesta en normalísima... —ironizó Lena.

Logan miró hacia Leo y le contó la verdad:

—Tiene que ver con él.

La sonrisa desapareció del rostro de Lena y preguntó con cierta preocupación:

—¿Qué pasa con Leo?

Logan se lo contó, no todo, pero sí lo suficiente: la llamada de Margaret, Edward, Canadá, la evaluación y el riesgo real de que Leo tuviera que marcharse.

Lena miró hacia el niño.

Ryan estaba gesticulando mientras hablaba y Leo lo escuchaba fascinado.

—No quiere irse —dijo Logan.

—Normal.

—Y yo no quiero que se vaya.

—También normal.

—Margaret cree que mi vida no es suficientemente estable...

Lena volvió la mirada hacia él.

Logan Cole era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Alto, moreno, ojos oscuros, cuerpo de un dios del Olimpo y siempre metido en unos trajes a medida que debían costar lo que ella ganaba en un año.

Vamos, un cañonazo.

Pero no le extrañaba que tuviera que recurrir a una novia falsa. No había mujer en el planeta capaz de competir con Cole Developments.

Logan Cole vivía por y para su empresa, así se lo había dejado bien claro desde que lo conocía. Y encima presumía de ello...

A ella le daba mucha pena que no tuviera más que un par de horas a la semana para compartir con su sobrino o que, como le había confesado en una ocasión, no tuviera tiempo ni para ir al cine o pasarse la mañana del domingo mirando los desconchones del techo.

El techo, más bien, porque Lena sabía que Logan no tenía desconchones como ella.

En fin, que era un hombre tan ocupado que le preguntó:

—¿Y has llegado a la conclusión de que una novia falsa solucionará eso?

—No exactamente.

—¡Menos mal!

—Necesito demostrar que Leo tiene una vida estable conmigo. Tú lo conoces desde hace años. Confía en ti. Tú...

Se interrumpió porque le entró un poco de pudor. Él era bastante pudoroso con los temas sentimentales.

—¿Yo qué?

—Eres buena con él.

Lena pareció sorprendida y replicó con una sonrisa ancha:

—¿Eso era un cumplido?

—No te acostumbres.

—Por un momento me había emocionado.

—Quiero que durante el mes de agosto vivas con nosotros.

Lena ahora sí dejó de sonreír, pues aquello era subir la apuesta. Ya no se trataba de hacer de novia falsa... era irse a vivir con Logan Cole, uno de los solteros de oro de la Gran Manzana.

—¿Que haga qué?

—Vivir en mi casa.

—¿También? —replicó Lena, entornando la mirada.

—Si vamos a fingir una relación, tiene que resultar creíble.

—Claro. Porque lo raro habría sido fingir que somos novios viviendo cada uno en nuestra casa.

—Exactamente.

—Era sarcasmo, Logan.

—Lo conozco, Parker.

Lena se pasó una mano por la frente.

—Estás loco.

—Es posible.

—Imagino que habrá un montón de mujeres interesadas en el puesto.

—No tengo ni idea. Lo que sé es que ninguna conoce a Leo como tú.

—¿Y Leo? —preguntó Lena con curiosidad.

—Lo sabe.

—¿Le has contado esto?

—En realidad, la idea ha sido parcialmente suya.

Lena miró hacia el niño. Leo justo en ese momento le cruzó la mirada y levantó el pulgar desde la mesa.

Ella abrió la boca y solo pudo mascullar:

—No puede ser.

—Puede.

—Tiene nueve años. ¿Cómo va a tener esta ocurrencia?

—Créeme, la ha tenido.

Lena le clavó la mirada a Logan y le preguntó tras echarse la melena a un lado:

—¿Y quieres engañar a Margaret Hill?

Logan endureció la expresión:

—Quiero que Leo se quede donde quiere estar.

—No es lo mismo.

—No estoy intentando conseguir algo que lo perjudique. Leo quiere quedarse conmigo. Su vida está aquí. Su colegio está aquí. Sus amigos están aquí. Tú misma sabes cómo estaba después del accidente. ¿De verdad crees que lo mejor para él ahora es mandarlo a otro país?

Lena miró al niño. No respondió y Logan supo que había encontrado la grieta.

—Claro que no es lo mejor.

—Solo sería un mes —dijo por fin—. Agosto.

—No puedo.

—Te pagaré muy bien. Y cuando digo muy bien me refiero a que después podrías pegarte unas vacaciones de ensueño. A todo trapo.

Ella lo fulminó con la mirada y le aclaró:

—No me refería al dinero. Tengo un trabajo.

—Puedes pedir vacaciones.

—No puedo desaparecer treinta días en pleno verano porque a Logan Cole se le haya ocurrido contratar una novia.

—No te estoy contratando. —Lena alzó una ceja y Logan rectificó moviendo las manos—: De acuerdo, técnicamente sí.

—Qué romántico —bromeó Lena.

—Es un acuerdo.

—¡Eso lo mejora muchísimo!

—Piénsalo, Parker. ¿No te hace ilusión comprarte algo caro? ¿Asquerosamente caro?

—No.

—Parker.

—Cole.

Logan sabía que Lena no se movía por dinero, por eso dijo una vez más:

—Piénsalo.

Lena miró otra vez hacia Leo y Logan vio cómo cambiaba ligeramente su expresión.

Eso era todo cuanto necesitaba.

Todavía no había dicho que sí, pero ya intuía que tampoco acababa de decir que no. Adoraba a Leo...

—Habla con tu jefa —dijo.

—Belinda me va a mandar al infierno.

—Habla con ella.

Lena negó con la cabeza y soltó con un punto de rabia:

—No sé cómo consigues que una idea completamente disparatada parezca una reunión de negocios.

—Años de experiencia.

—Vete —le exigió porque ese tío negociaba tan bien que estaba a un tris de firmarle el contrato.

Era demasiado persuasivo.

Y sobre todo no quería que Leo lo pasara mal, porque era obvio que lo que menos le convenía en ese momento de su vida era empezar de cero en otra parte.

Lena además sabía lo que era eso. Lo había hecho un montón de veces con su madre y sabía lo duro que era tener que desarraigarse: nuevo colegio, nuevos amigos, nuevas rutinas...

Logan sonrió y le dijo, como si el contrato ya estuviera firmado:

—Mañana hablamos.

—No he dicho que vaya a hacerlo.

—De momento...

Y se marchó pensando que Lena Parker todavía no conocía una de sus principales virtudes: era extraordinariamente paciente cuando quería algo.

Y acababa de decidir que la quería a ella, aunque solo fuera durante un mes.

Lena se quedó el resto del día dándole vueltas a la propuesta y estaba tan agobiada con el tema que se lo contó a su jefa:

—Repíte eso.

Lena dejó caer el bolso sobre una silla. La cafetería llevaba cerrada casi media hora. Belinda estaba detrás de la barra haciendo

caja, con las gafas en la punta de la nariz.

—Lo has oído perfectamente.

—Quiero volver a oírlo.

—Logan quiere que finja ser su novia.

Belinda dejó de contar billetes...

—Logan Cole.

—¿Conoces a algún otro Logan que pueda hacerme semejante propuesta?

—Por desgracia, no.

—Durante un mes —le contó Lena—. ¡Y viviendo en su casa!

Belinda se quitó las gafas.

—¿Y dónde está la parte mala? ¿Por qué estás así de ansiosa?

—¿Perdona?

—Es rico. Te va a pagar mucho mejor de lo que yo lo hago.

—Belinda, por favor...

—Muy rico.

—Eso no importa. Si decido hacerlo no sería por el dinero. Tú sabes que el dinero no es lo que me mueve.

—¿El sexo? Está como un tren. ¡Seamos sinceras, nena!

—¡Calla! —gritó Lena, estallando en risas.

—Yo tengo cincuenta y cinco años, pero hago pesas tres veces por semana y todavía tengo un buen meneo.

—¡Bel!

—Te lo digo en serio. Si no vas tú, yo firmo donde sea. Un mes con ese tío... ¡Guau! ¿Tú sabes lo que tiene que ser verle salir de la ducha?

—No quiero ni imaginarme lo que debe ser compartir un mes con él. ¡Somos tan distintos!

—Va a ser durísimo... fingir que eres la novia de un tío que está como un queso y además forrado. ¡Durísimo! —bromeó Belinda, tronchada.

—Le conozco desde hace años y siempre estamos picándonos —le recordó Lena.

—«Los que se pelean se desean», decía mi abuela.

—Esto es un despropósito.

—¿Para qué necesita ese pedazo de tío una novia falsa? ¡Las debe tener a patadas! —comentó Belinda, extrañada.

—Para engañar a la trabajadora social que lleva el caso de Leo.

Belinda dejó las gafas sobre la barra y esta vez no bromeó:

—¿Quieren llevarse al niño?

Lena asintió, se mordió el labio inferior y después respondió:

—Su abuelo ha solicitado la custodia. Vive en Canadá.

—Mierda.

—Sí.

Belinda conocía a Leo desde hacía tanto tiempo como ella. Había visto entrar a Alexia y George por aquella puerta. Había visto a Logan aparecer cada jueves. Y había visto también al niño regresar después del accidente convertido en una versión mucho más silenciosa de sí mismo.

—¿Él quiere irse? —preguntó Belinda, preocupada.

—No —contestó Lena, negando con la cabeza.

—¿Quiere quedarse con Logan?

—Sí.

Belinda suspiró porque también sabía de lo que hablaba.

—Tuve que criarme en siete estados.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —replicó Lena, con un nudo en la garganta.

—Entonces hazlo, Lena. ¿A qué esperas?

Lena parpadeó y replicó sintiendo un zarpazo de ansiedad en la boca del estómago:

—¿Qué?

—Hazlo.

—Trabajo aquí. Y el mes de agosto esto se llena de turistas.

—Ya lo sé. Soy tu jefa.

—Logan me necesita un mes entero.

—También sé contar. ¡Sé lo que es un mes entero!

—Agosto. Es ese mes en el que esto se pone hasta los topes.

—Lena...

Belinda rodeó la barra y se plantó delante de ella:

—Llevas años sin coger más de una semana seguida. Te debo vacaciones, favores y probablemente unas cuantas horas extra que

prefiero no calcular porque acabaría denunciándome.

Lena sonrió, sacudió la cabeza y musitó emocionada:

—No voy a denunciarte.

—Eso espero.

Después Belinda se puso seria y habló:

—Vete.

—¿Estás segura?

—Si el crío quiere quedarse aquí y tú puedes ayudar, hazlo.

—Pero es todo tan...

—No le pongas adjetivos y hazlo —le interrumpió Belinda.

—Voy a vivir durante un mes con Logan Cole. ¿Esto está pasando?

¿En serio? ¿No es una cámara oculta?

—Es la vida —murmuró Belinda, encogiéndose de hombros.

—La vida me está empujando a fingir que estoy enamorada de él.

Belinda sonrió lentamente.

—Eso es lo que más gracia me hace.

—¿Por qué?

—Porque fingir que eres la novia de Logan Cole es la cosa más fácil del mundo.

Lena frunció el ceño y negó con el dedo índice:

—¿Fácil?

Belinda volvió detrás de la barra.

—Ya verás como sí.

—Belinda, ¿entonces digo que sí?

—¿Todavía no te ha quedado claro? Anda... Vete a casa. Buenas noches, Lena.

—Belinda... es que...

Belinda se fue a la caja y le exigió con gestos que se fuera de una vez.

Lena recogió el bolso y salió a la calle con el runrún en la cabeza: treinta días. Solo iban a ser treinta días y todo iba a quedar reflejado en un acuerdo, que seguramente redactarían un equipo de abogados cabrones.

Un contrato en el que iba a estampar su firma para hacer de novia falsa de un tío con el que jamás tendría nada en su vida.

Es que ni aunque fuera el último hombre del planeta...

O no.

Bueno, atractivo era atractivo. Muchísimo.

Pero no era su tipo.

Era pretencioso, altanero, arrogante...

Y jodidamente sexy.

¿Qué podía salir mal?

Capítulo 4

Lena había pasado muchas veces por delante de edificios que parecían diseñados para recordarle a una que existían mundos a los que jamás iba a pertenecer.

La sede de Cole Developments era uno de ellos.

Cristal. Acero. Altura. Silencio.

Todo resultaba tan pulcro, tan caro y tan perfectamente ordenado que Lena tuvo la sensación de que hasta respirar demasiado fuerte podía estar prohibido.

Miró hacia arriba antes de atravesar las puertas giratorias.

Mala idea.

El edificio parecía no acabarse nunca.

—No te impresiones —se dijo en voz baja.

Dos segundos después entró en el vestíbulo y se impresionó.

El suelo de mármol brillaba lo suficiente como para reflejar los zapatos de quienes pasaban por allí. Había una recepción enorme, un mural abstracto que seguramente costaba más que el apartamento en el que vivía con su madre y unas personas impecablemente vestidas que caminaban con esa clase de seguridad que solo tenían quienes sabían exactamente dónde iban.

Lena no tenía ni idea.

Se acercó a recepción.

—Buenos días. Tengo una cita con Logan Cole.

La mujer levantó la mirada.

—¿Su nombre?

—Lena Parker.

Tecleó algo. Y, de repente, su expresión cambió ligeramente.

—Sí, señorita Parker. La están esperando.

Eso consiguió ponerla todavía más nerviosa.

La estaban esperando.

Fenomenal.

No había terminado de preguntarse si aquello era bueno o malo cuando apareció un joven alto, pelirrojo, con gafas, traje oscuro, aspecto impecable y una tableta en la mano.

—¿Lena Parker?

—Depende de quién pregunte.

El hombre sonrió.

—Paul. El asistente de Logan.

—Ah.

Lena le tendió la mano y él se la estrechó con fuerza:

—¡Bienvenida!

—Aprietas fuerte.

—Trabajando con Logan... a ver quién no lo hace.

Lena se relajó un poco, se rio y lo siguió hasta los ascensores.

—¿Siempre es así?

—¿Así cómo?

—Como si aquí fueran a anunciar en cualquier momento que alguien acaba de comprar un país.

Paul soltó una carcajada.

—Te acostumbrarás.

—No tengo intención de hacerlo.

Las puertas del ascensor se cerraron.

Subieron y siguieron subiendo. Lena miró los números y preguntó, cada vez más agobiada:

—¿Trabaja en la última planta?

—Casi.

—Por supuesto. ¿Para qué pregunto? ¡Él es un tío de las alturas!

—Casi en contacto con los dioses —replicó Paul, alzando las cejas.

Cuando salieron, el ambiente cambió todavía más. Había menos gente, más silencio y más dinero.

Había despachos acristalados, salas de reuniones inmensas y vistas de Manhattan que parecían sacadas de una película.

Paul caminó hasta unas puertas dobles.

—Está dentro.

Lena respiró profundamente.

—Genial.

—En el tiempo que llevo trabajando con él, mi jefe nunca había traído a una novia a la oficina.

—¿Qué?

Lena pensó que aún no había firmado nada y el presuntuoso de Logan Cole ya estaba contando que era su novia.

—Me lo ha contado. No tienes que fingir conmigo. Sé que estáis juntos. Y va en serio.

—Ya.

—¿Aún no te lo crees?

—Eh... Bueno...

—Sus oficinas intimidan mucho. Pero él no muerde —bromeó él.

—No me preocupa que muerda.

Paul volvió a sonreír.

—Entonces vas mejor preparada que la mayoría.

—¿Todos le tienen miedo?

—Un poco. Bastante...

—Ajá.

—Pero su novia no debería tener miedo...

—Porque un novio que sabe morder bien en según qué sitios es una suerte...

Ambos se miraron y soltaron una carcajada que terminó de destensar a Lena.

Acto seguido, Paul abrió la puerta y Lena entró.

Aquí estaba él.

Logan Cole estaba de pie junto al ventanal, hablando por teléfono.

Traje oscuro, camisa blanca, corbata perfectamente anudada, una mano en el bolsillo y la otra sujetando el móvil.

Lena se quedó parada un instante.

Lo había visto cientos de veces en Belinda's Corner, con Leo y una hamburguesa delante.

Con la chaqueta abierta, con expresión de cansancio, incluso discutiendo con ella porque había pedido café sin azúcar y luego se había quejado de que estaba demasiado amargo.

Pero aquello era diferente.

Ese era Logan Cole en su hábitat.

Y era...

Imponente.

No había otra palabra.

—Te dejo con él —susurró Paul.

—Gracias.

—Es el mismo —replicó Paul.

—¿Qué?

—Que aquí en su torre imponente parece un semidios, pero es el mismo hombre con el que estás saliendo.

—Un hombre...

—Él es un hombre y tú eres una mujer. Al final, solo es eso. ¿No?

—Sí, supongo que sí —replicó Lena, sintiendo un poco de vértigo.

—Si me necesitas para algo, aquí estoy.

—Gracias, Paul.

Paul le sonrió, amable, y se marchó cerrando la puerta muy despacio. Ella se quedó allí, viendo a Logan Cole en su salsa, que aún no se había percatado de su presencia.

—No —dijo él al teléfono—. Si quieren cerrar hoy, que acepten las condiciones. Si no, nos levantamos de la mesa.

Hizo una pausa.

—No pienso pagar diez millones más porque alguien haya decidido ponerse nervioso a última hora.

Otra pausa.

—Perfecto.

Colgó.

Entonces se volvió.

Y la vio.

—Parker.

—Cole.

Algo en la familiaridad del apellido consiguió devolverle el equilibrio a Lena.

Logan señaló uno de los sillones frente a su mesa.

—Siéntate.

—Qué gentil.

—¿Quieres que te pida permiso? —inquirió él, mordaz.

—No estaría mal.

—Siéntate, por favor.

—Mucho mejor —replicó Lena.

Ella se sentó y Logan ocupó el sillón de enfrente en lugar de ponerse detrás de la mesa.

Eso la sorprendió.

—¿Café? —preguntó él.

—No.

—¿Agua?

—Tampoco.

—¿Nerviosa?

Lena lo miró y respondió mintiendo como una bellaca:

—Ni un poco.

—Claro —masculló él sin creerla.

Más que nada porque él sí que lo estaba.

Un poco. Tampoco mucho. O eso era lo que quería creer.

—Tu edificio es excesivo —comentó ella.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo he decidido yo —dijo él mostrando su dentadura perfecta.

Llegados a ese punto, a Lena le repateó tanto que fuera tan sobrado que le soltó sin más:

—Por cierto, gracias por avisarme de que ya soy tu novia —ironizó ella.

—¿Paul? —supuso Logan.

—Paul. Según él, esto va muy en serio.

—Necesitaba que resultara convincente. No sabes cómo es Margaret Hill, pregunta a todo el mundo.

—Todavía no he firmado nada. Ni te he dicho que vaya a aceptar.

—Pero has venido.

—Algún día alguien va a darte un bofetón, Cole.

—Procura que no sea durante este mes.

Ella puso los ojos en blanco y decidió poner las cartas sobre la mesa:

—He hablado con Belinda.

Logan cambió ligeramente de expresión.

—¿Y?

—Me ha dado el mes libre.

—Perfecto.

—No he dicho que vaya a hacerlo —le advirtió, mirándolo serio.

—Has venido hasta aquí.

—Para hablar —matizó Lena, alzando las cejas.

—Eso suele ser el paso anterior a aceptar —le recordó él en un tono cínico que a Lena le espantó.

—No en mi caso.

Logan se echó hacia atrás.

—Te escucho.

Lena respiró. Había estado dándole vueltas toda la noche. A Leo. A Canadá. A la cara que había puesto cuando le habían contado que existía la posibilidad real de que tuviera que marcharse. Y también, aunque le costara reconocerlo, a Logan.

—Estoy aquí por Leo.

La expresión de Logan se volvió seria.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

Él esperó. Lena miró hacia el ventanal. Desde allí, Nueva York parecía otra cosa, mucho más pequeña. Respiró hondo y le contó:

—Sé lo que es crecer sin sentir que perteneces a ningún sitio.

Logan frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

No era una pregunta agresiva. Eso la sorprendió.

—Mi padre se marchó cuando yo era pequeña.

Logan no dijo nada y ella siguió hablando:

—Un día estaba y al siguiente decidió que le apetecía más otra vida.

—Lo siento.

Lena se encogió de hombros.

—Mi madre hizo lo que pudo. Limpiaba casas, oficinas, lo que saliera. Pero siempre íbamos justas. Cuando subía el alquiler, nos mudábamos. Cuando dejaban de renovarle un contrato, nos mudábamos. Cuando la dueña de un piso decidía que podía sacarle más dinero, nos mudábamos otra vez.

Logan la observaba con atención.

—Nunca estuve mucho tiempo en ningún sitio —continuó Lena—. Ni en el mismo colegio, ni en el mismo barrio. Y eso acaba cansando.

—¿Dónde vive tu madre ahora?

—Conmigo. En Jersey City —respondió Lena, clavándole de nuevo la mirada.

—¿Vienes todos los días desde allí?

—Sí.

—Hasta el West Village.

—Sí. Y hasta donde sea.

—Y estudias.

Lena arqueó una ceja y le preguntó con curiosidad:

—¿Cómo sabes eso?

—Leo habla.

—Eso es verdad —replicó ella, con una sonrisa que él encontró bonita.

—Derecho, ¿no?

—Por las noches —apuntó Lena.

Logan la miró durante unos segundos y volvió a insistir:

—¿Trabajas todo el día en Belinda's Corner, vuelves a Jersey City y estudias Derecho por las noches?

—Dicho así suena peor.

—Suena agotador.

—Lo es.

—¿Y tu madre?

—Trabaja media jornada limpiando en un hospital.

Logan se quedó callado.

Lena no sabía por qué, pero de pronto tuvo la sensación de que él la estaba viendo de una manera distinta.

—Entonces entenderás por qué hago esto por Leo —dijo ella—. No quiero que se lo lleven a un sitio que no siente como suyo. Después de lo que ha pasado, necesita conservar algo.

—Eso es exactamente lo que llevo seis meses intentando explicar.

—Ya. Pero también entiendo a Margaret Hill.

La mandíbula de Logan se tensó.

—Eso me gusta menos.

—Trabajas demasiado.

—Tengo una empresa —masculló Logan, en un tono más frío y distante.

—Una empresa enorme.

—Exacto.

—Y un sobrino de nueve años.

Logan la miró sin mover ni un músculo.

Lena decidió dejar aquello para después y zanzar el tema diciendo:

—Si acepto, quiero que quede claro que lo hago por él.

—De acuerdo.

—Antes necesito saber exactamente qué esperas de mí.

—Eso podemos negociarlo.

—Claro. Tú negocias hasta para respirar —ironizó Lena, ajustándose el tirante de su vestido.

Logan pensó que era la primera vez que la veía sin el uniforme de camarera.

Llevaba un sencillo vestido azul de tirantes, unas sandalias planas y un bolso en bandolera.

Se había maquillado de forma muy sutil.

Desde luego que no pretendía impresionarlo. Se había vestido como habría ido a cualquier parte.

Y eso le gustó.

—Funciona —dijo Logan, atusándose una ceja.

—Ya.

Logan se levantó y fue hasta su mesa. Cogió una carpeta y luego una estilográfica.

—Había pensado en una compensación económica.

—¿Cuánto? —replicó ella, más por pura curiosidad que por otra cosa.

—Dímelo tú.

Lena negó con la cabeza, porque no sabía ni qué responder.

—No tengo ni idea de cuánto se cobra por fingir ser la novia de un magnate inmobiliario.

—No suele aparecer en las tablas salariales.

—Qué raro —ironizó ella.

Logan sonrió, le gustaba su sentido del humor.

—¿Cuánto te cuesta la carrera? —preguntó él, tratando de ser justo.

Lena se quedó mirándolo y respondió perpleja:

—¿Qué?

—La matrícula. Libros. Tasas. Todo.

—Logan...

—¿Cuánto?

Ella le dijo una cifra aproximada. Él ni pestañeó. Lo apuntó y soltó, sin más:

—Te lo pago.

Lena abrió los ojos como platos, porque aquella actitud de Logan le parecía de otra galaxia:

—¿Qué?

—El curso completo. Con todo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es muchísimo dinero.

—Para ti —precisó Logan, sin ningún afán de humillarla.

—Para cualquiera —puntualizó Lena, que no se ofendió por las palabras de Cole.

Entendía que para él era dinero de bolsillo, pero no por eso pensaba aceptarlo. Sin embargo, él insistió:

—No para mí.

—Imagino, señor millonetis.

Logan apoyó las manos sobre la mesa y le explicó:

—Parker, me estás pidiendo que valore un mes de tu tiempo. Estoy haciéndolo.

—¿Pagándome la carrera?

—Sí.

—Eso es una barbaridad —replicó Lena, haciendo aspavientos con las manos.

—Puedo pagarlo.

—También podrías comprar el departamento entero de Derecho Romano y no por eso sería normal.

Logan sonrió. Un brillo de tiburón financiero le apareció en los ojos y replicó:

—Probablemente podría.

Lena resopló, le mantuvo la mirada y concluyó:

—Eres insoportable.

—¿Y?

Ella se quedó pensando en la matrícula, las tasas y los libros. En estar un año entero sin hacer cálculos imposibles, sin preguntarse qué factura podían retrasar, sin ver a su madre fingiendo que no le dolía la espalda después de limpiar durante horas. Y replicó por fin:

—Vale. Y... Hay otra cosa.

—Dime.

Lena respiró hondo y pensó que Logan tenía razón, podía pagar y la verdad era que aguantarle tenía un precio. Así que se inclinó hacia delante y soltó:

—El baño también.

Logan parpadeó, apuntó algo y comentó después:

—¿No querías la matrícula y ahora también quieres un baño?

—El de casa.

—¿Qué le pasa?

—La bañera se cae a pedazos.

—¿Quieres que te pague una bañera?

—Un plato de ducha —contestó Lena con una sonrisa triunfante.

A Logan le encantó que negociara así. Ni siquiera intentó resistirse. Le parecía justo.

—De acuerdo.

Lena lo miró desconfiada.

—¿Así de fácil?

—Sí.

Lena se dio un golpecito en la barbilla con el dedo índice y, ya que estaban, también le pidió:

—Tampoco estaría mal arreglar la instalación eléctrica.

—Hecho.

—Cole.

—¿Qué?

Lena estiró un poco el cuello y le advirtió:

—No he terminado.

—Sigue.

—La cocina tampoco está precisamente nueva.

—Reforma integral.

Lena soltó una carcajada.

—¡Perfecto! Tampoco pienses que va a ser una fortuna. El apartamento tiene cuarenta metros.

—Entonces será barata.

—Para ti todo es barato —bromeó ella.

—No todo —repuso él, muy serio.

—¿Qué no?

Logan la miró y habló con una sinceridad brutal:

—Perder a Leo...

Capítulo 5

La sonrisa de Lena desapareció de su rostro. Ahí estaba otra vez: la razón por la que había ido. Bajó la vista un instante y masculló:

—Ya.

A Logan le encantó su reacción porque le confirmaba que para ella Leo también era su prioridad:

—Bien. Reforma integral —repitió él—. Lo que necesite el apartamento.

—Mi madre va a matarme.

—¿Por qué?

—Porque me ha inculcado desde pequeña que el dinero se gana con el sudor de la frente.

Logan se apoyó contra la mesa y habló con una sonrisa lobuna:

—Créeme. Fingir que eres mi novia durante un mes puede hacerte sudar bastante.

Lena levantó la mirada y le soltó en un tono de lo más irónico:

—Qué seductor.

—Lo decía por Leo —se justificó Logan.

—Por supuesto.

—Es un trasto.

—Lo adoro —dijo Lena, llevándose la mano al corazón.

—Eso ya lo sé.

—Y por él haría casi cualquier cosa.

Logan asintió, porque sabía que no estaba mintiendo. Por eso le pidió:

—Entonces acepta.

Lena lo observó y pensó en cuánto necesitaba el dinero para pagarse los estudios, en todo lo que había que reformar en casa, pero sobre todo pensó en Leo.

Y no iba a dejarle tirado. Y mucho menos sabiendo que solo eran treinta días. Ni uno más.

Asintió con la cabeza y después dijo en un tono neutro:

—Acepto.

Logan sonrió. Y fue irritante lo mucho que aquella sonrisa le favorecía.

—Perfecto.

—Parece que acabas de comprar otro edificio —soltó Lena, estupefacta.

—Los acuerdos cerrados me ponen de buen humor.

—Esto no es un edificio.

—Lo tengo claro.

—Mi madre de verdad va a echarme la bronca del siglo —confesó Lena, rascándose la nuca.

—Lo entenderá.

—Eso espero.

Logan volvió a sentarse, cerró la carpeta y le informó:

—Pasaré todo a mis abogados. Prepararán un contrato.

Lena lo miró y preguntó con una sonrisa gamberra:

—¿Un contrato de novia falsa?

—Un acuerdo de confidencialidad, condiciones económicas, duración, obligaciones...

—Obligaciones.

—Sí.

—Esto cada vez suena más romántico.

—Nunca pretendió serlo.

—Menos mal —farfulló Lena, entre resoplidos.

—¿Cuándo empiezan tus vacaciones?

—Hoy.

Logan frunció el ceño, porque aquello se ponía de lo más interesante:

—¿Hoy?

—Belinda me ha dado libre desde esta mañana. Estamos a uno de agosto.

Él miró el calendario sobre la mesa.

—Estupendo.

—¿Estupendo por qué?

—Porque desde hoy eres oficialmente mi novia.

—Falsa —se apresuró a precisar ella.

—Falsa.

Lena lo miró, puso una cara graciosa y después murmuró:

—Qué ilusión, Cole. ¡Qué ilusión...!

Logan se levantó y cogió la chaqueta.

—Vamos.

—¿Adónde? —preguntó ella, sorprendida.

—A comer —respondió Logan, como si fuera lo que tocara.

—¿Tú sabes hacer eso? —inquirió ella, entre risas.

Él arqueó una ceja.

—A veces.

—Empiezo a descubrir facetas sorprendentes de tu personalidad.

—Y apenas llevamos unas horas de relación —apuntó él, con sorna.

—Falsa.

—Parker.

—Cole.

Lena se puso en pie, él le cedió el paso y justo antes de salir, él le cuchicheó algo al oído.

—Dame la mano.

—¿Qué? —replicó Lena, dando un respingo.

—Eres mi novia... falsa. Ahí fuera está Paul que cree que lo somos. Y con lo cotilla que es, seguro que ya lo sabe toda la empresa y medio Nueva York.

—Me ha caído genial.

—Habla demasiado. Pero es bueno haciendo lo suyo.

Lena le tendió la mano y le dijo con una sonrisa de oreja a oreja:

—Aquí tienes mi mano, Cole.

Logan la agarró y entrelazó los dedos con los de ella:

—Así está mucho mejor.

Lena se envaró un poco porque no esperaba que sentir la mano de Logan Cole fuera a provocarle esa sensación.

—Madre mía... —farfulló ella.

—¿Todo bien? —preguntó él, con su aire de hombre de negocios exitoso.

—Ir de la mano de Logan Cole es una experiencia...

—Diferente a todas —le interrumpió él, con una sonrisa sarcástica.

—Es como poco creíble.

—¿Poco creíble?

—¿De verdad que Logan Cole se permitiría ir de la mano de una mujer en sus propias oficinas? ¿Logan Cole no vive por y para el trabajo? ¿Logan Cole no es ese tío que mantiene a raya sus sentimientos y jamás se muestra vulnerable?

Logan sintió que esa chica acababa de darle directamente en la línea de flotación, pero lo que dijo fue:

—Cierra el pico, Parker. Y cíñete al papel. No has firmado un contrato para dar tu opinión. Solo para interpretar un papel.

—Pues vas listo, porque yo siempre doy mi opinión.

—¿Quieres que salgamos ahí fuera discutiendo?

—¿Y qué tendría de malo? Es más, así colaría que somos novios... —replicó Lena, retándole con la mirada.

—Yo jamás estaría con una tía con la que me pasara el día discutiendo —repuso él, y aquello sonó a declaración de principios.

—Pues anda que yo... —contraatacó Lena—. Jamás estaría con un tío tan presuntuoso como tú y capaz de todo con tal de salirse con la suya.

—Lo que tú digas, Parker. ¿Salimos ya y demostramos al mundo lo felices que somos?

Lena asintió y salieron del edificio de la mano, con una gran sonrisa y saludando a todo el mundo.

El restaurante estaba a pocas manzanas de la oficina y era exactamente el tipo de lugar que Lena habría imaginado que frecuentaba Logan.

Manteles blancos, copas demasiado finas, camareros que parecían conocerlo y una carta sin precios.

Eso siempre era una pésima señal, pensó Lena.

—No encuentro cuánto cuesta nada —murmuró.

—Porque no necesitas saberlo —replicó él, como si tal cosa.

—Eso es exactamente lo que diría un millonario.

—Magnate inmobiliario —la corrigió, mostrándole el colmillo.

—Perdón. Un magnate insoportable.

Logan soltó una carcajada y pensó que le gustaba su novia falsa. No se callaba ni debajo del agua y no tenía filtros.

Era tan diferente a las mujeres con las que solía salir que sin duda había hecho la mejor elección.

Le detestaba.

Y no había ningún riesgo de que saliera diciendo que se había enamorado perdidamente de él.

¡Eso era un alivio tremendo!

Logan sonrió de satisfacción y ella le preguntó mosqueada:

—¿Por qué sonríes ahora así?

—¿Así cómo?

—Como si acabaras de tener el orgasmo de tu vida.

Logan estuvo a punto de escupir el vino que se acababa de llevar a la boca:

—Parker, ¡cómo se te ocurre!

—Es la verdad. ¿Saco un espejito que tengo en el bolso para que veas la cara que tienes?

Logan no pudo replicar nada porque apareció el camarero.

Pidieron y, en cuanto se quedaron a solas otra vez, Logan comentó:

—Has hecho muy buena elección.

—Es fácil. Aquí todo tiene que ser delicioso. Claro que yo jamás pagaría cincuenta dólares por un bistec.

—Son ciento cincuenta. Este sitio está muy bien de precio.

—¿Te parece un buen precio?

—Para el tipo de carne que es, desde luego que sí.

—Esto es obsceno.

Logan se encogió de hombros y cambió de asunto casi inmediatamente.

—Hay algo más que tenemos que hablar.

Lena dejó la carta apartada porque el camarero aún no había vuelto y replicó:

—Empiezo a odiar esa frase.

—La señora Wolf.

Lena sabía de quién estaba hablando por Leo...

—La niñera.

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

—No está al corriente.

—¿De lo nuestro? —soltó Lena, terminando la frase por él.

—De nuestro acuerdo.

—¿Por qué no se lo cuentas?

—Porque Margaret puede entrevistarla.

Lena bebió un poco de agua y masculó, muy intrigada por lo que tuviera que decirle:

—Ah.

—Ese es el riesgo.

—Entonces tengo que mentirle —supuso Lena.

—Técnicamente, tienes que comportarte como mi novia.

—Qué forma tan bonita de decirlo —bromeó Lena, agitando la copa al aire.

—Además, la señora Wolf parece buena.

—Define buena —le pidió Lena, porque a saber qué era lo que Logan Cole consideraba que era bueno.

Logan bebió agua.

—No pone demasiadas pegas cuando le pido que eche horas extra.

Lena lo miró fijamente y repuso espantada, aunque, claro, era Logan Cole... tampoco se podía esperar otra cosa de él:

—¿Ese es tu criterio?

—Entre otras cosas.

—¿Cuánto lleva contigo?

—Un mes y medio —reconoció Logan.

—¿Y antes?

Logan guardó silencio y antes de que cambiara de tema, ella le exigió que respondiera:

—Cole.

—He tenido cuatro niñeras en seis meses.

Lena partió un trozo de pan que tenía una pinta estupenda y preguntó alucinada:

—¿Cuatro?

—No todas se fueron por mi culpa.

—¿Cuántas se fueron por tu culpa? —preguntó tras meterse el trozo de pan en la boca.

—No estamos hablando de eso.

—O sea, cuatro.

—A veces necesito que se queden más tiempo.

Lena se quedó un momento callada y no pudo evitar exclamar:

—¡Este pan está buenísimo!

—Pues ya verás lo demás...

Lena se imaginaba cómo iba a estar lo demás, pero había algo que le preocupaba:

—Vale. Y ahora... Céntrate, Cole. Y define a veces. Porque has dicho que a veces necesitas que se queden más tiempo.

—Parker.

—¿Le has pedido a alguna que meta en la cama a Leo porque llegabas tarde?

—Sí.

—¿Muchas veces?

—Alguna —respondió él, sin darle importancia.

Lena sonrió y no tuvo más remedio que reconocer:

—Empiezo a entender a Margaret Hill.

—Gracias por tu apoyo.

—De nada.

Logan suspiró y siguió advirtiéndole de lo que le esperaba:

—La señora Wolf no es la única persona que entra en casa. Hay personal de limpieza, una cocinera, mantenimiento cuando hace falta...

—¿Y todos ellos van a declarar sobre nuestra relación?

—No lo sé. Y ese es el problema.

Lena lo miró y preguntó temiéndose lo peor:

—¿Qué estás pensando?

—Que lo mejor es que duermas conmigo.

Ella se quedó rígida y no pudo decir nada porque llegó el camarero con los entrantes.

—¿Cómo dices? —preguntó cuando estuvieron a solas otra vez.

—En mi dormitorio.

—¡Ya había entendido esa parte, Cole!

—Es lógico.

—Totalmente lógico —replicó Lena, tras probar la mejor ensalada de su vida.

—Si alguien pregunta y resulta que mi novia lleva un mes durmiendo en una habitación de invitados, el plan pierde bastante credibilidad. ¿No crees?

—Ya, pero... —farfulló Lena sin parar de comer.

—Está rico, ¿eh?

—Ya te digo. Y para una vez que voy a catar algo así en la vida...

—¿Una vez?

—No puedo pagar lo que me cuestan tres pares de zapatos por una ensalada. Ahora que está de vicio... —murmuró Lena, disfrutando muchísimo del plato.

—¿Cuánto te cuestan los zapatos?

—Me los compro de segunda mano. No pago más de veinte dólares por par.

A Logan, que estaba acostumbrado a estar con mujeres a las que regalaba sandalias de Louboutin, no se le ocurrió nada mejor que decir:

—Si necesitas un par de zapatos buenos, yo...

—¿No te gustan las sandalias que llevo? ¡Dan el pego total! Valían ochenta dólares.

—Sí, sí. Tienes unos pies preciosos —se le escapó a Logan, pues lo cierto era que se había fijado en ellos en cuanto los había visto.

—¡No estoy hablando de mis pies! Hablo de mis sandalias.

—Todo, todo es precioso —refunfuñó él—. Y en cuanto a lo que estábamos hablando, quiero que sepas para tu tranquilidad que en mi habitación hay un sofá grande.

Lena parpadeó y repitió un poco nerviosa:

—¿Un sofá?

—Muy cómodo.

—Qué caballero. ¡Estás en todo!

—Puedes quedarte en mi cama si quieres.

Ella sonrió y le aseguró desafiándole con la mirada:

—Tranquilo. Hay camas en las que sé perfectamente que jamás voy a terminar.

Logan arqueó una ceja, asintió y replicó convencido:

—En eso estamos de acuerdo.

—Fantástico —replicó ella, feliz.

—No eres mi tipo —afirmó él, rotundo. Por si aún le quedaba alguna duda.

—¡Qué alivio! —exclamó Lena, divertida—. Tú tampoco eres el mío.

—Hablas demasiado.

—Y tú das demasiadas órdenes —repuso Lena.

—Me pones de los nervios —confesó él.

—El sentimiento es completamente mutuo.

Se miraron durante unos segundos sin decir nada y Lena fue la que sonrió primero.

—Perfecto. Entonces tenemos esto clarísimo —zanjó Logan.

—Clarísimo. Otra cosa...

Logan cerró los ojos.

—Qué raro que tú no tengas algo que decir...

—Es que esto es importante. Muy importante, diría yo. Si vamos a representar toda esta historia delante de la señora Wolf y del resto... ¿habrá besos?

Logan abrió los ojos rápidamente y respondió con lo que le parecía que era lo más lógico:

—Probablemente.

—¿Probablemente?

—Alguno —matizó Logan.

—¿Cómo que alguno?

Logan se puso muy serio y, como si estuviera respondiendo a una pregunta muy sesuda, soltó:

—Un beso en los labios de vez en cuando.

—¡Qué pareja de novios tan apasionada! —ironizó Lena tronchada.

—No hace falta convertirlo en un espectáculo.

—¿Nada de lengua?

Logan la miró horrorizado y contestó con rotundidad:

—Definitivamente nada de lengua.

—Menos mal. Empezaba a preocuparme —comentó Lena, aliviada.

A lo que Logan añadió mientras también comía la ensalada:

—Podemos darnos algún beso de tres segundos, si necesitas más realismo.

Lena abrió mucho los ojos y soltó sin dejar de sonreír:

—¿Tres segundos enteros?

—Incluso cuatro.

—Cole, vas demasiado deprisa —habló Lena, apuntándole con el tenedor.

Él se rio. Y Lena se quedó mirándolo un instante. No lo veía reír demasiado. Al menos, no así, de un modo relajado y espontáneo.

Después, Logan bajó la mirada hacia su copa y farfulló:

—Gracias.

El tono había cambiado. Y Lena preguntó con el ceño fruncido:

—¿Por qué?

—Por hacer esto —respondió él.

Lena dejó de bromear y confesó la pura verdad:

—Lo hago por Leo.

—No puedo decir más que gracias.

—No hace falta. Quiero que se quede contigo.

—Yo también —masculló Logan tras respirar hondo.

—Es lo que él quiere.

Logan asintió y admitió mostrándose un poco vulnerable. Solo un poco, pero Lena se sorprendió porque nunca le había visto así:

—Y si esto consigue que Margaret vea que puedo darle estabilidad...

Lena entendía lo que quería decir. Sin embargo, negó lentamente con la cabeza.

—No.

—¿No qué? —inquirió él a la defensiva.

—Esto puede ayudar. Pero no va a ser lo que haga que Margaret te dé la custodia.

Logan bebió un poco de agua, se limpió con la servilleta y quiso saber:

—¿Y qué va a hacerlo?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí. Estando —afirmó Lena, rotunda. Porque no había más. Eso era todo. Tan sencillo como complicado.

La expresión de Logan se endureció ligeramente.

- Tengo una empresa que dirigir.
- No lo sabía —murmuró ella.
- Miles de personas dependen de mí.
- ¡Claro que lo sé!
- No puedo desaparecer un mes.

Lena lo miró y le aclaró para que lo entendiera de una vez por todas:

- No te estoy diciendo que desaparezcas.
- Entonces ¿qué?
- Que estés más presente con tu sobrino.

Logan se quedó callado, pero Lena siguió hablando:

—Si yo voy a vivir contigo —continuó ella—, no es para convertirme en la quinta niñera.

—Nunca he dicho eso —se apresuró a aclarar.

—Bien. Porque no voy a hacerlo —le advirtió Lena, muy puesta en su sitio.

—La señora Wolf se ocupa de Leo.

—Hasta que tú llegas tarde y le pides que se quede tres horas más —le recordó Lena.

Logan abrió la boca. Lena levantó una mano para que le dejara terminar lo que estaba diciendo:

—No. Escucha. Yo puedo fingir que soy tu novia. Puedo dormir en tu habitación, sonreír a tus empleados y hasta soportar esos emocionantes besos de tres segundos. Pero eso no va a arreglar el problema si tú sigues haciendo exactamente lo mismo.

Logan la observó y volvió a repetirle:

—La empresa es mi vida.

Lena sostuvo su mirada.

—Sí. —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Pero tienes algo mucho más importante.

Lena se calló. Él esperó unos instantes y, al final, ella dijo:

—Un sobrino.

El silencio se instaló entre los dos.

Por primera vez desde que se habían sentado, Logan no tuvo una respuesta inmediata. Y Lena supo que le había dado exactamente donde quería.

Porque aquella era la parte del acuerdo que ningún abogado podía redactar por ellos.

Si Logan quería conservar a Leo, no bastaba con fingir que tenía una familia.

Tendría que aprender a ser una de verdad...

Capítulo 6

Logan decidió tomarse la tarde libre.

Lo anunció nada más salir del restaurante con la misma naturalidad con la que habría comunicado que acababa de comprar otro edificio.

—Volvemos a casa.

Lena lo miró.

—¿A casa?

—A mi casa.

—Ah. Claro. Todavía no me he acostumbrado a que ahora también sea la mía.

—No lo es.

—Qué bonito comienzo de convivencia —bromeó Lena.

Logan levantó una mano para detener un taxi.

—Será tu casa durante un mes.

—Eso has dicho con menos entusiasmo todavía.

—Parker, no necesito entusiasmo. Necesito que esto funcione.

—Ya. Y yo necesito que dejes de hablar como si fuéramos una operación inmobiliaria.

El taxi se detuvo frente a ellos. Logan abrió la puerta y la dejó pasar primero.

—Las operaciones inmobiliarias suelen ser más sencillas —admitió Logan, muy a su pesar.

Lena entró, saludó al taxista y luego dijo a Logan:

—Eso es porque los edificios no hablan.

Él se sentó a su lado.

—Exacto.

Le indicó la dirección al taxista y arrancaron.

Durante el trayecto, Logan revisó el teléfono varias veces. No respondió a ninguna llamada, aunque la pantalla no dejó de iluminarse.

Lena terminó mirando de reojo.

—Se te va a incendiar la empresa.

—No —aseguró él, con media sonrisa.

—Te están llamando mucho.

—Siempre me llaman mucho.

—¿Y no vas a contestar? —preguntó ella, perpleja.

—He dicho que me tomaba la tarde libre.

—Creía que lo habías dicho solo para impresionar a la trabajadora social imaginaria que puede estar espiándonos desde algún tejado.

Logan guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta, resopló y afirmó:

—Lo digo en serio.

Lena lo observó durante unos segundos.

—Vaya.

—¿Qué?

—Nada. Estoy intentando asimilar que Logan Cole sabe tomarse una tarde libre.

—Sé hacer muchas cosas.

—Eso dices.

—No pongas esa cara, Parker.

—¿Qué cara? —preguntó mirándose en el espejo.

—La de no creerte nada.

Lena sonrió y miró por la ventanilla.

El taxi siguió su rumbo hasta que se detuvo frente al edificio de Logan.

Lena lo miró y volvió a sentir lo mismo que al entrar en la sede de Cole Developments.

Allí había dinero. Demasiado dinero.

El portero abrió la puerta antes de que Logan pudiera hacerlo. Después los saludó por sus nombres. Incluso por el de ella.

—Buenas tardes, señor Cole. Señorita Parker.

Lena entró en el vestíbulo y esperó a que Logan se acercara.

—¿Ya saben quién soy?

—Sí —respondió Logan, alzando las cejas.

—¿Todos?

—Probablemente.

—No pierdes el tiempo.

—Nunca, Parker.

—Eso empieza a darme miedo.

—Paul me ha escrito y dice que hacemos buena pareja.

—Pobrecito mío. ¡Se ve a la legua que no pegamos ni con cola!

Logan la miró y replicó, extrañado:

—Era el mejor de su promoción. De pobrecito nada.

—En relaciones de pareja está muy pez —aseguró Lena.

—Lo importante es que se lo ha tragado. Y si se lo traga él, que es muy listo...

—Te repito que es listo para las finanzas, pero para los asuntos del corazón, no sé yo.

Logan pulsó el botón del ascensor privado y replicó:

—Damos el pego. No le des más vueltas.

Las puertas se abrieron. Lena entró y Logan lo hizo tras ella.

—Tú siempre dando órdenes. ¿No te aburres?

El ascensor subió en silencio hasta el ático.

Cuando se abrieron las puertas, no tuvieron tiempo de dar ni dos pasos.

—¡Lena!

Leo apareció corriendo por el pasillo. Lena apenas pudo reaccionar antes de que el niño se lanzara contra ella y le rodeara la cintura con los brazos.

—¡Has venido!

La alegría de su voz le apretó algo en el pecho. Lena se agachó y lo abrazó.

—Eso parece.

—¿Te quedas? —preguntó Leo, expectante.

Ella miró a Logan por encima de la cabeza del niño.

—Eso parece también.

Leo se separó lo justo para observarla.

—¿Para dormir?

—Leo —intervino Logan.

El niño se volvió hacia su tío con una sonrisa enorme.

—¿Qué?

—Deja que entre.

—Vale.

Le cogió la mano a Lena y tiró de ella hacia el interior.

—Tienes que verlo todo.

—Leo —le pidió su tío.

—¿Qué?

—Primero tenemos que hablar.

—Luego —replicó Leo.

Logan abrió la boca, pero una mujer apareció en el pasillo antes de que pudiera responder.

Debía de tener algo más de cincuenta años. Llevaba el cabello rubio ceniza recogido en una coleta baja, pantalones oscuros y una blusa clara. Su aspecto era pulcro sin resultar rígido. Sostenía una chaqueta infantil doblada sobre un brazo.

—Señor Cole.

—Señora Wolf.

La mujer miró a Lena con discreción.

Logan dio un paso hacia ella.

—Quería presentarle a Lena Parker.

Hizo una pausa mínima.

—Mi novia.

Lena notó cómo Leo apretaba su mano.

Logan también y lo miró de reojo. Fue una mirada rápida, casi imperceptible, pero su intención estaba clarísima: le estaba suplicando que no dijera nada.

Leo alzó las cejas, después miró a Lena.

Luego a Logan.

Y, por último, volvió a mirar a la señora Wolf con una expresión inocente que no engañaba a nadie.

—Encantada —dijo la mujer.

—Igualmente —respondió Lena.

La señora Wolf le tendió la mano y Lena se la estrechó.

—Leo habla mucho de usted.

—Espero que bien.

—Muy bien.

Leo asintió con entusiasmo.

—Lena hace las mejores tortitas de Belinda's Corner.

—Las tortitas las hace el cocinero —aclaró ella.

—Pero tú consigues que me ponga más chocolate.

—Eso sí es verdad.

La señora Wolf sonrió. No preguntó cuánto tiempo llevaban juntos. Tampoco pareció sorprendida. Ni miró a Logan como si acabara de descubrir un secreto imposible.

Lena decidió que le caía bien. Parecía prudente. De esas personas que veían mucho y comentaban poco.

—Lena se quedará a vivir aquí a partir de hoy —añadió Logan.

Esta vez la señora Wolf pareció sorprenderse un poco, solo un poquito.

—Perfecto —dijo al fin.

—Puede marcharse ya.

La mujer miró el reloj y comentó un poco asombrada:

—Todavía me queda una hora.

—No es necesario. Esta tarde me ocuparé yo de Leo.

Leo soltó la mano de Lena y preguntó sin dar crédito:

—¿Tú?

Logan giró la cabeza muy despacio.

—Sí, yo.

El niño pareció pensarlo y finalmente soltó:

—Guay.

La señora Wolf recogió su bolso, que estaba sobre una consola cercana, y masculló:

—Entonces nos vemos mañana.

—A la hora de siempre —dijo Logan.

—Por supuesto.

Se inclinó hacia Leo, le revolvió un poco el pelo y le pidió:

—Pórtate bien.

—Siempre me porto bien.

La señora Wolf miró a Lena. Ella se llevó una mano al pecho y bromeó:

—Yo no estaba aquí para desmentirlo.

La mujer volvió a sonreír.

—Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo.

Logan la acompañó hasta el ascensor.

Y en cuanto las puertas se cerraron, Leo se giró hacia ellos.

—Entonces ¿es verdad?

Logan cruzó los brazos.

—¿El qué?

—Que Lena es tu novia.

—Sí.

Leo miró a Lena. Ella sonrió con rigidez.

—Sí.

—¿Desde cuándo? —preguntó Leo, risueño.

—Leo —advirtió Logan.

—Solo pregunto.

—Desde hace poco —respondió Lena.

—¿Cuánto es poco?

—Muy poco —contestó Logan.

—¿Ayer?

—Más o menos.

Leo entrecerró los ojos y comentó divertido:

—Ayer no erais novios.

—Las cosas cambian —dijo Logan.

—Muy deprisa —añadió Lena.

El niño los miró a los dos.

—Estáis fingiendo.

El silencio cayó de golpe. Logan descruzó los brazos.

—Leo...

—No pasa nada.

El niño se encogió de hombros.

—Sí que pasa —dijo Lena.

—Todo está bien. De verdad.

Lena lo observó y Logan le preguntó a su sobrino:

—¿Me lo quieres explicar mejor?

—Ayer dijiste que necesitabas una novia y hoy has venido con Lena. Blanco y en botella.

—No dije exactamente que necesitara una novia —replicó Logan.

—Sí lo dijiste.

—Lo dijiste tú.

—Y tú no dijiste que no —le recordó Leo.

Logan miró al techo, sin saber qué narices replicar.

Y Lena tuvo que morderse el labio para no reírse.

Leo se acercó de nuevo a ella y le preguntó lo que de verdad le interesaba:

—¿Vas a quedarte de verdad?

—Un mes.

—¿Todo el mes?

—Sí.

La sonrisa regresó inmediatamente a su cara.

—¡Ven!

Volvió a agarrarla de la mano.

—Leo, tenemos que explicarte algunas cosas —dijo Logan.

—Luego.

—No puedes dejarme con la palabra en la boca.

El niño ya arrastraba a Lena por el pasillo cuando le soltó a su tío:

—Sí puedo.

Lena volvió la cabeza hacia Logan y le advirtió:

—Parece que sí puede.

—No lo animes.

—No he hecho nada —se justificó Leo.

—Todavía.

Leo abrió una puerta y le pidió con un gesto de la cabeza a Lena que pasara:

—Esta es mi habitación.

Lena entró. La estancia era enorme. Tenía una cama con un cabecero azul oscuro, una estantería repleta de libros, juguetes perfectamente ordenados, una mesa de estudio, un rincón con una consola y una televisión, y en una de las paredes había un mural del sistema solar.

—Vaya —murmuró Lena, fascinada.

—¿Te gusta?

—Muchísimo.

—Tengo baño.

—¿Propio? ¡Eso es un sueño!

Leo asintió con la cabeza y señaló otra puerta:

—Y vestidor.

—¡También tienes vestidor!

—Sí.

Lena miró a Logan, que acababa de llegar, y le preguntó, patidifusa:

—¿Necesita un niño de nueve años un vestidor?

—La habitación ya lo tenía.

—Ah, claro. Sería una pena desperdiciarlo.

Leo abrió varios armarios y le enseñó cómo estaba todo colocado por colores.

—Esto no lo has ordenado tú —aseguró Lena, muerta de risa.

—La señora Wolf.

—Ya decía yo.

—Yo sé dónde está todo —dijo el niño, orgulloso.

Lena tomó un pequeño dinosaurio de una balda.

—¿Y esto dónde va? Porque tiene pinta de no estar en su sitio.

Leo señaló sin dudar:

—Tercera caja. A la izquierda.

Ella dejó el dinosaurio en su sitio.

—Te creo.

—Lo mejor no es esto —le advirtió Leo.

—¿Hay algo mejor?

—Sí. Ven.

Leo salió de la habitación y avanzó por otro pasillo. Ellos lo siguieron.

—No corras —le exigió Logan.

—No corro.

—Estás corriendo.

—Voy deprisa —precisó Leo.

Lena se volvió hacia Logan, sin poder contener la risa:

—Tiene una respuesta para todo.

—Eso lo ha aprendido de ti en cinco minutos.

—Lleva años conociéndome —le recordó Lena, con una sonrisa traviesa.

Leo abrió una puerta de cristal y salió a una terraza.

Lena se quedó quieta porque las vistas eran de impresión: Manhattan se extendía ante ellos.

Los edificios se recortaban bajo la luz de la tarde y, aunque todavía faltaban horas para que anoheciera, la vista resultaba

impresionante.

Y luego vio algo que le llamó poderosamente la atención.

En un rincón había un telescopio enorme montado sobre un trípode.

Leo corrió hacia él.

—¡Esto es lo mejor! —exclamó entusiasmado.

Lena se acercó al telescopio y preguntó, maravillada:

—¿Es tuyo?

—No. Es de mi tío.

Ella se giró. Logan estaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿Tuyo?

—Sí.

—¿Te gusta la astronomía? —preguntó Lena, que no tenía ni idea.

—Algo —respondió Logan.

Leo soltó una carcajada y le contó a Lena la verdad:

—¡Muchísimo!

—Bueno, bueno... No sé si tanto —farfulló Logan.

—Te sabes el nombre de todas las estrellas —le recordó el niño.

—Eso no es cierto —replicó Logan.

—De casi todas.

Lena lo miró con auténtica sorpresa, porque aquello sí que no lo esperaba, y soltó:

—Tienes una afición.

Logan se separó de la puerta.

—Tengo varias.

—Me dejas muerta.

—¿Qué creías que hacía cuando no trabajaba? —preguntó Logan, entornando la mirada.

—Trabajar más.

Leo señaló el telescopio y le contó a Lena muy contento:

—A veces salimos aquí por la noche.

—Cuando el cielo está despejado —dijo Logan.

—Vemos planetas.

—La mayoría de las veces vemos edificios —matizó Logan.

—Pero una vez vimos Saturno.

Leo lo dijo con tanta emoción que Lena sonrió.

—¿De verdad?

—Sí. Se veían los anillos.

—No tan bien como él recuerda —aclaró Logan.

—Se veían —insistió el niño.

—Un poco —dijo Logan.

—Mucho.

Lena miró el telescopio y la verdad es que estaba alucinando al escucharlos:

—Nunca he visto Saturno.

Leo abrió los ojos.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¡Pues te lo enseñaremos! ¿Verdad que sí, tío?

Logan la miró y asintió con la cabeza:

—Cuando pueda verse.

—Esta noche —dijo Leo.

—Esta noche no se verá.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Leo a su tío.

—Porque sé dónde está.

Lena arqueó una ceja y no pudo evitar comentar:

—Es que tu tío está casi en contacto con los dioses.

Logan frunció el ceño y preguntó mosqueado:

—¿Qué?

—Nada. Me acabo de acordar de una cosa que me dijo Paul.

—¿Qué te ha contado Paul?

—Que tienes casi hilo directo con los dioses —bromeó.

—Paul habla demasiado —farfulló Logan, molesto.

—Me cae bien —reconoció Lena.

—Eso confirma que habla demasiado —sentenció Logan.

Leo, que seguía junto al telescopio, miró de pronto a su tío y le preguntó:

—¿No vas a volver a trabajar?

—No.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Ni después?

—He dicho que me he tomado la tarde libre.

Leo lo miró como si acabara de anunciar que pensaba mudarse a Marte.

—Qué raro.

Logan apretó los labios.

—Gracias.

—Siempre vuelves a trabajar.

—Hoy no.

—¿Por Lena? —supuso el niño.

—Por todos.

El niño pareció satisfecho con la respuesta.

Luego Logan se acercó a ellos y les dijo muy ceremonioso:

—Tenemos que hablar en serio.

—Eso lo dices mucho —comentó Leo.

—Porque contigo es difícil conseguirlo.

—Yo hablo en serio.

—De acuerdo —zanjó Logan, que apoyó una mano sobre el hombro de su sobrino.

—Genial.

—Y tú ahora escucha bien: Lena va a vivir con nosotros durante un mes.

—¡Ya me he enterado! ¡Y estoy que lo flipo!

—Bien, pues durante ese tiempo tenemos que demostrarle a Margaret Hill que este es el mejor lugar en el que puedes estar.

Leo frunció el ceño, miró a su tío, atónito, y replicó, convencido:

—Pero si ya lo es...

Capítulo 7

Lena bajó la mirada.

Logan tardó un instante en aclararle a su sobrino:

—Margaret Hill tiene que verlo.

—Pues que venga.

—Vendrá —confirmó Logan, porque estaba seguro de ello.

—Le enseño mi habitación y el telescopio. ¡Y no le va a quedar duda de lo a gusto que estoy! —exclamó el niño.

—No se trata solo de eso —intervino Lena, sintiendo una punzada en el estómago de angustia.

Porque le daba mucha pena que Leo tuviera que pasar por eso.

Leo miró a Lena y preguntó sin entender nada:

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada —respondió ella antes que Logan—. Tú no tienes que interpretar nada.

—Estoy feliz —afirmó rotundo.

—Eso sí puedes decírselo —habló Logan.

—Le diré mejor que estoy muy feliz.

Y Leo dijo esta última frase mirándola directamente. Y fue duro, pues a Lena volvió a apretársele el pecho.

—Me alegro —musitó Lena.

—¿Me enseñas ahora el resto? —preguntó Leo.

—¿No eras tú quien me lo estaba enseñando? —replicó Lena, divertida.

—¡Es que con esto de la Hill se me va la olla! Perdona, Lena. Ven.

El niño volvió a cogerle la mano, Logan soltó un suspiro y dijo solemne:

—Todavía no hemos terminado.

—Luego —masculló Leo.

—Esa palabra empieza a irritarme —bromeó Logan.

—Eso te pasa mucho —murmuró Lena, mordaz.

—¿Esto de qué va? ¿Los dos contra mí? —inquirió Logan, alzando las cejas.

Leo no le hizo ni caso y llevó a Lena por el pasillo principal.

Empezó a abrir puertas y le enseñó una sala de cine, un pequeño gimnasio, una biblioteca que parecía no usar nadie y una cocina tan grande como el apartamento entero en el que ella vivía con su madre.

—Aquí cocina Marta —explicó el niño.

—¿Quién es Marta?

—La cocinera —respondió Logan.

—Por supuesto que hay una cocinera... Claro... —farfulló Lena—. Logan Cole tiene de todo.

Logan, que iba detrás de ellos, se apoyó en la isla y le contó:

—Solo viene entre semana.

—Ah, entonces sois prácticamente una familia humilde —bromeó Lena.

Leo abrió la nevera y mostró el interior como si fuera un codiciado tesoro:

—Hay helado.

—Cierra eso —ordenó Logan.

—Solo se lo enseñaba.

—El helado no necesita presentación —dijo Logan, borde.

Lena se rio y comentó tras echarse la melena a un lado:

—Me alegra ver que algunas cosas son normales.

—Ahora falta la habitación —dijo Leo.

—¿Qué habitación? —quiso saber Lena, curiosa.

El niño la miró como si la respuesta fuera evidente.

—La tuya.

Lena se quedó rígida y Logan también. Tan solo atinó a decir:

—Leo...

—La de los dos. La de los novios —corrigió Leo.

Lena lo miró y asintió sin poder evitar sonreír:

—Cierto. La de los dos.

Logan le devolvió a su sobrino una mirada de advertencia.

—No empieces.

—No he dicho nada.

Leo ya estaba de nuevo en movimiento.

Atravesaron otro pasillo y llegaron a unas puertas dobles.

El niño las abrió.

—Esta es...

Lena entró y se quedó sin palabras.

La habitación era tan grande que habría podido colocar dentro el apartamento de Jersey City y aún habría sobrado espacio.

Una cama enorme ocupaba el centro. Frente a ella había una zona de estar con un sofá, dos sillones y una mesa baja. Los ventanales daban a otra terraza privada. Al fondo se veían dos puertas: una hacia el baño y otra, probablemente, al vestidor.

—Esto no es una habitación —susurró Lena, extasiada.

—Sí lo es —dijo Leo.

—Esto es la suite presidencial de un hotel de superlujo.

Logan entró detrás de ellos.

—No exageres, Parker.

—¿Cuántos metros tiene? —quiso saber Lena.

—No lo sé —respondió Logan.

—Claro que lo sabes —supuso Lena.

—No me acuerdo.

—Mentiroso —le soltó Lena, porque sabía que no quería impresionarla.

Pero era absurdo, porque aunque no quisiera decirle los metros que tenía, aquella habitación era la más espectacular y grande que había visto jamás.

Luego, Leo señaló el sofá y comentó muerto de risa:

—Mi tío puede dormir ahí. ¡Castigado!

Logan lo miró y le advirtió para que dejara de decir tonterías:

—Dormiré donde me dé la gana.

—Vale, pero Lena se queda en la cama —comentó Leo, señalándola.

Lena echó un vistazo a esa cama gigantesca con unas sábanas de seda preciosas y replicó:

—Eso ya estaba decidido.

—No estaba decidido —replicó Logan.

—¿Quieres que duerma yo en el sofá? —preguntó Lena, sin que le importara lo más mínimo, pues tenía pinta de ser muy cómodo.

—No —contestó Leo, muy seco.

—Entonces estaba decidido —precisó Lena.

Leo corrió hacia una de las puertas y le dijo a Lena:

—Mira el vestidor.

Lena lo siguió.

El vestidor tenía varias filas de armarios, cajones, estantes para zapatos y una isla central.

La mitad estaba llena de trajes, camisas y zapatos perfectamente colocados.

La otra mitad estaba completamente vacía.

Leo abrió los brazos y le indicó encantado:

—Este lado es para ti.

Lena soltó una carcajada.

—¿Para mí?

—Sí. Cuando diseñaron la habitación, lo dejaron para la señora Cole.

Logan cerró los ojos un segundo y lo frenó antes de que dijera cualquier bobada:

—Leo.

—¿Qué?

—No existe ninguna señora Cole —le recordó por si acaso no se había enterado.

—Pero ya ha llegado Lena —replicó Leo, alzando las cejas varias veces.

Lena se apoyó en uno de los armarios porque no podía parar de reírse.

—No te vengas arriba —le exigió Logan.

—No estoy haciendo nada —afirmó Lena, rotunda.

—Llevas riéndote treinta segundos —repuso Logan, tras apretar fuerte las mandíbulas.

—Es que tu sobrino acaba de anunciar que me ha llegado un vestidor por matrimonio —soltó sin parar de reír.

—No estáis casados aún —aclaró Leo, lanzándole a Lena una mirada de complicidad.

—No me había dado cuenta —ironizó Logan.

—No lo estáis... todavía —replicó Leo, en un tono cantarín.

Logan lo miró y le advirtió para que no se hiciera demasiadas ilusiones:

—Va a quedarse un mes.

Leo se encogió de hombros y soltó con una sonrisa ancha:

—A lo mejor luego se queda más.

Logan se puso muy serio, negó con la cabeza y dijo:

—No.

—Ojalá —deseó el niño en voz alta, con una sinceridad estremecedora.

Lena dejó de reír y miró al niño conmovida:

—Un mes está bien.

—Es poco.

—Da tiempo para muchas cosas —replicó Lena.

Leo chasqueó la lengua y luego señaló los armarios vacíos:

—¿Te gusta, Lena?

—Muchísimo. Pero no tengo tanta ropa como para llenarlo.

—Mi tío puede comprarte —habló divertido.

—No —negó Lena, rotunda.

—Sí puede.

—Sé que puede, pero no quiero —le aclaró Lena.

Leo miró a su tío y le pidió más que nada para que Lena nunca se marchara de allí:

—Cómprale ropa muy bonita, por favor.

—Lena no necesita que le compre ropa —repuso Logan, cruzándose de brazos.

—Tú has dicho que no tiene bastante.

—Ella lo ha dicho —precisó Logan.

—Pues cómprale hasta reventar los armarios —le rogó el niño.

Lena levantó una mano, sonrió a Leo porque le entendía perfectamente y concluyó:

—Nadie me va a comprar ropa.

—¿Y no te da cosa ver el vestidor tan vacío? —replicó el niño.

—Sobreviviremos —bromeó Lena.

Leo abrió uno de los cajones, se lo mostró y le dijo a Lena:

—Aquí puedes poner joyas.

—Solo tengo cuatro cosas de bisutería que no valen nada.

—¿Qué tienes?

—Unos pendientes. Tres anillos. Y una pulsera que me regalaron en una tómbola.

Leo la miró con preocupación y luego replicó como si aquello fuera una necesidad muy urgente:

—Necesitas más cosas.

—No necesito nada.

—¡Todo el mundo necesita cosas! ¡Por lo menos un anillo para cada dedo de la mano!

—Leo —intervino Logan—, déjala.

—Solo intento ayudar.

—Ya lo sé. Pero Lena te está dando una lección. No se necesita tener miles de cosas para ser feliz.

—Perdona, pero yo soy el que te digo que no me compres todo lo que te pido —le recordó el niño.

Logan pensó que Leo tenía razón, tal vez cometía el error de compensar la ausencia de sus padres dándole todos los caprichos.

Y era un grave error.

—Está bien. Este mes... olvídate de la cometa esa que me dijiste.

—¡No, no! ¡La cometa, no! Si eso, quítame los helados de pistacho. Es un capricho... Pero la cometa... ¡es necesidad!

A Logan se le escapó una sonrisa y el niño cerró el cajón.

—Hay que tener cuidado con el orden —le advirtió a Lena.

Lena miró a Leo exagerando el gesto de extrañeza y preguntó:

—¿Por qué?

Leo bajó la voz, aunque su tío estaba a pocos pasos.

—Es un histérico.

—Te he oído —masculló Logan, haciéndose el ofendido.

—Del orden —terminó Leo.

Lena asintió lentamente y comentó, porque aquello podía ser un problema:

—Eso sí me preocupa.

Logan la miró y preguntó intrigado:

—¿Por qué?

—Porque yo no soy muy ordenada que digamos.

—¿Cuánto es no muy ordenada? —quiso saber Logan, cruzándose de brazos.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que consideres orden.

—Las cosas en su sitio —explicó Logan, como si no hubiera más respuesta que esa.

—Entonces bastante poco.

Leo sonrió y la miró entendiéndola completamente:

—¡Es que es mucho más divertido dejar las cosas donde caigan! ¡Di que sí, Lena!

—¡A mí no me volváis loco! Las cosas tienen su sitio y punto. No creo que eso sea pedir demasiado —dijo Logan.

—Las cosas tienen un sitio... y luego otro... y otro... y otro... —comentó Lena, rascándose un codo.

—Y luego no encuentras nada.

—¡En mi caos hay orden!

—¡En el mío también! —se solidarizó Leo.

—Sí, seguro que sí. Menos mal que solo será un mes —resopló Logan.

Lena lo miró, asintió y le dedicó una sonrisa que Logan consideró que era preciosa.

Aunque a él le tenía que dar lo mismo cómo sonriera...

—Exactamente —confirmó Lena—. Así que intenta sobrevivir, Cole.

—No pienso permitir que conviertas esto en un desastre —le advirtió Logan.

—No convierto nada en un desastre. Solo dejo algunas cosas para después y otras las pongo donde mejor me vienen en ese momento.

—¿Qué cosas?

—Ropa. Libros. Bolsos. Vasos.

—¿Vasos?

—A veces.

Logan se llevó una mano a la frente y Leo miró a Lena, todo comprensión...

—Puedes dejar tus cosas en mi habitación.

—No —le exigió Logan.

—Mi tío no entra mucho.

—Pues...

—No vas a dejar tus cosas en la habitación de Leo —le interrumpió Logan.

—De acuerdo —replicó Lena, alzando las manos—. Intentaré ser una persona nueva durante treinta días.

—Me conformo con que no dejes vasos en el vestidor —habló Logan, muy en serio.

—No prometo tanto.

Leo volvió a cogerle la mano a Lena y le preguntó:

—¿Dónde está tu maleta?

Lena negó con la cabeza y respondió:

—No la he traído.

—¿Por qué?

—Porque he venido directamente de hablar con tu tío.

—Entonces vamos a buscarla.

—Puedo ir yo —le dijo Lena, para que no se preocupara.

—Te llevamos —insistió el niño.

Logan abrió la boca para decir algo, pero Leo se volvió hacia él.

—¿Verdad, tío?

—A ver...

—Eso es un sí —interpretó Leo.

Logan miró a uno y a otro y supo que no había nada que hacer.

—Debe serlo.

Leo celebró la decisión con un pequeño salto y gritó emocionado:

—¡Vamos ahora!

—Tampoco te pienses que vivo en un sitio muy bonito...

—¡Si estás tú, Lena... seguro que es una maravilla! —exclamó Leo.

—Eres muy amable, Leo. Pero...

—Te llevamos —le interrumpió Logan.

—¡Ya! —gritó Leo.

—¿Quieres dejar de ser tan ansioso? ¡Dale un respiro a Lena!

—Puede respirar en el coche.

Logan soltó una risa breve, Lena lo miró y musitó, divertida:

—En eso tiene razón.

—No le des alas... —le pidió Logan.

—¡Es que no quiero perder ni un segundo! ¡Quiero a Lena con nosotros desde ya mismo!

—Lena va a pensar que soy un muermazo de tío y que estás deseando compartir con alguien más.

—Tampoco estaría pensando cosas raras... —soltó el niño, muy serio.

—¡Leo! —exclamó Logan.

—¡Estoy bromeando!

Leo salió corriendo de la habitación, mientras su tío le decía:

—Y ahora ¿adónde vas?

—¡Voy a buscar mi mochila!

Lena se quedó en medio del vestidor vacío y Logan la observó. No parecía sentirse incómoda, al contrario.

Se comportaba con naturalidad, como si tuviera la facilidad para adaptarse a vivir en cualquier lugar en cuestión de minutos.

Tal vez era por lo que le había contado de su pasado o porque Lena Parker tenía un carácter mucho más abierto y flexible que el suyo.

Aparte de que no era nada interesada...

No se parecía a ninguna de las mujeres caprichosas que solía conocer. Lena no estaba interesada en su dinero, ni quería joyas, ropa lujosa o vivir con un montón de comodidades.

Lena era feliz con lo que tenía.

Y eso en su mundo era algo tan raro de encontrar que sintió admiración por cómo era.

Y desde luego que entendía ahora mucho mejor por qué Leo la tenía tanto cariño.

Lena Parker era especial. Era todo corazón. Nada que ver con él, que era todo lógica, cabeza y estrategia.

—Leo parece contento —comentó él, por romper el silencio.

—Está contentísimo —matizó Lena.

—Sí.

La réplica de Logan fue en un tono bajo, casi sorprendido.

Lena miró hacia la puerta por la que Leo había desaparecido, lo miró de nuevo y soltó:

—No tienes que fingir conmigo. Te alegra verlo así.

Logan no respondió enseguida. Se colocó bien el cuello de la camisa y respondió:

—Por supuesto que me alegra.

—Entonces intenta que dure.

Él sostuvo su mirada y le aseguró para que no le quedara duda de sus intenciones:

—Eso pretendo.

Lena señaló el vestidor y le advirtió de un modo suave... casi divertido:

—Traeré mis cosas y lo ordenaré a mi manera.

—Mientras no toques las mías...

—Ni de coña. Tú en tu espacio y yo en el mío.

—Y orden en el de todos. Son normas de convivencia básicas. Tu vestidor puede estar hecho una leonera, pero las zonas comunes las quiero impolutas y ordenadísimas.

Ella sonrió, asintió y reconoció tras bufar:

—Va a ser un mes larguísimo, Cole.

—Para los dos, Parker.

Desde el pasillo llegó la voz de Leo:

—¡Ya estoy preparado! ¡Siempre he querido conocer la casa de Lena! ¡Seguro que es mucho más alegre que esta!

—¿Ya me estás llamando aburrido otra vez? —inquirió Logan, fingiendo estar más molesto de lo que estaba.

—Tú te lo estás diciendo todo, tío Logan.

Lena se dirigió hacia la puerta, mientras no paraba de reír:

—La verdad es que mi casa tiene mucho más color que esta. Es pequeña, pero tengo mucho colorinchi...

Logan caminó junto a ella y repitió arqueando una ceja:

—¿Colorinchi?

—Me gustan los colores fuertes. Los tengo en los cojines, en las cortinas...

—Me estás asustando, Parker. A ver si voy a tener que entrar con gafas de sol.

—¡Ni caso! —exclamó Leo, cogiéndola de la mano—. ¡Es un sieso!

—¡Leo! —le exigió su tío.

—Para el color... Y para alguna otra cosa más...

—¿Para qué, pequeño *bocachancla*?

—¡Nada! Venga, avisa al chófer...

Lena sonrió, vio cómo Logan miraba a su sobrino y tuvo la sensación de que a lo mejor no era el tío altivo, frío y presuntuoso que siempre había creído.

Logan parecía ser mucho más de lo que había imaginado.

Y lo mejor era que iba a tener un mes para descubrirlo.

Aunque claro... había un riesgo...

Pero no quería pensar en ello. Lo importante era Leo...

Solo Leo.

Capítulo 8

Media hora después, los tres estaban en el coche camino de Jersey City.

Leo se había sentado junto a Lena en el asiento trasero y no había dejado de hablar desde que salieron del edificio. Le había contado que ahora tenía unos cereales nuevos favoritos, cuál era el capítulo que más veces había visto de *Stranger Things*, el día que al profesor de matemáticas se le salió la dentadura postiza y la vez que Logan había intentado hacer tortitas y había activado la alarma de incendios.

—No fue para tanto —protestó Logan desde el asiento delantero.

—Vinieron los bomberos —recordó Leo.

—Porque el sistema de seguridad del edificio es demasiado sensible.

—Había humo por todas partes.

—Un poco de humo.

Lena se inclinó hacia delante.

—¿También sabes cocinar?

Logan giró ligeramente la cabeza.

—Sé cocinar.

—El niño tiene una versión diferente.

—El niño exagera.

—Se quemaron las tortitas —se chivó Leo.

—Solo las primeras.

—Y las segundas.

—Las terceras salieron bien.

—Porque Marta volvió —contó Leo, entre risotadas.

Lena soltó una carcajada.

Logan se giró un poco más.

—¿Podemos dejar de hablar de eso?

—No —respondieron los dos al mismo tiempo.

Leo miró a Lena y se rio.

Ella le chocó la mano.

—No te alíes con él —advirtió Logan.

—¿Por qué?

- Porque luego no hay quien lo soporte.
- A mí me parece encantador.
- Llevas unas horas con él.
- Llevo unos añitos sirviéndole tortitas.
- Con extra de chocolate —puntualizó Leo.
- Exactamente. Nuestra relación es sólida.

El coche cruzó el río y fue dejando atrás los edificios más altos de Manhattan.

Lena miró por la ventanilla. Cuanto más se acercaban a su barrio, más consciente se hacía de la diferencia entre sus dos mundos. No porque se avergonzara de su casa.

Nunca lo había hecho. Era pequeña, vieja y tenía demasiadas cosas encajadas en muy poco espacio, pero era suya. O, al menos, lo más parecido a algo suyo que habían tenido ella y su madre después de tantos años mudándose.

Aun así, le costaba imaginar a Logan Cole subiendo por aquella escalera estrecha.

O entrando en una cocina donde, si alguien abría el horno, nadie podía pasar hacia el salón.

—¿Estás bien? —preguntó Leo.

Lena apartó la vista de la calle.

—Sí.

—Estás muy seria.

—Estaba pensando.

—Mi tío también se pone así cuando piensa.

—Yo no me pongo así.

—Sí te pones —dijo Leo.

Logan soltó un suspiro.

—Gracias por el análisis.

—De nada.

Lena sonrió, pero Logan la miró a través del espejo retrovisor.

—¿Pasa algo?

—Nada.

—Parker.

—No pasa nada, Cole.

Él sostuvo su mirada unos segundos antes de volver a mirar al frente.

No insistió.

Lena se lo agradeció.

Y un rato después el coche se detuvo delante del edificio.

Leo se pegó a la ventanilla.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—Me gusta.

Lena miró la fachada de ladrillo envejecido, la marquesina torcida y las macetas de la vecina del primero acumuladas junto a la entrada.

—Todavía no has visto nada.

Logan salió primero.

El chófer se apresuró a abrirles, pero Lena ya había bajado por su lado.

—Puedes esperarnos aquí —le dijo Logan.

—No tardaremos —añadió ella.

—Subo —anunció Logan.

Lena se giró, porque la verdad es que no se imaginaba a Logan en su casa.

—No hace falta.

—Quiero conocer a tu madre —repuso Logan.

—Ya sabe quién eres.

—Yo no sé quién es ella.

—No vamos a negociar nada.

—No he dicho eso.

—Lo has pensado.

Logan alzó una ceja y le dijo frunciendo el ceño:

—¿Siempre vas a discutir conmigo por todo?

—Durante un mes, sí. Y de verdad que no sé qué pintas en mi casa.

—¿Por qué dices eso?

—Has venido con chófer para asegurarte de que nadie le hará nada a tu coche. Confiésalo: ¡estás cagado de estar en mi barrio! —cuchicheó Lena, para que el niño no pudiera oírla.

—¡He venido con chófer porque es más cómodo!

Leo salió del coche y Lena no pudo replicar nada:

—Yo también quiero conocer a tu mamá.

Lena lo miró y tenía aquella expresión ilusionada que hacía casi imposible negarle nada.

—Está bien.

—Perfecto —dijo Logan.

—No lo he dicho por ti.

—Ya, pero yo voy en el lote.

Entraron en el portal y lo primero que vieron fue que el ascensor tenía un cartel pegado en la puerta.

FUERA DE SERVICIO.

Lena señaló las escaleras.

—Tercer piso.

Leo miró hacia arriba.

—¿No hay ascensor?

—Hay. Pero tiene personalidad propia.

—¿Qué significa eso? —preguntó el niño.

—Que funciona cuando le apetece.

Logan observó el cartel y quiso saber, temiéndose lo peor:

—¿Desde cuándo está averiado?

—Desde el martes.

—¿Y no lo han arreglado?

—Hoy es jueves.

—Dos días.

—Aquí las cosas llevan otro ritmo, Cole.

Empezaron a subir las escaleras. En el primer rellano, Leo todavía iba saltando los escalones de dos en dos. En el segundo, redujo la velocidad. En el tercero, llegó resoplando.

—¿Subes esto todos los días? —preguntó Leo, alucinado.

—A veces varias veces.

Leo apoyó una mano sobre la pared.

—Hay muchos escalones y son muy altos. Necesitas el ascensor.

—Gracias. Lo comentaré en la próxima junta de vecinos.

Logan miraba alrededor en silencio. El pasamanos estaba arañado. La pintura de las paredes llevaba años necesitando una mano nueva.

En el techo del segundo piso había una mancha de humedad que parecía el mapa de un país gigante.

Cuando llegaron frente a su puerta, Lena sacó las llaves.

—Mi madre está avisada, pero no esperéis una recepción oficial.

—¿Qué es una recepción oficial? —preguntó Leo.

—Que no habrá una alfombra roja.

—En casa tampoco tenemos —repuso el niño.

Logan lo miró y comentó siguiéndole el rollo:

—Porque no vivimos en un hotel.

Lena respiró hondo, abrió la puerta y replicó a Logan:

—Eso es discutible.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Apenas entraron, una voz llegó desde la cocina.

—¿Lena?

—Sí, mamá.

Adele apareció secándose las manos con un paño.

Era una mujer menuda, de cabello castaño salpicado de canas y ojos del mismo color castaño que los de su hija. Llevaba unos pantalones cómodos y una camiseta clara. Y tenía el rostro amable y cansado.

En cuanto vio a Logan y a Leo, se quedó quieta.

—Vaya.

Lena cerró la puerta.

—Mamá, ellos son Logan y Leo.

—Sé quiénes son.

Adele miró primero al niño.

—Tú debes de ser el famoso Leo.

El niño se mordió el labio, encantado con aquello:

—¿Soy famoso?

—En esta casa, sí. Lena habla mucho de ti.

Adele se acercó y le tendió la mano.

—Encantada, Leo.

Él se la estrechó con absoluta seriedad.

—Encantado, señora Parker.

—Puedes llamarme Adele.

Después miró a Logan. Durante un segundo, Lena temió que su madre fuera a decir alguna de las cosas que había ensayado la noche anterior. Algo sobre cuidar de su hija. O sobre no jugar con ella. O, peor aún, algo relacionado con aquella conversación absurda sobre si Logan era tan guapo en persona como en las fotografías. Pero Adele simplemente sonrió.

—Señor Cole.

—Logan, por favor.

Se estrecharon la mano.

—Gracias por recibarnos sin avisar con más tiempo.

—Lena me ha llamado desde el coche. He tenido exactamente doce minutos para esconder el desastre.

—No había ningún desastre. Mi madre es como tú. La más ordenada del barrio —dijo Lena.

Adele le lanzó una mirada, se encogió de hombros y reconoció:

—Todo está ordenado... menos cierta habitación.

Logan miró a Lena y habló en un tono mordaz:

—Eso empieza a preocuparme.

—No la escuches —le pidió Lena, divertida.

—Sí. Escúchame bien, Logan. No tiene remedio. Y para celebrarlo, he preparado un flan —anunció Adele—. Bueno, lo prepararé esta mañana. Iba a sacar un poco para merendar.

Leo se giró hacia ella.

—¿Flan?

—Casero.

—¿Con caramelo?

—Mucho.

Leo miró a Logan y le pidió, juntando las manos:

—Podemos comer, ¿verdad?

—Ya sabes que no hay que picar entre horas.

—Ha pasado mucho tiempo desde que comí.

—Esto sería una merienda —dejó caer Lena.

Adele se rio y apoyó a su hija... y a Leo:

—Un trozo pequeño no le hará daño.

—¿Ves? —dijo Leo—. Adele dice que no me hará daño.

Lena señaló el salón, que estaba al lado:

—Sentaos. Yo voy a buscar la maleta.

—Primero el flan —pidió Leo.

—Primero la maleta.

—Puedo comer mientras la haces.

Logan se quitó la chaqueta porque en aquella casa hacía un calor tremendo y el ventilador apenas daba aire. Luego Lena comentó:

—Eso parece un buen acuerdo.

Logan negó con la cabeza y le dijo a Lena:

—No le des la razón en todo.

—Es flan, Cole.

—Creía que eras la adulta responsable.

—Tú deberías tomarte la tarde libre de eso también.

Adele volvió a reírse y entró en la cocina. Leo fue detrás de ella y se ofreció:

—¿Puedo ayudar?

—Claro. Puedes llevar las cucharillas.

Logan observó cómo desaparecía. Luego recorrió el apartamento con la mirada. El salón era estrecho. Había un sofá de tres plazas pegado a la pared, una mesa pequeña junto a la ventana y una estantería llena de libros, fotografías y cajas. El papel pintado se había despegado ligeramente en una esquina. La ventana no cerraba bien y tenía una toalla doblada en la base con la que debían impedir que entrara el viento cuando hacía frío.

—No mires así —le pidió Lena.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras calculando cuánto costaría derribarlo entero.

—No estaba pensando eso.

—¿Qué estabas pensando?

—Que ahora entiendo lo del baño.

—Todavía no lo has visto.

—La ventana tampoco cierra.

—Cierra.

Logan se acercó. Empujó el marco y la ventana se abrió dos centímetros.

—No cierra.

—Hay que hacerlo con cariño.

—Las ventanas no necesitan cariño. Necesitan un carpintero.

—Aquí todo necesita cariño.

Logan miró hacia el techo y bufó:

—Y probablemente un pintor y un electricista.

—No empieces.

—No he empezado.

—Te conozco.

—Llevas unos años sirviéndome café. Eso no significa que me conozcas.

—Sé reconocer esa cara, Cole —le advirtió Lena.

—¿Qué cara?

—La de «voy a organizar la vida de todo el mundo porque yo sé hacerlo mejor».

Logan la observó y no pudo evitar soltar:

—A veces sé hacerlo mejor.

—Eso no te autoriza a hacerlo.

Desde la cocina se oyó un golpe.

—¡No se ha roto! —gritó Leo.

Lena cerró los ojos y Logan dijo entre resoplidos:

—Eso siempre significa que algo se ha roto.

Entraron en la cocina. Leo sostenía tres cucharas y una cuarta estaba en el suelo.

—Se ha caído —explicó el niño.

—Lo he deducido —dijo su tío, aliviado de que no hubiera liado una gorda.

Adele le quitó importancia y colocó el flan sobre la mesa.

Era grande, dorado y estaba cubierto de caramelo.

Leo abrió la boca y canturreó salivando:

—¡Guau!

—Solo un trozo —recordó Logan.

Adele cortó cuatro porciones.

—El suyo que sea el más pequeño, por favor —pidió Logan.

—¡Jo, tío! ¡El más pequeño para ti!

—Leo... compórtate.

Leo se encogió de hombros y se sentaron como pudieron alrededor de la mesa.

La rodilla de Logan chocaba con la de Lena por debajo. Él intentó apartarse, pero no había espacio.

—Te dije que era pequeña —murmuró ella, sonriente.

—No me quejo.

—Todavía. Ya verás cuando se te empiecen a dormir las piernas.

Adele le entregó a Leo su plato.

—Ten cuidado, que el caramelo mancha.

El niño probó el primer bocado y cerró los ojos.

—Está buenísimo.

—Mastica antes de hablar —dijo Logan.

Leo tragó.

—Está buenísimo.

Adele sonrió.

—Me alegro.

—Es el mejor flan que he comido nunca.

—No hace falta que exageres —le pidió Adele.

—No exagero.

—A veces sí —dijo Logan.

Leo apuntó hacia él con la cuchara y le exigió:

—Pruébalo y me cuentas.

Logan tomó un bocado y se quedó sin decir nada un segundo.

Lena lo observó con curiosidad y le preguntó:

—¿Y?

—Está muy bueno.

Leo negó con la cabeza y le exigió a su tío:

—Tienes que decir que es el mejor flan que has comido nunca.

—No voy a mentir.

—¿Has comido uno mejor?

Logan probó otro bocado y no le quedó otra que responder:

—No.

Leo sonrió triunfante.

—Entonces es el mejor.

Adele soltó una carcajada y replicó, mirando a Leo con cariño:

—Me gusta este niño.

—Yo también le gusto a Lena —dijo Leo.

—Eso es evidente.

Lena apoyó el codo sobre la mesa.

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea cuánto me gusta Leo?

—No veo por qué —respondió él.

Adele observaba a los tres con una sonrisa pequeña.

Lena se dio cuenta.

—Mamá.

—¿Qué?

—Nada.

—Yo no he dicho nada.

—Lo estabas pensando.

—No sabía que ahora también leías la mente.

Leo dejó la cuchara y le contó a Adele:

—¡Yo también puedo leérsela a mi tío!

—Será que es bastante transparente —opinó Adele.

—Nunca me habían llamado transparente —confesó Logan, echándose un poco hacia atrás porque se le estaban durmiendo las piernas.

—A lo mejor nadie se atrevía —apuntó Lena.

—Yo sí —dijo Leo.

—Tú no cuentas —farfulló Logan.

—¿Por qué?

—Porque no me tienes ningún miedo.

Leo frunció el ceño y le preguntó a su tío:

—¿Tengo que tenerlo?

—No —respondió Lena inmediatamente.

Logan la miró.

—Gracias.

—De nada.

Adele recogió los platos cuando terminaron. Logan se levantó y le dijo, solícito:

—Déjeme ayudarla.

Ella lo miró sorprendida. Lena también.

—No hace falta —dijo Adele.

—No me cuesta nada.

Logan cogió los platos y los llevó al fregadero. Lena permaneció sentada, observándolo. No sabía por qué aquel gesto le resultaba

tan extraño. Quizá porque Logan Cole parecía un hombre que nunca llevaba platos a ninguna parte. Un hombre para el que siempre había alguien encargado de hacerlo.

Sin embargo, estaba allí, de pie en la pequeña cocina de su madre, colocando cuatro platos junto al fregadero como si fuera lo más normal del mundo.

Adele también lo miraba, con una admiración que no podía disimular:

—Gracias —dijo ella.

—Gracias por el flan.

—Puedes llevarte el resto para Leo.

—¡Sí! —pidió el niño.

Logan sonrió, se encogió de hombros y no le quedó otra que decir:

—Aceptamos.

Adele buscó un recipiente y Lena se levantó...

—Voy a preparar la maleta antes de que decidáis instalaros todos aquí.

—Yo voy contigo —dijo Leo.

—No.

—¿Por qué? —quiso saber Leo, extrañado.

—Porque mi habitación no está preparada para visitas.

—Quiero verla.

—¿De verdad?

Logan se apoyó en la encimera y comentó con una sonrisa socarrona:

—Ahora quiero verla yo también.

—Tú mucho menos —aseguró Lena, moviendo las manos.

Lena salió de la cocina y Leo la siguió.

—Solo miro. No toco nada.

—No, Leo.

—No voy a tocar nada —repitió el niño.

—Eso no mejora la situación.

Aun así, Leo consiguió colarse detrás de ella antes de que pudiera cerrar la puerta.

Y se quedó alucinado con lo que vio.

La habitación era pequeña. Había una cama pegada a la pared, un escritorio cubierto de apuntes, una silla con ropa encima y varias cajas apiladas junto al armario.

Leo miró alrededor y hubo algo que le llamó mucho la atención:

—Tienes muchos libros.

—Sí.

—Y mucha ropa en la silla.

—Esa silla sirve para eso.

—Las sillas son para sentarse.

—Esta no.

Logan apareció en la puerta y Lena señaló el pasillo.

—Fuera.

Él miró la habitación.

—No está tan mal.

—Eso significa que está fatal —concluyó Lena, que no estaba nada cómoda.

—La silla es preocupante —bromeó Logan.

—No te he pedido opinión —le soltó Lena, muy borde.

Leo abrió el armario, a pesar de que su tío estaba gritándole que no lo hiciera, y comentó:

—Aquí tampoco cabe más ropa.

—Por eso no tengo tanta —explicó Lena.

—Puedes llevarte todo —le dijo Logan.

—No necesito todo para un mes.

Lena sacó una maleta mediana de debajo de la cama. La abrió y empezó a doblar prendas. Leo se sentó en el borde del colchón.

—¿Solo tienes una maleta? —le preguntó Leo, que no daba crédito.

—Tengo otra más pequeña.

—En casa usamos más para cuando nos vamos de viaje un fin de semana —comentó el niño, sin afán de humillar. Tan solo constató un hecho.

—Leo —advirtió Logan.

—¿Qué? Es verdad.

Lena metió dos pares de vaqueros.

—En cuarenta metros cuadrados no se puede acumular demasiado.

Logan la observó y preguntó, sintiendo cada vez más admiración por ella:

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Casi seis años.

—¿Es el lugar en el que más tiempo has vivido?

Lena levantó la cabeza y respondió con un punto de tristeza en la mirada:

—Sí. Pero ya es nuestro. Bueno, mejor dicho, pagamos una hipoteca.

No añadió nada más.

No hacía falta.

Logan dejó de mirar la silla y recorrió la habitación con otra expresión más seria.

Lena metió varias camisetas, unos vestidos, pantalones cortos, ropa interior, un par de sandalias y un neceser.

—¿Eso es todo, Parker? —preguntó él.

—¿Qué esperabas? ¿Un camión de mudanzas? —ironizó ella.

—No.

—Necesito ropa para trabajar y para estudiar. Y este mes no voy a trabajar.

—Seguirás estudiando.

—Estamos en agosto. Tengo que preparar unas cosas, pero no tengo clases.

Leo miró la maleta y le comentó a su tío para que hiciera algo para remediarlo:

—No va a llenar nada del vestidor.

—Ya te lo he dicho —replicó Lena.

—Mi tío puede...

Lena resopló y repitió, como un loro, porque no iba a dejar que le compraran nada:

—No necesito nada más que esto.

Logan levantó las manos.

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo estabas pensando.

—No leo la mente, Parker. Ese es mi sobrino...

Lena terminó de cerrar la maleta. Logan se adelantó y la cogió.

—Puedo llevarla yo.

—Pero la voy a llevar yo.

—No pesa —insistió ella.

—Parker.

—Cole.

El forcejeo duró unos instantes, pero él no soltó el asa.

Lena terminó cediendo.

—Mandón.

—Obstinada.

—Estáis discutiendo como si llevarais casados mucho tiempo —dijo Leo, que no les quitaba ojo.

Los dos lo miraron.

—No estamos casados —respondieron a la vez.

Leo sonrió y le faltó tiempo para decir...

—Todavía.

Capítulo 9

Logan salió de la habitación con la maleta y le pidió a su sobrino:

—Deja de decir eso de que parecemos un matrimonio.

—¡Es verdad!

Leo no dijo nada más porque vio que Adele los esperaba en el salón con el recipiente del flan dentro de una bolsa.

—Te he metido también unas galletas.

—Gracias, Adele —dijo el niño cogiendo la bolsa.

Lena se acercó a su madre y la abrazó. Adele le devolvió el abrazo con fuerza y le pidió:

—Llama esta noche.

—Lo haré.

—Y si necesitas cualquier cosa...

—Igual te digo. Estoy cerquita. ¿A cuánto? —le preguntó a Logan.

—Depende del tráfico —respondió Logan.

Adele lo miró y le pidió, tras darle también un abrazo:

—Cuídala.

Lena cerró los ojos, porque parecía que se la estaba llevando a la guerra:

—Mamá, que voy a estar bien.

—Ya. Pero nunca he estado tanto tiempo separada de ti.

Logan sostuvo la mirada de Adele y le aseguró para que se quedara tranquila:

—Voy a cuidarla. Y vamos a volver a por más flan...

—¡Y las puertas de nuestra casa están abiertas! ¿Verdad, tío Logan?

—Por supuesto que sí. Tranquila, que todo va a estar bien, Adele.

Logan lo dijo sin bromear y sin esa arrogancia serena con la que respondía casi siempre.

A Lena le sorprendió y Adele pareció satisfecha.

—Y tú cuida de ellos —le pidió a Lena.

—Ese no era el trato —bromeó Lena.

Leo se acercó y le confesó a Adele, envarándose:

—Yo no necesito que me cuiden mucho.

—Eso dicen todos los niños —respondió Adele.

Logan dejó la maleta junto a la puerta y le comunicó a Adele:

—Mañana enviaré a alguien.

Adele parpadeó, sin entender a qué se refería:

—¿A alguien?

—Para que revise el apartamento.

Lena se volvió y le dijo con la mirada que no había ninguna prisa:

—Logan, por favor...

—La instalación eléctrica, las ventanas, el baño, la cocina...

—No tienes que hacerlo —dijo Adele.

—Forma parte del acuerdo.

—Solo hablamos de arreglar algunas cosas —puntualizó Lena.

—Hablamos de una reforma integral.

—Tú hablaste de una reforma integral —le recordó Lena, un tanto nerviosa con la situación.

—Y tú aceptaste.

—Acepté una reforma, no una reconstrucción de Manhattan.

Adele los observaba a ambos y, agobiada con tanto tira y afloja, confesó:

—No quiero causar molestias.

Logan se dirigió a ella.

—No es ninguna molestia. Mañana vendrá un equipo de confianza. Son los mejores.

—Seguro que son carísimos.

—Eso no tiene importancia.

—Para nosotras sí —confesó Adele, llevándose la mano al pecho.

—Para mí no.

Adele miró a su hija, para que dijera algo, pero Lena se encogió de hombros.

—Cuando se le mete algo en la cabeza...

—No se me ha metido nada en la cabeza. Este piso necesita arreglos —aclaró Logan.

Adele contempló la ventana, bufó y no le quedó más remedio que dar la razón a Logan:

—Está todo muy viejo.

—Mamá.

—Es verdad —insistió Adele.

—Eso no significa que tenga que venir aquí un ejército de obreros.

—No será un ejército —dijo Logan—. Primero vendrá un arquitecto y un jefe de obra.

Lena se quedó pasmada, porque no contaba con eso...

—¿Un arquitecto?

—Hay que redistribuir algunos espacios.

—No vas a tirar las paredes —le exigió Lena, porque no lo iba a aceptar de ningún modo.

—Dependerá de cuáles sean estructurales.

—Logan.

Adele empezó a reírse y Lena la miró.

—Mamá, no tiene gracia.

—Un poco sí.

Logan sacó el teléfono.

—Le pediré a Paul que lo organice.

—No llames a Paul ahora —le ordenó Lena, que estaba empezando a cabrearse de verdad.

—No voy a llamarlo. Voy a escribirle.

—Te has tomado la tarde libre.

—Esto no es trabajo.

—¿Qué es?

Logan miró a Adele y respondió convencido:

—Una devolución.

Adele frunció el ceño y le dijo a Logan:

—No entiendo.

—Usted me va a prestar a su hija durante un mes. Lo mínimo que puedo hacer es dejarle la casa preciosa.

Adele lo miró durante unos segundos y después sonrió.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Lena sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Su madre no solía aceptar ayuda con facilidad. Nunca. Había pasado toda la vida defendiendo que podían arreglárselas solas. Que no necesitaban nada de nadie. Pero estaba cansada.

Lena lo veía en la forma en que apoyaba una mano en el respaldo del sofá. En las sombras bajo sus ojos. En el pequeño gesto de dolor que hacía al levantarse después de estar sentada.

Logan también lo había visto. Estaba segura.

—No tiene que agradecerme nada —dijo él—. Y queda invitada a venir a casa cuando quiera. A nuestra casa, durante este mes —corrigió Logan, mirando a Lena.

—No te emociones —murmuró Lena—. Mamá jamás visita ninguna casa.

—Cuando quiera —repitió él—. Leo estará encantado.

—Sí —dijo el niño—. Puedes traer flan.

Adele soltó una carcajada.

—Entonces iré.

Se despidieron y a Lena le entraron unas ganas absurdas de llorar.

No se iba a la otra punta del mundo, tan solo iba a ser un mes, pero sentía que estaba a punto de hacer un viaje que iba a cambiarlo todo.

Era ridículo.

Pero esa era la sensación que tuvo.

Luego, bajaron las escaleras. Logan llevaba la maleta con una mano y la bolsa del flan con la otra.

Leo iba delante y Lena caminaba junto a Logan.

—No esperaba eso —le confesó ella.

—¿El qué?

—Que invitaras a mi madre.

—¿Por qué?

—No sé. No pareces muy de madres.

—Tengo una.

—Ya sé que tienes una madre. Me refiero a que no pareces muy de recibir visitas familiares.

—No recibo muchas.

—Exactamente.

Llegaron al segundo rellano. Logan miró hacia abajo para comprobar dónde estaba Leo y le confesó:

—Tu madre parece agradable.

—Lo es.

—Y cansada.

Lena apretó los labios.

—Trabaja mucho.

—Ya.

Siguieron bajando y Lena pidió, hablando completamente en serio:

—No hace falta que destruyas el piso.

—No voy a destruirlo.

—Has hablado de tirar paredes.

—He dicho que dependerá de si son estructurales.

—Eso no me tranquiliza.

—Quedará bien.

—¿Siempre haces esto? —preguntó Lena, tras tomar aire.

—¿El qué?

—Llegas, ves algo que no te gusta y decides cambiarlo.

Logan pensó un instante y le respondió con la verdad:

—Casi siempre.

—Debe de ser agotador ser tú.

—A veces.

Lena lo miró asombrada, porque no esperaba aquella respuesta. Sin embargo, Leo los llamó desde abajo antes de que pudiera decir nada.

—¡Daos prisa!

—No corras —ordenó Logan.

—No estoy corriendo.

—Te he visto.

—Ahora no corro.

Salieron a la calle. El chófer guardó la maleta en el maletero.

Lena iba a entrar en el coche cuando Leo señaló un anuncio de un supermercado al otro lado de la avenida.

—¿Podemos ir al super ese a comprar cereales?

Logan miró hacia allí.

—Hay comida en casa.

—Pero Lena va a vivir con nosotros. Necesita cosas.

—Tengo comida.

—¿Tú qué cereales tomas, Lena?

—De avena integral. Pero... no los necesito. Puedo comer lo que sea.

Leo se volvió hacia Logan y le rogó:

—Tenemos que ir al supermercado.

—Marta se encarga de comprar.

—Hoy no está Marta —recordó Lena.

Logan la miró.

—No empieces tú también a incordiar. Con uno es suficiente.

—No he dicho nada.

—Tienes esa expresión.

—¿Qué expresión?

—La de que vas a disfrutar demasiado viéndome en un supermercado.

Ella sonrió.

—Muchísimo. ¡Lo voy a pasar teta!

Y, como no podía ser de otra manera, porque allí el que mandaba era Leo, fueron al supermercado.

Logan Cole no sabía dónde estaban las cosas en un supermercado.

Aquello fue lo primero que Lena descubrió.

Lo segundo fue descubrir que lo llevaba fatal.

—Esto no tiene ningún sentido —protestó frente a uno de los pasillos.

—¿Qué cosa?

—Que el pan esté lejos de la leche.

—¿Por qué deberían estar juntos?

—Porque se consumen en el desayuno.

—Los tomates también pueden consumirse en el desayuno y no están junto al café.

—Eso sería absurdo.

—Exacto.

Leo empujaba un carrito demasiado grande para él.

Había metido dentro dos cajas de cereales, unas galletas, patatas fritas y una bolsa de nubes.

Lena cogió las nubes y le dijo en un tono que no admitía enmienda:

—Esto no.

—¿Por qué?

—Porque ya llevas suficiente azúcar.

—Son para compartir.

—Tampoco.

Dejó la bolsa en su estante. Leo volvió a cogerla.

—Mi tío dice que sí.

Lena miró a Logan. Él sostenía dos marcas distintas de pasta y parecía estar comparando los ingredientes con enorme seriedad.

—Tu tío no está prestando atención.

—He dicho que podía cogerlas —respondió Logan sin levantar la vista.

—Pues yo digo que no.

—Si Lena lo dice... —farfulló Logan.

—¡Jo! ¿Os estáis aliando los dos contra mí? —protestó Leo.

—Ella por su lado y yo por el mío. Pero en esto pensamos igual.

Logan dejó ambas bolsas de pasta en el carrito.

—Nos llevamos las dos.

—¿Para qué?

—Para probarlas.

—Es pasta.

—No toda es igual.

Lena lo miró y replicó con mucha guasa:

—De repente eres un experto en cocina.

—Sé elegir pasta.

—Has tardado cuatro minutos.

—Porque estaba leyendo la composición. No quiero que me cuelen cosas raras.

—¿Quién lee los ingredientes de la pasta? —inquirió Lena, muerta de risa.

—Alguien que quiere saber qué compra.

Leo metió otra caja de cereales y Lena la sacó.

—No.

—Es diferente. Son otros. Unos *chococrispis* de...

—Ya llevas dos.

—Esta tiene chocolate.

—Una de las otras también.

—Pero otro chocolate.

Logan tomó la caja y la devolvió al carrito.

—Que la lleve.

Lena se volvió hacia él y le susurró al oído:

—No puedes compensar seis meses de ausencia con cereales.

Leo dejó de sonreír porque la escuchó perfectamente. A Logan se le demudó el semblante y Lena se arrepintió inmediatamente.

—No quería decir...

—Lo sé —la interrumpió él.

Se hizo un silencio incómodo. Leo miró las cajas y dijo al fin:

—Puedo dejar una.

Logan apoyó una mano sobre su cabeza.

—No hace falta.

—Lena tiene razón. Tengo cereales de sobra.

Lena observó el gesto y se apresuró a decir:

—Nos llevamos las tres.

Leo levantó la vista.

—¿Seguro?

—Sí. Pero las nubes no.

—Trato hecho.

Continuaron recorriendo los pasillos y Lena metió fruta, yogures, pan y varias cosas para el desayuno.

Logan añadió productos caros sin mirar los precios. Ella iba detrás y los cambiaba por otros. Luego, él volvía a meterlos en el carro:

—¿Qué haces? —preguntó al verla sustituir un aceite.

—Este cuesta la mitad.

—El otro es mejor.

—Los dos sirven para cocinar.

—No saben igual.

—No pienso discutir por aceite.

—Ya lo estás haciendo.

Leo los observaba encantado.

—Me gusta ir de compras con vosotros.

—Es la primera y la última vez —dijo Logan.

—Eso no te lo crees ni tú —replicó Lena.

Cuando llegaron a la caja, el carrito estaba lleno.

Lena miró el contenido.

—Íbamos a comprar cereales.

—Nos faltaban cosas —dijo Logan.

—Tienes una cocinera y una nevera que parece un restaurante.

—Has sido tú quien ha metido la mitad —le recordó Logan.

—Cosas necesarias.

—¿Tres clases de yogur son necesarias? —ironizó Logan.

—Sí.

—Entonces varias de pasta también.

—No es lo mismo.

Y tras decir esto, Leo puso la bolsa de nubes sobre la cinta y Lena la vio.

—¿De dónde ha salido eso?

—No sé.

—Leo —masculló Lena, exigiéndole explicaciones.

—A lo mejor estaba en el carrito.

Logan miró hacia otro lado y Lena le pidió explicaciones también a él:

—Cole.

—No he visto nada —dijo él.

—Sois imposibles —masculló dándose por vencida.

Leo sonrió y le dijo a Lena, poniendo cara de no haber roto un plato:

—Pero estás contenta.

Lena abrió la boca y no respondió, porque lo estaba...

Cuando regresaron al ático, el sol comenzaba a bajar.

El chófer y el portero subieron las bolsas mientras Leo llevaba el flan con ambas manos, vigilándolo como si transportara un tesoro.

Lena dejó la maleta junto a la cama. El vestidor vacío seguía pareciéndole una broma. Abrió uno de los armarios y colgó tres vestidos. Ocupaban una parte ridícula.

Leo apareció detrás de ella.

—Te dije que no era suficiente.

—Voy a extender las perchas.

—Mi tío puede...

—No, Leo. No me lo repitas más, por favor.

—Vale.

El niño se sentó en la isla central.

—¿Qué hacemos ahora?

Logan apareció en la puerta sin chaqueta y con las mangas de la camisa remangadas.

—Voy a preparar la cena.

Leo lo miró sorprendido y Lena también.

—¿Tú? —preguntaron los dos.

Logan frunció el ceño.

—Sí, yo.

—¿Sin Marta? —dijo Leo.

—Sin Marta.

—¿Y sin bomberos? —añadió Lena.

—Muy graciosa.

—Podemos pedir comida —propuso Leo.

—No vamos a pedir comida.

—A mí me parece una opción segura —dijo Lena.

Logan se apoyó en el marco.

—Sé preparar algo sencillo.

—¿El qué?

—Pasta.

Lena recordó las dos bolsas y comentó risueña:

—Ahora entiendo la investigación.

—Exactamente.

—¿Y si se quema? —preguntó Leo, con una cara de guasa tremenda.

—No se va a quemar.

Leo se bajó de la isla.

—Voy a ayudar.

—Yo también —dijo Lena.

Logan los miró con desconfianza.

—No necesito ayuda.

—Precisamente por eso vamos —respondió ella.

Los tres entraron en la cocina. Logan sacó ingredientes y empezó a colocarlos sobre la isla con un orden casi militar.

Lena tomó un tomate y Logan la miró con recelo:

—¿Qué vas a hacer, Parker?

—Una salsa.

—¿Desde cero? —inquirió Logan, más sorprendido aún.

—Sí.

—Esto quiero verlo.

—Puedes sentarte. Y yo, prefiero estar cerca del extintor.

Leo se subió a uno de los taburetes y le ofreció a Lena:

—Yo te ayudo a cortar los tomates.

—Tú no tocas el cuchillo —dijeron Logan y Lena a la vez.

El niño sonrió, porque aquello no podía ir mejor:

—Otra vez habéis hablado igual.

—Casualidad —respondió Logan.

—Preocupante —añadió Lena.

Durante un rato, la cocina se llenó de ruido.

El agua hirviendo, el cuchillo golpeando la tabla, Leo haciendo preguntas sin parar, Lena abriendo armarios equivocados y Logan cerrándolos detrás de ella.

—¿Dónde están los platos?

—Segundo armario.

—Eso son copas.

—El otro segundo armario.

—Hay seis.

—El de la derecha.

—Tu cocina necesita un mapa.

—Todo está organizado.

—Para ti.

—Para cualquier persona con sentido común.

Lena abrió otro armario y dijo ya mareada:

—Aquí hay bandejas.

—Ese es el tercero.

—No voy a sobrevivir un mes.

Leo llevaba varios minutos observándolos y de pronto dejó de sonreír.

—¿Qué pasa? —preguntó Lena.

El niño bajó la mirada hacia sus manos.

—Nada.

Logan redujo el fuego.

—Leo.

Él levantó los ojos. Miró a su tío.

Después a Lena.

En la encimera había tomates cortados, una cuchara manchada de salsa, una bolsa de pasta abierta y tres vasos que Lena había sacado sin preguntar dónde iban.

La cocina ya no parecía perfecta.

Parecía habitada.

—Hacía un montón que no era tan feliz —dijo Leo con los ojos chispeantes.

Logan por un segundo no supo ni qué decir.

Lena sintió que algo se le cerraba en la garganta.

El niño sonrió otra vez, como si no acabara de decir nada extraordinario.

Como si solo hubiera expresado un hecho, pero el silencio que quedó después fue distinto.

Más profundo.

Logan dejó la cuchara sobre la encimera, se acercó a su sobrino y apoyó una mano en su nuca.

—Yo también estoy contento de que Lena esté aquí.

Leo lo miró y comentó divertido:

—¿Aunque deje vasos por todas partes?

Logan alzó la vista hacia ella y Lena todavía tenía uno en la mano.

—Incluso así —respondió.

Y por primera vez desde que había aceptado aquel acuerdo, Lena tuvo la extraña sensación de que el verdadero peligro no era que Margaret Hill descubriera la mentira.

Era que, durante aquel mes, los tres empezaran a creerla...

Capítulo 10

La primera semana pasó mucho más deprisa de lo que Lena habría imaginado.

Quizá porque, desde que se despertaban hasta que se acostaban, siempre había algo que hacer.

O quizá porque, sin darse cuenta, los tres habían empezado a funcionar como una pequeña familia.

Aunque fuera una familia falsa.

Todas las mañanas desayunaban juntos.

Logan se sentaba a la cabecera de la mesa con el móvil cerca del plato y una taza de café negro que bebía sin azúcar. Lena ocupaba el lado contrario, todavía medio dormida y con el pelo recogido de cualquier manera. Leo se situaba entre ambos y hablaba sin parar mientras devoraba cereales, tostadas o cualquier cosa que Marta hubiera preparado.

El primer día, Logan consultó el móvil seis veces durante el desayuno.

El segundo, cuatro.

El tercero, solo dos.

El cuarto lo dejó boca abajo desde el principio.

Lena no dijo nada, pero se dio cuenta.

También se dio cuenta de que, antes de marcharse a trabajar, Logan siempre se inclinaba hacia ella.

El lunes había sido un beso rápido.

Apenas un roce de labios porque la señora Wolf estaba colocando las zapatillas de Leo junto a la puerta.

—Hasta luego —dijo Logan.

Lena tardó un segundo en reaccionar y se besaron por fin.

—Hasta luego.

Él se marchó como si nada.

La señora Wolf tampoco pareció darle importancia.

Leo sí.

El niño sonrió desde el sofá.

—Ha durado menos de un segundo.

Lena lo miró.

—¿Cómo dices?

—El beso.

—No tienes que cronometrarlos.

—Todavía no. Luego, iya veremos!

Lena decidió no preguntar qué significaba aquel «ya veremos».

El martes, Logan la besó delante de una de las mujeres del servicio de limpieza.

Esta vez duró algo más.

Quizá porque Lena ya lo esperaba.

Quizá porque Logan apoyó una mano en su cintura y ella tuvo que sujetarse a su hombro para no perder el equilibrio.

Cuando se separaron, él la miró durante un instante.

—Nos vemos a la hora de comer.

—Eso parece.

—Vendré a recogeros.

—Sabemos ir solos.

—Sois geniales —replicó Logan, absolutamente en serio.

—Entonces no hace falta que vengas —bromeó Lena.

—Quiero hacerlo.

Y se marchó. Lena se quedó quieta en el recibidor hasta que escuchó una vocecita decir:

—Un segundo y medio —anunció Leo.

—Deja de contar.

—Solo digo.

El miércoles fueron dos segundos.

El jueves, casi tres.

El viernes, Lena perdió la cuenta.

Pero Leo no.

Las mañanas eran para ellos.

Como Leo estaba de vacaciones, Lena había decidido aprovechar el mes para hacer todas aquellas cosas que el niño llevaba tiempo queriendo hacer y que, por una razón u otra, siempre se posponían.

El lunes fueron al Museo Americano de Historia Natural.

Leo quería verlo todo.

Los dinosaurios.

Los meteoritos.

La ballena azul suspendida del techo.

La sala del universo.

Lena tuvo que arrastrarlo prácticamente fuera porque llevaban más de cuatro horas recorriendo pasillos y el niño insistía en que todavía no habían visto «lo importante».

—¿Qué es lo importante?

—Todo.

—Necesitaríamos dormir aquí.

Leo lo pensó y replicó ansioso por hacerlo esa misma noche:

—Podríamos.

—Tu tío nos mataría.

—No creo.

—Yo sí. Así que mejor nos volvemos a casita.

Leo la miró con los ojos muy brillantes y le confesó:

—Me gusta que digas eso. A casita.

—Durante un mes tu casa será la mía.

—Argggg —gruñó el niño, tapándose los oídos—. ¡No me recuerdes más lo del mes! Porque no va a ser así...

—Leo, yo solo quiero que tú...

—No me impidas soñar, Lena. Por favor...

—¿Y qué es lo que sueñas?

—Mejor no lo digo que si no, no se cumple.

Lena se mordió los labios para no echarse a reír y se volvieron a casa.

El martes fueron al zoológico de Central Park.

Leo se pasó media mañana intentando convencerla de que los pingüinos lo reconocían.

—Ese me está mirando.

—Hay cuarenta personas delante.

—A mí.

—Claro.

—Ha levantado un ala.

—Está nadando.

—Para saludar.

Lena terminó saludando al pingüino.

Por si acaso.

El miércoles visitaron una exposición dedicada al espacio.

Leo lo sabía casi todo porque Logan le había enseñado nombres de planetas, constelaciones y misiones espaciales.

—Mi tío dice que algún día iremos a ver un lanzamiento.

—¿A Florida?

—Sí.

—¿Y cuándo?

—Cuando deje de trabajar tanto.

Lena no respondió, pero se puso un poco triste por un instante. Luego, al momento, rompió a reír porque con Leo era imposible estar seria todo el rato.

Y así llegó el jueves y se fueron a patinar.

O, al menos, Leo patinó.

Lena consiguió mantenerse de pie durante la mayor parte del tiempo y consideró aquello un éxito.

El viernes acabaron en Central Park, comiendo helado bajo la sombra de un árbol mientras Leo le contaba cómo había aprendido a montar en bicicleta.

—Mi padre me enseñó.

La frase salió con naturalidad, pero el rostro del niño cambió justo después.

Lena no hizo como si no se hubiera dado cuenta, aunque tampoco lo llenó de preguntas.

—¿Se le daba bien enseñar?

Leo se encogió de hombros.

—Se enfadaba un poco cuando me caía.

—¿Contigo?

—Con la bicicleta.

Lena sonrió y dijo de la manera más sutil que encontró:

—Me caía bien.

—A todo el mundo le caía bien mi padre.

—Es cierto.

Lena había conocido a George Whitmore en Belinda's Corner. No demasiado, pero lo suficiente para saber que hablaba con todo el mundo, que siempre dejaba demasiada propina y que le pedía a Alexia un trozo de tarta después de jurar que no quería postre.

—Mi madre decía que era muy pesado.

—Las personas que quieren mucho a alguien suelen decir esas cosas.

Leo miró el helado y le confesó a Lena, bajando la voz:

—Mi tío también dice que era pesado.

—Eso confirma mi teoría.

El niño sonrió y continuaron comiendo sin que el recuerdo de sus padres le hubiera roto de pena.

Con Lena podía hablar de sus padres con una sonrisa en los labios, recordarlos con cariño y no caer en una tristeza profunda.

Además, todos los días, a la hora del almuerzo se reunían con Logan.

Los dos primeros días, Lena había pensado que cancelaría.

Tenía una empresa gigantesca, reuniones constantes y un teléfono que parecía estar a punto de explotar en cualquier momento.

Sin embargo, Logan no faltó ni una sola vez.

El lunes apareció en la entrada del museo cinco minutos antes de la hora acordada.

El martes los recogió en la puerta del zoológico.

El miércoles llegó al restaurante cuando Lena todavía estaba intentando convencer a Leo de que no necesitaba comprar otra maqueta del sistema solar.

El jueves abandonó una reunión para comer con ellos.

Y el viernes los llevó a un pequeño restaurante italiano que Alexia adoraba.

—¿Tú vienes aquí siempre? —preguntó Lena.

—No.

—Entonces ¿por qué lo has elegido?

Logan miró a Leo y le respondió con la garganta tensa por la emoción:

—A su madre le gustaba.

El niño dejó de leer la carta, porque de pronto se acordó de algo:

—Pedía la pasta con setas.

—Y después se quejaba de que tenía demasiada nata —recordó Logan.

Leo sonrió, se le iluminó la mirada, asintió y reconoció:

—Siempre.

Lena observó a ambos. Los dos hablaban de Alexia sin evitar su nombre, sin bajar la voz y sin comportarse como si recordarla fuera algo peligroso.

Le gustó, porque la recordaban de la manera más bonita posible: manteniendo vivo su recuerdo y con la sensación de la suerte que habían tenido por haberla conocido.

Luego, después de comer, Logan regresaba a la oficina y ellos al ático.

Lena aprovechaba un par de horas para preparar los temarios del curso siguiente, revisar apuntes y adelantar algunas lecturas de Derecho.

Leo se quedaba con la señora Wolf.

A veces hacían deberes de verano.

Otras jugaban a algún juego.

Alguna tarde, el niño se instalaba en la biblioteca junto a Lena y leía mientras ella estudiaba.

Y Logan siempre regresaba pronto.

Siempre.

Antes de las seis.

A veces antes de las cinco.

La primera vez que apareció a las cinco menos cuarto, la señora Wolf miró el reloj como si pensara que estaba roto.

—Puede marcharse —le dijo él.

La mujer se quedó alucinada:

—¿No va a volver a salir?

—No.

—¿Tiene alguna reunión esta noche?

—No.

La señora Wolf lo observó durante unos segundos.

—Entonces me marchó.

—Eso he dicho.

Lena esperó a que se cerraran las puertas del ascensor para decir:

—Creo que sospecha que has sido sustituido por un doble.

Logan aflojó el nudo de la corbata.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

—He llegado pronto toda la semana.

—Precisamente.

Leo apareció corriendo por el pasillo.

—¡Piscina!

Logan se quitó la chaqueta.

—Dame diez minutos.

—Cinco.

—Diez.

—Siete.

—Ocho.

—Vale.

Lena los miró.

—Negociáis hasta para bañaros.

—Es una habilidad familiar —respondió Logan.

La piscina estaba en una terraza inferior del edificio.

Era larga, estrecha y estaba rodeada de tumbonas, plantas y una vista privilegiada de Manhattan.

Lena había pensado que Logan se limitaría a sentarse con el ordenador cerca del agua.

Se equivocó.

El primer día, Leo lo empujó vestido.

Logan cayó a la piscina con el pantalón y la camisa puestos.

Cuando salió a la superficie, empapado y con el pelo pegado a la frente, Leo huyó entre carcajadas.

—Vas a arrepentirte —advirtió Logan.

—¡Atrápame!

Lo atrapó, lo levantó en brazos y lo lanzó al agua.

Lena se reía desde una tumbona. Aquello era tan gracioso que por poco no se hizo pis:

—No te rías, Parker.

—No puedo evitarlo.

—Tú eres la siguiente.

—Ni se te ocurra.

Logan avanzó hacia ella, Lena se levantó y le advirtió señalándole con el dedo índice:

—Cole.

—Parker.

—Estoy vestida. ¿Vale?

—Yo también lo estaba —replicó Logan, al que se le veía en la cara claramente cuáles eran sus intenciones.

—No es mi problema —repuso ella, haciendo muchos aspavientos con las manos.

—Ahora sí.

Lena intentó escapar, pero no llegó ni a dar tres pasos. Logan la rodeó con ambos brazos, la levantó del suelo y caminó con ella hacia la piscina.

—¡Suéltame, Cole! ¡Ya! ¡O te las verás conmigo!

—Ah, ¿sí? —inquirió Logan, con guasa.

—¡Logan!

—¿Sí? ¿Me has llamado Logan?

—¡Maldita sea, Cole! ¡Te odio! —exclamó dándole pataditas.

—Eso no es lo que le has dicho a la señora Wolf esta mañana.

—Ni me acuerdo de lo que le he dicho esta mañana.

—¡Logan! ¡Oh, Logan! ¡Es que lo tiene todo tan limpio que la señora de la limpieza ni tiene que pasar el plumero!

—Realmente pienso que eres un maniático —le aclaró Lena, entre risas.

—¡Y es tan trabajador...! Lo que ha logrado en pocos años es admirable...

—Es admirable, pero para qué trabajas tanto si no puedes disfrutar de lo que tienes —masculló Lena, que no paraba para zafarse de él.

—¿Crees que no estoy disfrutando en este momento, Parker?

Leo se reía desde el agua y gritó agitando los brazos:

—¡Tírala!

—No te atrevas —le ordenó Lena, pero lo cierto es que estaba a punto de troncharse de risa.

Logan la miró, sonrió y saltó con ella.

Las risas de los tres se escucharon en medio Manhattan.

A partir de ese día, la piscina se convirtió en otra rutina.

Jugaban a carreras, a ver quién aguantaba más tiempo bajo el agua o a lanzarse una pelota que casi siempre acababa cayendo fuera.

Leo hacía equipos distintos cada tarde según a quién quisiera ganar.

Después subían, se duchaban y cenaban juntos.

Algunas noches cocinaba Marta antes de marcharse.

Otras pedían algo.

Y una noche Logan volvió a intentar preparar pasta y esta vez no acudieron los bomberos.

Lo consideraron un triunfo...

Y así, la semana pasó entre risas, cenas, planes y besos.

Al principio, todos los besos tenían una excusa.

La señora Wolf estaba cerca.

O la cocinera.

O una limpiadora.

O el técnico que acudió a revisar uno de los sistemas de climatización.

Logan se inclinaba hacia Lena, ella levantaba la cara, sus labios se tocaban y ambos se separaban.

Al principio.

Porque con los días algo empezó a cambiar.

Tal vez era la costumbre.

Tal vez cada vez les resultaba más fácil fingir.

O más difícil recordar que fingían.

Los besos dejaron de ser simples roces.

Logan comenzó a colocar una mano en su cintura. Lena dejó de quedarse rígida cuando él se acercaba. Sus labios permanecían unidos un segundo más.

Luego otro.

Y, cuando se separaban, en ocasiones se miraban durante demasiado tiempo.

Ninguno lo comentaba.

Hasta el domingo.

Estaban desayunando en la terraza.

Leo comía tortitas mientras Logan leía algo en la tableta y Lena removía el café.

—Los besos ya duran más de tres segundos —dijo el niño.

Lena tragó mal y empezó a toser. Logan dejó la tableta sobre la mesa.

—¿Cómo dices?

Leo cortó otro trozo de tortita.

—Que vuestros besos duran más.

Lena bebió agua, sin saber dónde meterse...

—Yo qué sé, Leo. No sé de qué me hablas —dijo Logan, que tampoco estaba muy a gusto con la conversación.

—Pues que cuento lo que duran los besos que os dais. ¡Cada día duran más!

—¿Desde cuándo pierdes el tiempo cronometrándonos los besos?

—Desde el primer día.

Logan lo miró fijamente, sin saber si enfadarse o echarse a reír:

—¿Por qué?

—Porque dijisteis que serían de tres segundos.

—No dijimos eso delante de ti —respondió Lena.

Leo se encogió de hombros con una cara de pillo que no podía con ella y admitió:

—Lo oí.

—¿Cuándo? —preguntó Logan, sin dar crédito.

—Cuando hablabais en la cocina.

Logan se pasó una mano por la cara y murmuró hablando en serio:

—Tenemos que empezar a comprobar si estás cerca antes de mantener conversaciones.

—No estaba cerca. Estabais hablando alto.

Lena miró a Logan y, antes de que dijeran nada, Leo comentó:

—Tres segundos y medio.

—¿Perdona? —inquirió Logan.

—El beso de esta mañana ha durado tres segundos y medio.

—Eso no se puede medir con tanta precisión —dijo Logan.

—Sí se puede.

—No tienes cronómetro.

Leo levantó la muñeca y le mostró el reloj digital. Lena se tapó la boca para no reírse.

—¿Has utilizado el reloj? —preguntó Logan, patidifuso.

—Sí.

Logan cerró los ojos y, haciendo un esfuerzo por no soltar una carcajada, replicó:

—No sabía que teníamos un inspector de besos viviendo en casa.

—Constato que sean creíbles.

—Gracias por tu preocupación —dijo Lena.

—De nada.

—Y deja de cronometrarnos —le ordenó su tío, agitando el tenedor en el aire.

Leo siguió cortando su tortita y dijo no muy convencido:

—Vale.

Lena lo miró con desconfianza.

—¿Vas a dejar de hacerlo?

—No.

Logan soltó una carcajada y Lena terminó riéndose también.

Luego, la conversación cambió, pero durante el resto del desayuno, cada vez que sus miradas se cruzaban, a Lena le venía a la cabeza el mismo pensamiento.

Tres segundos y medio.

No era tanto.

Y, sin embargo, el beso de aquella mañana le había parecido bastante más largo...

Capítulo 11

Esa noche de domingo, Lena estaba tumbada en la cama leyendo.

Logan se encontraba en el sofá, con el ordenador apoyado sobre las piernas.

Habían apagado casi todas las luces. Solo permanecían encendidas la lámpara de la mesilla de Lena y otra junto al sofá.

Después de una semana, compartir dormitorio había dejado de resultarle tan extraño.

Logan dormía en el sofá.

Ella en la cama.

Por las mañanas, él recogía la manta y colocaba los cojines con una precisión casi ofensiva.

Lena dejaba el libro abierto, un vaso de agua en la mesilla y alguna prenda sobre una butaca.

La primera noche, Logan había protestado.

La segunda también.

A la tercera se limitó a recoger la ropa.

Lena volvió a dejarla allí al día siguiente.

Era una guerra silenciosa.

Y todavía no estaba claro quién iba ganando.

El móvil de Logan comenzó a vibrar sobre la mesa.

Él miró la pantalla.

Su expresión cambió.

Lena fingió continuar leyendo.

Logan dejó sonar el teléfono.

Se detuvo.

Pero volvió a sonar unos segundos después.

—Puedes cogerlo —dijo ella.

—No es importante.

—Parece insistente.

—Lo es.

El teléfono dejó de sonar.

Aunque al poco lo volvió a hacer por tercera vez.

Logan soltó el aire, dejó el ordenador a un lado y respondió:

—Hola.

Lena bajó la mirada hacia el libro.

No quería escuchar.

Pero la habitación era enorme, no infinita.

Y la voz femenina al otro lado del teléfono se oía lo bastante alta para distinguir algunas palabras, aunque no frases completas.

Logan se levantó y caminó hacia la terraza.

No cerró del todo la puerta.

—No —dijo.

Silencio.

—Esta noche no.

Otra pausa.

—No, no estoy trabajando.

La mujer respondió algo.

Logan se pasó una mano por el pelo.

—Ya te he dicho que no.

Lena intentó concentrarse en el párrafo que tenía delante.

Lo leyó tres veces.

No entendió nada.

—No puede ser, Cindy.

La mujer elevó mucho el tono de voz y esta vez Lena distinguió perfectamente una frase:

—Hace tres semanas estabas follándome como un animal.

Logan cerró los ojos.

—Todo ha cambiado.

La mujer dijo algo más.

Algo relacionado con lo bien que lo habían pasado.

Y con todo lo que podía hacerle si él iba a su casa esa misma noche.

Lena sintió calor en las mejillas.

Bajó la mirada todavía más.

—Me estoy tocando, Logan —dijo la mujer—. Estoy muy mojada. Lista para ti.

Logan solo deseó que Lena no estuviera escuchando porque estaba muerto de la vergüenza:

—¡Para! —le exigió.

—No voy a parar, porque tengo los pezones muy duros y mi lengua está ávida de...

—¡No sigas, Cindy! Estoy con alguien...

—Podemos hacer un trío. No sería la primera vez que lo hacemos.

Logan se pasó la mano por la cara y Lena creyó que se le iba a caer la mandíbula al suelo.

—Estoy con alguien en serio.

—¡Me estás vacilando! ¿Logan Cole tiene novia formal?

—Sí.

—¿Y quién es la afortunada?

—No la conoces.

—¿No es del club? ¿No es de nuestro círculo?

—No. Es una chica maravillosa, que no se parece a nadie. Es muy especial.

Lena supuso que estaba hablando de ella...

Como novia falsa, obviamente.

Más que nada por seguir con el teatrillo, no fuera a ser que Margaret Hill también se pusiera a entrevistar a sus amantes.

Lena sonrió con su ocurrencia y después escuchó como la mujer seguía diciendo:

—Vaya, pues sí que te ha dado fuerte. Te deseo lo mejor, y si cambias de opinión, que cambiarás porque Logan Cole jamás sentará la cabeza... ya sabes dónde estoy.

Logan respiró hondo y se sorprendió a sí mismo diciendo:

—Ese Logan ya no existe.

—¿No existe ya el Logan que le gusta mucho el sexo y pasarlo muy bien?

Logan tragó saliva, carraspeó y dijo al fin:

—Buenas noches, Cindy.

Colgó y se quedó unos segundos en la terraza, sujetando el móvil. Tenía un corte tremendo y no estaba seguro de que Lena hubiera escuchado algo.

Si era así, no sabía dónde meterse.

Pero como hacía un calor espantoso y tampoco era plan pasarse la noche entera en la terraza, entró.

Lena pasó la página, a pesar de que no había terminado de leer la anterior.

Logan dejó el móvil sobre la mesa y masculló por si acaso a Lena le había molestado algo de la conversación:

—Lo siento.

—¿Por qué?

—No sé si has oído la conversación.

—No toda.

Por la forma en que lo dijo, Logan dedujo:

—Lo suficiente.

—No tienes que darme explicaciones —dijo Lena, encogiéndose de hombros.

Logan permaneció de pie.

—Quiero dártelas.

Lena cerró el libro sobre un dedo.

—No hace falta.

—Es una amiga.

—Ya.

—No somos pareja.

—Logan.

—Nos vemos de vez en cuando.

—De verdad, no tienes que...

—Sin compromiso —continuó él—. Los dos sabemos lo que hay.

Lena lo miró y terminó la frase por él:

—Sexo.

—Sí.

—Lo había deducido.

Logan asintió, incómodo. Era curioso verlo así. Había negociado una falsa relación, un contrato y hasta el lugar en el que ella dormiría sin pestañear. Sin embargo, explicar su vida sexual parecía ponerlo nervioso.

—Tengo algunas amigas —añadió él.

Lena arqueó una ceja.

—¿Algunas?

—No muchas.

—No he preguntado cuántas.

—Me he dado cuenta. Y te lo agradezco.

—No voy a hacerlo.

Logan volvió al sofá. Se sentó en el borde, pero no abrió el ordenador.

—No estoy con nadie.

—Ya.

—Quiero decir que tengo amigas con las que tengo sexo cuando me apetece. Me gusta...

—No me interesa conocer tus prácticas sexuales.

—Soy un tío normal.

—Ah...

—Estás poniendo esa cara porque has escuchado lo del trío.

—Puedes hacer lo que te dé la gana, Cole.

—Me gusta experimentar cosas. He probado de todo. Pero ya estoy cansado. No quiero más. No me llena.

—Y te vas a hacer monje —ironizó Lena.

—De momento, no. Pero quiero que te quede claro que no hay nadie en mi vida. No le estoy siendo infiel a nadie.

Lena sonrió.

—¿A tu novia falsa?

—Tampoco.

—Qué alivio —bromeó ella.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

Logan la observó durante unos segundos y le confesó porque además no le apetecía otra cosa:

—No voy a verme con ninguna mujer mientras dure esto.

Lena dejó el libro sobre la mesilla.

—¿Por qué?

—Porque no —respondió él.

—Esa no es una respuesta.

—Tú utilizas esa respuesta constantemente —le recordó Logan.

—Y tú siempre dices que no es válida.

Logan apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—No me apetece.

—No te lo impido. De verdad, que si quieres seguir viéndote con esas mujeres, hazlo.

—Ya sé que no me lo impides.

—Puedes quedar con quien quieras. Nuestro contrato no incluye exclusividad real.

Logan le clavó la mirada con una intensidad que a Lena le tembló todo y confesó:

—No quiero.

—¿Por Leo?

Logan tardó en contestar y fue muy sincero con ella:

—En parte.

—¿Y la otra parte?

—No tengo ganas de conocer a nadie.

Lena lo miró y repuso entornando la mirada:

—No tendrías que conocerla. Por lo que he oído, ya os conocéis bastante.

Él le lanzó una mirada y masculló...

—Parker.

—Cole.

Logan se echó hacia atrás.

—No quiero salir, quedar, dar explicaciones ni organizar mi vida para ver a nadie.

—Lo dices como si mantener relaciones sexuales fuera una reunión de trabajo.

—A veces requiere demasiada logística.

Lena soltó una carcajada.

—Pobrecito.

—No me compadezcas.

—Lo intentaré.

Se hizo un silencio. Logan miró hacia la ventana y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Tienes amigos especiales?

—Follamigos. ¡No, gracias! No va conmigo. Y no estoy conociendo a nadie tampoco.

—¿Y Ryan? —preguntó Logan, porque Leo no daba puntada sin hilo.

Lena se mordió el labio inferior y replicó:

—¿Qué pasa con Ryan?

—No lo sé.

—Entonces ¿por qué preguntas?

—Leo dice que quiere ser tu novio.

—Leo tiene nueve años.

—Y según él eso no significa que sea tonto.

Lena sonrió y le contó sin darle ninguna importancia:

—Ryan es mi amigo.

—¿Solo?

—Sí.

Logan jugueteó con el borde de la manta y, a pesar de que era el tío menos cotilla del mundo, preguntó:

—¿Quedáis?

—A veces.

—¿A qué?

Lena alzó las cejas y respondió sintiendo que la respuesta no podía ser más obvia:

—¿A qué se queda con un amigo?

—No lo sé.

—Tomamos café. Vamos al cine. Paseamos. Hablamos.

—¿Solos?

—Generalmente.

—Ya.

La forma en que lo dijo hizo sonreír a Lena.

—¿Te molesta?

—No.

—Parecía que sí —insistió ella.

—Solo estaba preguntando.

—Pues haces muchas preguntas para alguien a quien no le importa.

Logan sostuvo su mirada y fue un poco más allá, aún a riesgo de parecer un celoso.

No era el caso. Él no lo era. O eso creía.

—¿Hay sexo?

Lena abrió la boca.

—¿Perdona?

Él pareció darse cuenta de que había cruzado una línea.

—Tienes razón. No es asunto mío.

—No, no lo es.

—Olvida lo que he preguntado.

Lena lo observó. Logan bajó la mirada. Podría haberlo dejado ahí. Probablemente debería haberlo dejado ahí, pero le confesó:

—No —dijo finalmente.

Él volvió a mirarla.

—¿No qué?

—No hay sexo.

Logan asintió muy despacio.

—Ya.

—¿Contento?

—Me da igual.

—Claro.

—Ha sido una pregunta tonta.

—Vale. No pasa nada. Se pueden hacer preguntas tontas...

Lena acomodó la almohada detrás de su espalda. Y Logan, ya que estaban hablando del tema, comentó:

—Ryan es atractivo.

—Lo es —confirmó Lena.

—Y parece un buen tío.

—Estupendo. Trabajador. Inteligente. Divertido.

La mandíbula de Logan se tensó ligeramente y luego masculló:

—Parece perfecto.

—Casi —matizó Lena.

—¿Entonces? —quiso saber Logan, intrigado.

Lena se encogió de hombros, soltó el aire y respondió:

—No hay chispa.

Logan permaneció callado, se echó el pelo hacia atrás y la miró.

—¿Qué significa exactamente eso? —preguntó.

—Que no siento nada especial cuando estoy con él.

—Pero quedas con él.

—Porque me cae bien.

—Solo eso.

—No todo tiene que acabar en la cama, Cole —soltó Lena, para que lo entendiera de una vez.

—No he dicho eso.

—Tu llamada sí.

Logan soltó una risa breve.

—Puede.

—Además, tampoco tengo ganas de conocer a nadie.

—¿Por qué? —quiso saber Logan, porque ese tema le interesaba muchísimo.

Lena lo miró y no pudo evitar replicar:

—Estás muy preguntón esta noche.

—Contesta.

—Trabajo. Estudio. Ayudo a mi madre. No tengo tiempo para complicarme la vida.

—Ryan no parece una complicación.

—Quizá ese sea el problema.

Logan arqueó una ceja y preguntó para confirmar que la estaba entendiendo:

—¿Que sea sencillo?

—Que todo sea demasiado sencillo.

—No sabía que eso fuera malo.

—No lo es.

—Entonces no te entiendo.

—No tienes que hacerlo.

Lena apagó la pantalla del lector, se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja y admitió:

—Solo sé que no me apetece salir con él. Ni con nadie.

Logan asintió.

—A mí tampoco.

Ella sonrió y dijo con mucha guasa:

—Pero me estás conociendo a mí.

Logan se quedó quieto. La frase había salido como una broma. O eso quiso creer Lena. Sin embargo, la miró desde el sofá y durante unos segundos no dijo nada.

Después sonrió, pero no con la sonrisa arrogante que utilizaba cuando ganaba una discusión. Era otra, más pequeña y más

verdadera.

—Es cierto —admitió.

Lena notó algo extraño en el estómago. Cogió de nuevo el libro, aunque no tenía ninguna intención de continuar leyendo y musitó:

—Y yo te estoy conociendo a ti.

—No sé si eso es bueno.

—Todavía no lo he decidido.

Logan apagó la lámpara junto al sofá. La habitación quedó iluminada únicamente por la luz cálida de la mesilla de Lena.

—Buenas noches, Parker.

Ella apagó también su lámpara.

—Buenas noches, Cole.

El silencio llenó la habitación.

Lena dejó el libro al poco y cerró los ojos.

Unos segundos después, Logan habló desde el sofá.

—Por cierto.

—¿Qué?

—El beso de esta mañana no duró tres segundos y medio.

Lena sonrió en la oscuridad.

—¿También lo cronometraste?

—No.

—Entonces no puedes saberlo.

—Sí que puedo —repuso Logan.

—Leo tiene reloj.

—Leo hace trampas.

—Claro.

Hubo otro silencio.

—Buenas noches —repitió Logan.

—Buenas noches.

Esta vez lo dijeron casi al mismo tiempo.

Los dos se rieron.

Y Lena, esa noche, tardó bastante más de lo habitual en quedarse dormida...

Capítulo 12

La segunda semana transcurrió con una normalidad que empezaba a resultar sospechosa. No porque no ocurrieran cosas... Porque ocurrían muchas.

Leo seguía llenando cada desayuno de preguntas, planes e historias que no siempre tenían principio ni final. Logan continuaba recibiendo llamadas desde primera hora, aunque ahora dejaba el teléfono boca abajo sobre la mesa y solo contestaba cuando era imprescindible. Lena estudiaba un rato cada tarde, ocupaba cada día un poco más del vestidor y ya había conseguido controlar un poquito, solo un poquito, su desorden.

Pero la vida de los tres había adquirido un ritmo.

Uno que empezaba a parecer peligrosamente natural.

Por las mañanas desayunaban juntos. Después Logan se marchaba a Cole Developments, casi siempre tras besar a Lena delante de la señora Wolf, la cocinera, el personal de limpieza o cualquiera que pudiera confirmar más adelante que su relación era absolutamente real.

Los besos habían dejado de ser una rareza.

Al menos en apariencia.

Lena ya no contenía la respiración cuando Logan se acercaba. Él tampoco parecía calcular cada movimiento antes de apoyar una mano en su cintura y rozarle los labios.

Seguían siendo besos breves.

Correctos.

Perfectamente adecuados para una pareja que llevaba poco tiempo junta.

Pero, desde que Leo había anunciado que duraban tres segundos y medio, ambos parecían esforzarse demasiado en no cronometrarlos.

Como aquella mañana de viernes...

Logan se había despedido de ella en la cocina.

La señora Wolf estaba preparando la mochila de Leo para salir más tarde y una de las mujeres del servicio de limpieza pasaba la aspiradora en el pasillo.

—Volveré antes de las cinco —dijo él.

—Eso dijiste ayer.

—Ayer llegué a las cuatro y media.

—Por eso. Cada día exageras más.

Logan apoyó una mano en su cintura.

—¿Tienes algún plan?

—Intentar sobrevivir a otro día con tu sobrino.

Leo levantó la vista de su plato con fruta:

—Hoy voy a portarme bien.

—Eso es exactamente lo que dice alguien que piensa portarse fatal —respondió Logan, sonriendo.

Después la besó.

Un roce al principio.

Solo eso.

Pero Lena tardó un segundo más de lo necesario en apartarse y Logan pareció olvidarse de que había más personas en la casa.

Sus labios permanecieron juntos.

Uno.

Dos.

Quizá tres segundos.

Cuando se separaron, Leo los observaba con la cuchara suspendida delante de la boca.

—Cuatro —anunció.

Logan cerró los ojos.

—Deja de contarlos.

—No he usado el reloj.

—¡Me da lo mismo!

Lena se llevó una mano a los labios para disimular una sonrisa.

Logan la miró.

—Nos vemos luego, Parker.

—Hasta luego, Cole.

Él recogió la chaqueta y salió de la cocina.

Leo esperó a oír las puertas del ascensor.

—Han sido cuatro segundos.

—Cómete la manzana.

—Y un poco.

—Leo.

—Vale.

La señora Wolf no dijo nada.

Pero Lena podría haber jurado que también estaba sonriendo.

Luego, Leo y ella pasaron la mañana en una biblioteca infantil del Upper East Side.

Leo había decidido que necesitaba un libro sobre arte urbano porque, según explicó, llevaba días pensando en que la terraza de la piscina era demasiado aburrida.

—¿Demasiado aburrida? —repitió Lena.

—Sí.

—Tiene una piscina, tumbonas, plantas y vistas a Manhattan.

—Pero la pared es gris.

Lena sabía perfectamente a qué pared se refería.

Uno de los laterales de la terraza estaba ocupado por un muro largo y completamente liso que ocultaba parte de las instalaciones del edificio. Era funcional, impecable y tan emocionante como una corbata negra.

Muy Logan.

—Las paredes grises también tienen derecho a existir —comentó Lena, pues aun teniendo razón, sabía que Logan se iba a negar en rotundo.

—Esa no.

Leo dejó un libro sobre la mesa y abrió otro lleno de fotografías de murales de Nueva York.

—Mira este.

Lena se inclinó.

Era un grafiti enorme, lleno de colores, formas geométricas y animales que parecían salir de la pared.

—Está muy bien.

—Podríamos hacer algo así.

—¿Nosotros?

—¿Tú sabes pintar?

—Un poco.

—Estudiaste Bellas Artes.

Lena lo miró sorprendida.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú.

—No recuerdo habértelo contado.

—Sí. Una vez dijiste que habías estudiado Bellas Artes antes de empezar Derecho.

—Debías de ser más pequeño.

—Tenía siete años.

—Eso es más pequeño.

Leo volvió a mirar el libro.

—Me pareció lo máximo.

—Y mira qué bien me ha ido: trabajo en una cafetería y ahora estudio Derecho —bromeó Lena.

—Hay que ganarse la vida, Lena. Pero tú tienes alma de artista. Yo lo sé.

Lena respiró hondo y lo miró emocionada porque ese crío le tenía robado el corazón:

—Tú, ¿por qué eres tan listo?

—No creo que sea para tanto. Y ahora dime... ¿has hecho grafitis?

Lena sonrió y no le quedó más remedio que decirle la verdad:

—Alguno.

El niño levantó la cabeza de golpe.

—¿De verdad?

—Cuando era más joven.

—¿Eras pandillera?

—No.

—¿Seguro?

—Pintaba en sitios donde no debía pintar, pero el arte...

—¿Te perseguía la policía? —preguntó Leo mirándola con una admiración tremenda.

—Leo, no está bien que te persiga la policía. Tu objetivo en la vida debe ser otro.

—Ya, hay que cumplir con la ley y el orden. Solo pregunto.

Lena cerró el libro y, sonriendo al recordar aquellos tiempos, le contó:

—Hice unos cuantos con unos amigos en paredes donde teníamos permiso.

Aquello no era del todo cierto.

En más de una ocasión no habían tenido exactamente permiso.

Pero no le pareció necesario compartir ese detalle con un niño de nueve años.

—¿Siempre os dieron permiso?

—Leo...

—Vale, no respondas. Haremos como que sí.

—¡Leo! ¡Guárdame el secreto!

—Pues claro, Lena. ¿Cuándo no lo he hecho? —replicó el niño, chocándole la mano.

—Y cuéntame... ¿Eran buenos los grafitis?

—Uno bastante. Otro parecía que lo había pintado alguien durante un terremoto.

—¡Qué chulada! —exclamó Leo, muerto de risa—. Podrías enseñarme.

—Podría.

Leo sonrió y Lena se dio cuenta demasiado tarde de que estaba pifiándola.

—No —repuso rotunda.

—¿Por qué?

—Porque no vamos a pintar la pared de la piscina de tu tío sin preguntarle.

—Le preguntamos.

—Dirá que no.

—Tú puedes convencerlo.

—¿Por qué yo?

—Porque eres su novia.

—Falsa —precisó Lena, aunque no sonó muy convincente.

Leo miró a ambos lados para comprobar que nadie los escuchaba.

—Si tú lo dices... Lo que está claro es que él te hace más caso.

Lena soltó una carcajada.

—Eso tampoco es verdad.

—Un poco sí.

—Tu tío no hace caso a nadie.

—A ti a veces.

El niño volvió a abrir el libro y le mostró un grafiti que le había gustado:

—Podemos dibujar estrellas.

—¿Estrellas?

—Porque le gustan. Eso podría gustarle, como las que tienes en el tatuaje de tu mano.

—No creo que le guste mucho mi tatuaje.

—¡Le pirra! ¡Créeme! Si hasta le he visto cómo te lo acaricia con el pulgar.

—Porque estamos fingiendo que somos novios.

—Lena... de verdad.

—¿Qué, pequeño malandrín? —replicó Lena, mordiéndose el labio para no troncharse.

—Volvamos al grafiti mejor. ¿Qué te parece pintar estrellas, planetas y un dinosaurio astronauta?

Lena lo miró, muerta de risa...

—¿Por qué un dinosaurio?

—Porque los dinosaurios mejoran todo.

Lena no pudo discutir aquello y a la hora de comer pasaron por la sede de Cole Developments.

Logan los esperaba en el vestíbulo, hablando por teléfono y mirando el reloj.

Cuando Leo salió del taxi con el libro de murales apretado contra el pecho, él lo observó con desconfianza.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada.

—Parece un libro.

—Es un libro.

—Entonces no es nada.

Leo se acercó a Lena y le cuchicheó mirándola con complicidad:

—No se lo digas todavía.

Logan terminó la llamada, pero lo había escuchado todo:

—¿Qué no tiene que decirme?

—Nada —respondieron los dos.

Él los miró, encantado en el fondo con la relación que tenían y lo bien que se llevaban, y dijo:

—Eso empieza a preocuparme.

—No hay motivo —dijo Lena.

—Siempre hay motivo cuando tú utilizas esa frase.

Fueron a comer a un restaurante cercano.

Durante casi toda la comida, Leo permaneció sorprendentemente callado.

Miraba a Lena, después a Logan y luego al libro, que había dejado en la silla de al lado.

Logan terminó por soltar el tenedor.

—¿Qué tramas? ¡Desembucha ya, Leo!

Leo abrió mucho los ojos.

—Nada.

—Llevas veinte minutos comportándote como si fueras a solicitarme un préstamo.

—No necesito un préstamo.

—Entonces pide lo que sea.

Leo miró a Lena y le rogó, juntando las manos:

—Díselo tú, por favor.

—La idea es tuya —le recordó Lena.

—Pero tú sabes explicarlo mejor.

Logan se volvió hacia ella y le exigió, impaciente:

—Parker.

—Cole.

—¿Qué ocurre aquí?

Lena bebió un poco de agua y se lanzó a presentarle el proyecto de Leo como si fuera algo absolutamente necesario:

—Leo considera que una de las paredes de la terraza de la piscina carece de personalidad.

Logan no dio crédito y por poco no se atragantó con el vino:

—¿Qué?

—Es gris —aclaró Leo.

—Las paredes pueden ser grises.

—Pero esa es muy aburrida.

—No necesita entretenerte —afirmó Logan.

—Podríamos pintarla —sugirió Leo, en voz baja.

Logan miró a Lena y de sus labios solo salió una palabra. Alto y claro:

—No.

—Todavía no he dicho nada sobre lo que querría pintar.

—No hace falta.

Leo abrió el libro y lo colocó sobre la mesa.

—Mira.

Logan echó un vistazo a la fotografía del mural.

—No.

—Podríamos hacer algo más pequeño.

—No.

—Estrellas —propuso Lena.

Logan la miró.

—Tú también estás metida en esto por lo que veo, Parker.

—Solo apporto posibilidades.

—No quiero posibilidades sobre una pared del edificio. Punto — zanjó Logan, que siguió comiendo.

—Es tu terraza —le recordó Leo.

—Precisamente.

Leo pasó otra página y le comentó muy emocionado:

—Lena sabe hacer grafitis.

La expresión de Logan cambió.

—¿Tú sabes hacer grafitis?

—Sé pintar.

—Eso no es lo mismo —masculó Logan, mirándola con más interés todavía.

—También hice algún grafiti cuando era más joven.

Logan apoyó la espalda en la silla.

—Cada día descubro algo más inquietante sobre ti.

—No eran ilegales.

—¿Todos?

Lena vaciló, se encogió de hombros y habló entre dientes:

—La mayoría.

—Parker.

—Éramos jóvenes.

—¿Cuántos años? —preguntó Logan.

—No importa.

—Importa bastante.

Leo sonreía fascinado, admirándola a más no poder...

—¿Te persiguió la policía? —preguntó Logan.

—¡No! —respondió Lena.

—¿Seguro? —insistió Logan.

—¿Por qué os interesa tanto esa parte? —inquirió Lena, perpleja.

—Porque estamos considerando dejarte un spray cerca de un niño

—contestó Logan, arqueando una ceja.

—Eso ha sonado muy feo, Cole.

—Era la intención —insistió Logan.

Leo señaló el libro y se le ocurrió algo mejor todavía:

—Podemos hacerlo los tres.

Logan negó con la cabeza.

—No sé pintar.

—Yo te enseño —dijo Lena.

—No necesito aprender.

—Todo el mundo necesita aprender cosas nuevas —le dijo Leo, frotándose las manos.

—Yo ya aprendo cosas nuevas.

—¿Cuándo? —inquirió Leo.

—En el trabajo.

—Pero dime algo que aprendas nuevo que no sea del trabajo —le pidió el niño, escrutándolo con la mirada.

Logan se quedó callado y Lena sonrió.

—¿Por qué debería aprender a pintar? —preguntó Logan.

—Porque Lena estudió Bellas Artes y te puede enseñar. ¡Aprovecha que tienes a la profe en casa!

Logan miró a Lena sorprendido porque era la primera noticia que tenía:

—¿En serio?

—Estudié Bellas Artes, pero no me puedo ganar la vida con ello. Así que me decanté por el Derecho.

—¿Derecho es tu segunda carrera?

—Me gusta estudiar. Y siempre me interesó también... No solo el arte.

—¡Y ahora puede enseñarnos todo lo que sabe y solo será en una parte pequeña de la terraza! —concluyó el niño, dando saltitos en la silla de la ilusión que le hacía.

Después de saber que Lena tenía estudios de Bellas Artes, algo cambió en Logan. El plan ya no le sonó tan raro y cedió un poco preguntando:

—¿De cuánta pared estamos hablando?

El niño abrió los brazos todo lo que pudo.

—Así.

—Eso no es pequeño.

—Un poco menos.

Logan miró a Lena y le preguntó temiendo que hicieran un auténtico destrozo:

—¿Puede borrarse?

—Podemos pintar encima si queda horrible.

—Quedará horrible —aseguró Logan.

—Gracias por la confianza —bromeó Lena.

—No me refería a ti.

—¿A quién, entonces? —inquirió ella.

Logan señaló al niño y él abrió la boca, ofendido.

—Yo dibujé muy bien.

—El martes dibujaste algo y tuve que preguntarte tres veces qué era.

—Era un perro.

—Parecía una patata —repuso Logan, alzando las cejas.

—Era un perro gordo.

Lena tuvo que reírse y Leo cruzó los brazos.

—Pues tú no pintas ni eso. Mejor el perro patata que nada de nada.

Logan lo miró y no le quedó otra que replicar:

—Dirijo una empresa.

—No cuenta.

—Cuenta bastante.

—No para pintar.

Se hizo un silencio. Logan volvió a mirar el libro, después a Leo y finalmente a Lena.

—Entonces, sería solo una pared... —recapituló porque no quería ser un aguafiestas.

Leo estaba entusiasmado, Lena igual... ¿Qué iba a hacer?

Leo sonrió, porque sabía que ya lo tenía...

—¡Sí!

—Una parte de la pared —precisó Logan.

—Sí.

—Nada ofensivo —advirtió Logan.

—Claro.

—Nada que pueda considerarse vandalismo —matizó Logan.

Lena levantó una ceja y luego se tronchó:

—Estará dentro de tu propiedad. ¿Cómo va a ser vandalismo, Cole?

—Eso no significa que debemos esforzarnos en que parezca un delito —metió baza Leo, que estaba gozándolo.

—¿Qué? —farfulló Logan.

—Qué poco espíritu artístico —murmuró Lena.

—Y quiero aprobar el diseño antes —exigió Logan, que estaba haciendo un esfuerzo para no reírse.

Leo miró a Lena y le preguntó:

—¿Tenemos que hacer un diseño antes?

—Sí... aunque también improvisaremos un poco.

—No vais a improvisar nada —dijo Logan.

—En grafiti hay que hacerlo —le informó ella.

Él entrecerró los ojos.

—No me estás escuchando...

—Perfectamente.

—Quiero verlo antes. No hay más.

—Lo verás.

—En papel —insistió Logan.

—En la pared se verá mejor —replicó Lena, con una sonrisa gigante.

—Parker.

Leo chocó la mano con su tío, feliz de la vida y gritó:

—¡Vamos a hacer un grafiti!

Varias personas del restaurante se giraron.

Logan bajó la voz y le pidió a su sobrino:

—No hace falta anunciarlo. ¿Cuándo está previsto hacerlo?

—El viernes por la tarde —respondió Leo, entusiasmado.

—Hoy es viernes —le recordó su tío.

—Lo sé.

—¿Hoy, entonces?

—Eso parece.

Logan asintió con la cabeza, Leo se lanzó hacia él y lo abrazó. Logan se quedó quieto, sorprendido. Después apoyó una mano en su espalda y Lena los observó con cariño.

—Te va a costar carísimo quitarlo cuando quede mal —advirtió Logan.

Leo se separó y le dijo convencido:

—No va a quedar mal.

—Eso espero.

—Será el mejor grafiti de Nueva York —aseguró el niño.

—Eso es estadísticamente improbable —comentó Logan, terminando su plato.

—No estropees el momento —le rogó Lena, risueña.

Logan volvió la mirada hacia ella.

—Tú eres la responsable de esta locura.

—No, pero de cualquier manera, será un honor participar en esta locura.

—Si pintáis algo absurdo, duermes un mes más en el sofá —la amenazó Logan, divertido.

—Duermes tú en el sofá en todo caso —repuso Lena.

—Ya duermo yo. Entonces, dicho está... te quedarás otro mes más si sale una birra.

—Vale, un mes más, si la pared te traumatiza.

Leo los miró alternativamente y observó con una sonrisita traviesa:

—Discutís mucho.

—Tu tío necesita que alguien le lleve la contraria.

—No lo necesito.

—¿Ves?

Y los tres soltaron una carcajada...

Capítulo 13

A las cinco y veinte, Logan apareció en el ático.

Más tarde de lo que había prometido, pero solo veinte minutos.

La señora Wolf estaba recogiendo sus cosas y Leo esperaba junto al ascensor con una gorra puesta hacia atrás, una camiseta vieja y una caja de materiales entre los brazos.

—Has tardado —lo recibió.

Logan miró el reloj.

—Veinte minutos.

—Dijiste antes de las cinco.

—He tenido una reunión.

Leo bajó la mirada.

La reacción fue pequeña.

Casi imperceptible.

Pero Logan la vio.

—Ya estoy aquí —añadió.

—Sí.

—Y no pienso volver a trabajar.

Leo levantó la cabeza.

—¿De verdad?

—De verdad.

La sonrisa regresó a su rostro.

La señora Wolf miró la caja.

—¿Qué van a hacer?

—Pintar —respondió Leo.

—Un pequeño mural —aclaró Logan.

—Un grafiti —corrigió el niño.

La mujer dirigió a Logan una mirada absolutamente alucinada:

—¿Un grafiti?

—Ha sido idea de Lena.

—Naturalmente —murmuró la señora Wolf.

Lena apareció por el pasillo con otra gorra, unos vaqueros viejos y una camiseta negra demasiado grande.

Llevaba varios mechones recogidos de cualquier manera y una mancha azul en el antebrazo.

Logan la miró.

—Ya estás manchada.

—He probado los sprays.

—¿Dónde?

—En cartón.

—¿Solo en cartón?

—Qué poca confianza tienes en mí.

La señora Wolf recogió su bolso y les dijo con sorna:

—Me marchó antes de que haya un cambio de idea y también pinten el salón.

—No es mala idea —dijo Leo.

—Ni se te ocurra —respondió Logan.

La niñera sonrió discretamente.

—Que pasen buena tarde.

—La pasaremos —aseguró Lena.

En cuanto el ascensor se cerró, Leo señaló a su tío.

—Tienes que cambiarte.

—¿Piensas que me voy a poner a guarrear una pared con mi mejor traje?

—Vamos a hacer arte. ¡Y ponerte una gorra!

—No uso gorras.

Lena le tendió una negra.

—Hoy sí.

Logan miró la prenda como si le hubiera ofrecido un animal muerto.

—No.

—Es parte de la experiencia.

—No necesito una experiencia completa —repuso Logan, poniendo cara de espanto.

—Tienes que protegerte el pelo.

—¿De qué?

—De mí —respondió Lena, muy seria.

Leo soltó una carcajada.

Logan miró a uno y a otra.

—Dadme cinco minutos.

Diez minutos después, Logan salió de su dormitorio con unos vaqueros, una camiseta blanca vieja y la gorra colocada correctamente sobre la cabeza.

Lena lo observó.

—No.

—¿Qué?

—Así no.

—¿Qué problema tiene?

—Parece que vas a jugar al golf —respondió Lena, tronchada.

Leo se acercó y le giró la gorra hacia atrás.

—Ahora.

Logan frunció el ceño.

—Esto es absurdo.

Lena inclinó la cabeza.

Con la gorra hacia atrás, la camiseta ajustada y los brazos desnudos, Logan parecía mucho más joven.

Y muchísimo menos empresario.

—Mejor —dijo ella.

—No me mires así.

—¿Así cómo? —preguntó Lena, temiendo que le hubiera mirado con un punto de deseo.

Porque sí. Logan Cole estaba buenísimo vestido de traje, pero de pandillero tenía un morbazo total.

—Como si estuvieras a punto de reírte —aclaró Logan.

—No me estaba riendo.

—Peor.

Leo cogió la caja y exclamó con una alegría que no le cabía en el cuerpo:

—¡Vamos!

Los tres se dirigieron a la terraza de la piscina.

El sol de agosto seguía iluminando los edificios, aunque la tarde empezaba a suavizarse. El agua reflejaba destellos azules sobre el suelo y la gran pared gris esperaba al fondo.

Habían cubierto la zona con plásticos.

Lena había dibujado unas líneas básicas con tiza: un cielo nocturno, varios planetas, estrellas y, en el centro, un dinosaurio

astronauta.

Logan se detuvo.

—¿Un dinosaurio astronauta? —preguntó con el ceño fruncido, porque se esperaba encontrar cualquier cosa menos eso—. Esto no estaba en el diseño que tenía que aprobar.

—Es una mejora de última hora —repuso Lena.

Leo asintió con orgullo.

—El dinosaurio lo mejora todo.

—Eso dice él —explicó Lena.

—No sé por qué esperaba otra cosa.

—Porque no tienes imaginación —afirmó Lena, encogiéndose de hombros.

—Tengo mucha imaginación.

—Construyes edificios rectos y grises.

—No todos son grises.

—La mayoría —zanjó el niño.

Luego, Leo le entregó un spray azul.

—Empieza por aquí.

Logan lo sostuvo.

—¿Qué hago?

Lena se colocó detrás de él.

—Agita.

Logan agitó el bote.

—Más.

—No quiero romperlo.

—No vas a romper un spray.

—No sabes la fuerza que tengo.

—Claro. El hombre más fuerte de Manhattan —bromeó ella.

—No he dicho eso —masculló Logan, girándose.

Y Lena sintió algo en el estómago. No eran mariposas. No podían ser mariposas. Eran otra cosa.

No sabía qué.

Tal vez estaba sintiendo aquello por estar tan cerca, o quizá por verlo así vestido.

Todo podía ser. Y no quiso darle más importancia. Luego Leo bromeó:

—Lo estabas pensando.

Leo se rio.

Lena le indicó que presionara.

Logan apretó demasiado.

Una nube azul salió disparada y dejó una mancha enorme fuera de las líneas.

Los tres se quedaron mirando la pared.

—¡Perfecto! —dijo Lena, a punto de mearse encima.

—Has dicho que presionara —se justificó Logan, ofuscado.

—¡Exacto! ¡No que intentaras perforar el muro!

Leo se dobló de risa.

Logan observó la mancha y le faltó tiempo para decir:

—Se puede arreglar.

—Todo —repuso Lena, que tomó otro spray.

—Bueno, todo... —refunfuñó Logan.

—Mira —le pidió Lena que observara lo que iba a hacer.

Dibujó una línea suave y uniforme.

—Cuando tú lo haces parece fácil.

—Es cogerle el tranquillo —aseguró Lena.

—Es ser artista, Lena —precisó el niño.

—Eso no es una explicación —murmuró Logan.

—Por eso no eres artista —soltó el niño y todos se rieron.

Trabajaron durante más de una hora.

Leo pintaba las estrellas bajas y algunos detalles que Lena repasaba después. Logan se encargó de rellenar uno de los planetas bajo una supervisión constante que le parecía ofensiva.

—No salgas de la línea —le advirtió Leo.

—Sé seguir una línea —masculó Logan, haciéndose más ofendido de lo que realmente estaba.

—Antes no.

—Antes estaba probando.

—Antes hiciste un borrón —aclaró Leo, que no paraba de reírse.

Lena se rio también y le pidió:

—Concentración, Cole.

—Estoy concentrado.

—Tienes pintura en la cara —se fijó Lena.

Y no pudo evitar pensar que le quedaba muy bien.

Tenía un aspecto tan diferente al habitual que incluso le encontró menos estirado, menos señor importante, más...

Chico normal.

Más... como alguien de quien podría enamorarse.

Pero no.

Lena apartó ese pensamiento al momento por descabellado, por absurdo y porque jamás de los jamases iba a suceder nada parecido.

Y Logan, ajeno a los pensamientos de Lena, se llevó una mano a la mejilla.

—¡No te toques! —le pidió Lena a gritos.

Sin embargo, fue demasiado tarde, porque Logan extendió la mancha azul hasta casi la mandíbula.

Leo lo miró y soltó una carcajada.

—Pareces un guerrero —comentó el niño.

—Pareces un desastre —corrigió Lena.

—Tú tienes pintura en la nariz —le informó Leo, por si acaso se pensaba que ella estaba libre de manchas.

Ella intentó mirarse.

—¿Dónde?

Logan se acercó.

—Aquí.

Le rozó la punta de la nariz con el pulgar.

Lena se quedó quieta. Muy quieta. Él también. Podían sentirse las respiraciones, el calor, la presencia...

Durante un instante, el ruido de la ciudad pareció quedar más lejos.

Logan mantuvo la mano cerca de su cara.

Lena levantó la vista hacia él.

Ambos sintieron el mismo cosquilleo en la boca del estómago, pero decidieron no hacerle ni caso.

—La has extendido, ¿verdad? —supuso Lena.

Logan sonrió, se encogió de hombros y respondió:

—Un poco.

—Eres idiota —soltó ella, que solo tenía un pensamiento en la cabeza.

Venganza.

Lena ni se lo pensó. Tomó el spray amarillo y lo apretó ligeramente.

Una pequeña nube de pintura cayó sobre la camiseta blanca impoluta de Logan.

Logan miró hacia abajo y, al ver la mancha, gruñó:

—Parker.

—Cole.

—Eso ha sido intencionado.

—Demuéstralo —farfulló ella, retándolo con la mirada.

Él cogió el spray azul. Lena retrocedió y le advirtió apuntándole con su propio spray.

—Ni se te ocurra.

—Ven aquí.

—Logan.

—Solo será un poco. ¡Te va a quedar la camiseta preciosa! ¡Hagamos arte! ¡Es viernes! ¿Qué puede salir mal?

—¡Leo, ayúdame! —gritó Lena, que se lo estaba pasando pipa.

El niño se colocó delante de ella con los brazos abiertos.

—¡No puedes atacar a Lena!

Logan levantó el spray.

—Aparta, pequeño traidor. Tú tienes que estar con tu tío.

—No.

—Leo.

—Somos un equipo.

Lena asomó la cabeza detrás del niño y canturreó:

—¡Has perdido, Cole!

—Esto no ha terminado.

—Acepta la derrota con dignidad —le exigió Lena, sin dejar de apuntarle con el spray.

—¡Nunca!

Leo empezó a correr y Lena también.

Logan fue detrás de ellos.

La terraza se llenó de gritos y carcajadas.

Durante unos minutos no hubo custodia, informes, Canadá ni abogados.

Solo tres personas corriendo alrededor de una piscina con las camisetas manchadas, las gorras mal colocadas y varios sprays de colores en las manos.

Cuando lograron recuperar el aliento, se sentaron en el borde de la piscina con los pies dentro del agua.

Leo observó el mural a medio terminar.

—Está quedando increíble.

—Todavía falta mucho —dijo Lena.

—Pero ya parece algo —replicó Leo, mirando el mural como si fuera una obra de arte.

Logan lo miró también. No era el tipo de decoración que habría elegido. Ni de lejos. Era demasiado colorida. Demasiado ruidosa. Demasiado imperfecta.

Y, sin embargo, le gustaba.

Tal vez porque Leo no había dejado de sonreír en toda la tarde.

—No está mal —admitió Logan, después de observarla un buen rato.

Lena se volvió hacia él y aquello le supo a muy poco:

—¿No está mal?

—Es un cumplido viniendo de alguien tan exigente como yo, Parker.

—Después de todo lo que he hecho por esta pared, quiero algo más —le advirtió Lena, alzando las cejas de un modo muy gracioso.

Logan volvió a mirar la pared, se lo pensó un poco y concluyó:

—Está bastante bien.

—Más —le pidió Lena, esta vez apuntándole con el spray a modo de amenaza.

—No abuses —le ordenó Logan.

Lena negó con la cabeza. Leo le dio a su tío un pequeño empujón con el hombro y le exigió:

—Di que te gusta.

Logan suspiró y se dio por vencido. Eran dos contra uno. Siempre llevaba las de perder:

—Me gusta.

Lena sonrió, hizo la V con los dedos y comentó triunfante:

—Sabía que acabarías cediendo.

—No he cedido —aclaró Logan, salpicándola de agua con el pie.

—¡Logan!

—Perdona, perdona... Fue sin querer.

—Seguro —ironizó Lena.

—En serio. No he cedido. Simplemente estoy valorando el resultado con objetividad.

—Eres incapaz de disfrutar de nada sin convertirlo en una evaluación —observó Lena, entre resoplidos.

Logan la miró y fue muy sincero... tanto que él mismo se sorprendió diciendo:

—Estoy disfrutando.

La respuesta fue tan sencilla que Lena dejó de sonreír durante un instante.

Él apartó la mirada hacia Leo.

El niño movía los pies en el agua con una sonrisa espectacular. De hecho, Logan no recordaba haberlo visto así desde la tragedia que les había destrozado la vida.

—¡Yo también me lo estoy pasando teta!

—¡Leo, eso no se dice! —lo corrigió su tío.

—Lo que no se dice es de pe eme... pero teta... ¿Teta no se puede decir?

Logan fue a replicar algo, pero sonó el timbre del ático.

Los tres levantaron la cabeza.

Logan miró su reloj.

Las siete y cuarto.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Lena.

—No.

El timbre volvió a sonar.

Logan se puso de pie.

—Seguid. Voy a ver quién es.

—No tardes —pidió Leo—. Te falta terminar Saturno.

—Volveré.

Logan atravesó la terraza y entró en el ático todavía con la gorra hacia atrás, la camiseta llena de manchas y una raya azul cruzándole

la mejilla.

No se molestó en mirarse antes de abrir.

Tal vez debería haberlo hecho.

Más que nada porque al otro lado de la puerta estaba Edward Whitmore.

Logan abrió la puerta y por poco no le dio algo al verlo vestido impecable, como siempre, con traje oscuro, camisa blanca, corbata perfectamente anudada y ni una sola arruga.

El hombre recorrió a Logan de arriba abajo, después se detuvo en la mancha azul de su cara.

—Veo que llegó en un momento interesante.

Logan apretó la mano sobre el pomo.

—Edward.

—Buenas tardes, Logan.

—¿Qué haces aquí?

El abuelo de Leo alzó ligeramente las cejas.

—He venido a ver a mi nieto.

Y, de pronto, toda la diversión de aquella tarde pareció quedar muy lejos...

Capítulo 14

Logan tardó un segundo en apartarse de la puerta, pero no era porque pensara impedirle la entrada.

Edward Whitmore era el abuelo de Leo y tenía todo el derecho del mundo a verlo.

Aunque se hubiera presentado sin avisar, vestido como si acabara de salir de una reunión importante y con esa expresión severa que parecía anunciar problemas antes incluso de abrir la boca.

—Podrías haber llamado —dijo Logan.

—Podría.

Edward no añadió nada más. Logan se hizo a un lado y le pidió, seco:

—Pasa.

El hombre entró en el ático y volvió a mirarlo de arriba abajo: la gorra hacia atrás, la camiseta manchada de azul, amarillo y rojo, los vaqueros viejos y la pintura que Logan notaba secándose sobre su mejilla.

Edward arqueó ligeramente una ceja.

—¿He interrumpido algo?

—Estábamos pintando.

—Eso resulta evidente.

Logan cerró la puerta.

—¿Qué haces en Nueva York?

—He venido por asuntos relacionados con Leo.

Aquello consiguió que todos los músculos del cuerpo de Logan se tensaran.

—¿Qué asuntos?

Edward se quitó las gafas de sol que llevaba y las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Esta tarde he mantenido una reunión con la señora Hill.

Logan lo miró fijamente.

—¿Has hablado con Margaret?

—Para eso he viajado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Lo mismo que imagino que te habrá dicho a ti. Que está valorando las dos solicitudes y que aún no ha tomado una decisión definitiva.

—Entonces no entiendo qué haces aquí sin avisar.

—Ya te lo he dicho. Quiero ver a mi nieto.

—Podías haber llamado.

—No creí que necesitara solicitar una cita para visitar a Leo.

Logan apretó la mandíbula y decidió no perder la calma:

—No necesitas solicitar nada. Pero habría sido lo normal.

—También habría sido normal que me mantuvieras informado sobre los cambios importantes en su vida.

La mirada de Edward se deslizó hacia el pasillo.

—¿Qué cambios?

—Eso esperaba que me explicaras tú.

Logan supo de inmediato que Margaret le había hablado de Lena. Evidentemente, ya estaba al tanto de que tenía pareja y de que vivían juntos.

Y ahora la noticia había llegado a oídos de Edward. Era más que evidente. Porque, aunque no conocía el contenido exacto de su conversación, Edward no habría ido directamente desde una reunión con la trabajadora social hasta su casa, si no hubiera querido comprobar algo con sus propios ojos.

—Leo está en la terraza —dijo—. Ven.

—Antes dime una cosa.

Logan esperó.

—¿Es cierto que ahora vives con una mujer?

—Sí.

Edward lo observó.

—El romance ha sido rápido. Hace tres tardes eras un soltero de oro al que no había manera de cazar.

—No creo que fuera para tanto.

—Eras libre como un pájaro. Y ahora resulta que eres un tipo con pareja estable. Justo ahora. Raro, ¿no?

—El amor surge cuando surge. ¿No te parece?

—Sé cómo peleas para conseguir lo que quieres. Pero no te lo voy a poner nada fácil.

—¿No estábamos hablando de amor?

—No sé si será amor. Lo que sí que me corresponde es saber con quién convive mi nieto.

Logan se acercó un paso y le explicó en un tono que resultó un tanto duro, porque le molestó la suspicacia:

—Lena no supone ningún peligro para Leo.

—No he dicho que lo suponga.

—No. Pero esa expresión tuya suele decir bastante más que tus palabras.

Edward no respondió. Logan señaló el pasillo y le propuso:

—Ven a conocerla.

Avanzaron hacia la terraza.

Mientras caminaban, Logan fue cada vez más consciente del aspecto que presentaba. Seguramente Edward había acudido esperando encontrarlo detrás de un escritorio, revisando informes o atendiendo alguna llamada de trabajo.

En lugar de eso, lo encontraba un viernes por la tarde cubierto de pintura.

Curiosamente, no sentía ninguna vergüenza.

Solo una irritación creciente ante la posibilidad de que Edward utilizara aquella imagen en su contra.

—¿Qué estáis pintando? —preguntó su visitante, con una expresión de asco, como si allí olier a podrido.

—Una pared.

—Ya había deducido que no estabais restaurando un Rembrandt.

—Es una actividad con Leo.

—¿Una actividad?

—Sí, Edward. Las personas a veces hacen cosas simplemente para divertirse.

El hombre lo miró de reojo y le dejó claro en un tono sarcástico:

—No soy completamente ajeno al concepto.

—Me alegra saberlo.

Cuando llegaron a la puerta de cristal, la risa de Leo atravesó la terraza.

El niño estaba de espaldas, agitando un spray verde bajo la supervisión de Lena. Ella le indicaba cómo mover la mano mientras terminaban una de las líneas del dinosaurio astronauta.

Los dos llevaban las gorras hacia atrás, los dos tenían la ropa salpicada de pintura y los dos parecían estar pasándose en grande.

—Más despacio —decía Lena—. Si te quedas demasiado tiempo en el mismo punto, chorrea.

—¿Así?

—Eso es. Muy bien.

—¡Tío, mira!

Leo se volvió.

La sonrisa le desapareció apenas vio al hombre que estaba junto a Logan.

—Abuelo.

Edward salió a la terraza.

—Hola, Leo.

El niño dejó el spray sobre el plástico.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta no fue hostil, pero tampoco estaba acompañada de entusiasmo.

Logan lo notó.

Edward también.

—He venido a verte.

—Ah.

Leo miró hacia el mural, como si calculara cuánto tiempo iba a robarle aquella visita.

Después se acercó y permitió que su abuelo lo abrazara.

Edward lo hizo con una rigidez extraña. Como si quisiera mucho al niño, pero no supiera muy bien qué hacer con sus brazos.

—Has crecido —dijo.

—Solo han pasado unos meses.

—A tu edad, unos meses son mucho tiempo.

Leo se separó.

Edward miró la pintura de sus manos.

—Veo que estás... ocupado.

—Estamos haciendo un grafiti.

—Ya.

Lena se quitó uno de los guantes finos que utilizaba para pintar y se acercó a ellos.

Logan la vio recomponer la expresión.

La alegría no desapareció del todo, pero se mezcló con esa cautela que adoptaba cuando entraba en un terreno desconocido.

—Edward, ella es Lena Parker —la presentó Logan—. Mi novia.

Lena le tendió la mano.

—Encantada de conocerlo.

Edward se la estrechó sin demasiado entusiasmo.

—Edward Whitmore.

—Leo me ha hablado de usted.

—Espero que bien.

Leo miró a Lena.

—Le dije que vives en Canadá.

—Eso es un dato, no hablar bien —puntualizó Edward.

—También le dije que tienes una casa muy grande.

—Otro dato.

—Y que sabes montar a caballo.

—Eso mejora un poco.

Lena sonrió.

—También mencionó el golf.

Edward volvió la mirada hacia ella.

—¿Vive aquí?

—Desde hace poco.

—Lo suficiente —aclaró Logan.

—Entiendo.

El tono del hombre daba a entender exactamente lo contrario.

Después miró el muro.

El espacio estaba cubierto de planetas, estrellas y formas de colores. El dinosaurio astronauta apenas tenía medio cuerpo, pero el conjunto ya había empezado a cobrar vida.

—¿Y esto ha sido idea suya? —preguntó a Lena.

—De Leo.

—Yo dije que la pared era aburrida —explicó el niño—. Lena sabe hacer grafitis y mi tío nos ha dejado.

Edward dirigió a Logan una mirada imposible de interpretar.

—No sabía que tuvieras afición por el arte urbano, Leo.

—Estoy descubriendo cosas nuevas.

—Eso parece.

Leo cogió otro spray.

—¿Te gusta?

Edward se tomó unos segundos antes de responder.

—Es... colorido.

—Eso no significa que te guste —murmuró el niño.

Lena ocultó una sonrisa.

—Supongo que todavía no está terminado —añadió Edward.

—Nos falta Saturno, varias estrellas y acabar el dinosaurio —dijo Leo—. Mi tío ha hecho ese planeta.

Señaló una esfera azul con los bordes ligeramente irregulares.

Edward la contempló.

—Un planeta. Vaya... Quién lo diría.

Logan cruzó los brazos y le soltó con una sonrisa burlona:

—Puedes decir que te parece horrible.

—No he dicho eso.

—Pero lo estás pensando.

—Únicamente me sorprende.

—¿Qué parte?

Edward volvió a mirar a Leo.

—No sé si este tipo de actividad es la más adecuada para este jovencito.

La expresión del niño se apagó un poco.

Logan lo vio y se adelantó:

—Estamos pintando una pared, Edward. No atracando un banco.

—Ya sé lo que estáis haciendo.

—Entonces no entiendo el problema.

—Hay otras formas de acercar un niño al arte.

Lena permaneció callada, pero empezaba a sentirse incómoda. Aquel hombre era correcto, educado, mesurado, pero había algo en su forma de marcar las distancias que dejaba claro que se consideraba perteneciente a otro mundo.

Edward, por su parte, continuó:

—Podría aprender dibujo. Acuarela. Pintura al óleo. Existen profesores excelentes que...

—Solo quería pintar esta pared —lo interrumpió Leo.
Su abuelo lo miró.

—Precisamente. Si te interesa la pintura, podrías aprender a hacerlo correctamente.

—Lena me está enseñando. Estudió Bellas Artes.

—¿Y en qué galería expone? —le preguntó Edward a Lena, como evaluándola.

—En ninguna. No me dedico al arte.

—¿Y da clases de Bellas Artes en algún sitio oficial?

—No.

—Mi nieto necesitaría una profesora más académica.

Lena soltó el aire con suavidad y ya no le quedó más remedio que intervenir:

—Esto no pretende ser una clase —explicó—. Solo queríamos divertirnos.

—Comprendo.

Pero la forma en que lo dijo dejó claro que no estaba de acuerdo en absoluto.

—Además —añadió Edward—, no estoy seguro de que enseñarle a un niño de nueve años a utilizar aerosoles sea la mejor influencia.

Logan descruzó los brazos.

—Cuidado.

Edward giró la cabeza.

—¿Perdón?

—Lena está aquí.

—Soy consciente.

—Entonces no hables de ella como si no pudiera oírte.

—No he pretendido ofenderla.

—Pues estás haciéndolo bastante bien sin pretenderlo.

Lena tocó suavemente el brazo de Logan.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

Edward la observó.

—¿A qué se dedica, señorita Parker? Estudió Bellas Artes, pero no pinta, no imparte clases... ¿De qué vive?

—Trabajo en una cafetería.

El silencio que siguió fue mínimo, pero suficiente.

—Ah —dijo Edward, como si de pronto hubiera colocado la última pieza del puzle.

Logan soltó una risa seca.

—No.

Edward alzó las cejas.

—¿No qué?

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa con la que crees haber entendido quién es porque sabes dónde trabaja.

—Solo he dicho «ah».

—Y te conozco lo suficiente para saber todo lo que contiene.

Edward apretó los labios.

Lena tomó la palabra antes de que la tensión aumentara.

—Trabajo en Belinda's Corner. Y estudio Derecho por las noches.

Leo se colocó a su lado.

—Va a ser una gran abogada.

Lena lo miró.

—Eso espero.

—Lo serás.

Edward asintió lentamente.

—Una profesión respetable.

—También lo es trabajar en una cafetería —respondió Logan.

—No he dicho lo contrario.

—No ha hecho falta —murmuró Lena.

Edward la miró. Por primera vez apareció algo parecido a interés real en su rostro.

—¿Entonces está estudiando su segunda carrera?

—Sí. Así es. Estoy preparando el próximo curso.

—¿Y compagina la carrera con el trabajo?

—Sí.

—No debe de ser fácil.

—No lo es.

Aquello pareció suavizarlo un poco.

Pero entonces volvió a fijarse en las manchas de pintura, en las gorras y en el dinosaurio astronauta.

La tregua duró poco.

—Leo —dijo—, en Canadá tendrías acceso a una educación excelente. El colegio que he seleccionado cuenta con profesores especializados en artes plásticas, música y otras disciplinas.

El niño frunció el ceño.

—Yo ya tengo colegio.

—Lo sé. Pero debes comprender que existen otras posibilidades.

—No quiero otro —murmuró Leo, mirando al suelo.

—No puedes saberlo sin conocerlo.

Leo miró a Logan, después a Lena y habló sin disimular su agobio:

—Mis amigos están en el mío.

—Harías nuevos amigos —replicó Edward, sin darle demasiada importancia.

—No quiero nuevos.

—Conservarías los que tienes aquí y conocerías otros —añadió el abuelo.

—¿Cómo voy a conservarlos si estoy en Canadá?

Edward respiró hondo, como si intentara encontrar la paciencia necesaria para explicarle algo evidente.

—Podríais hablar. Visitaros durante las vacaciones.

—No es lo mismo —dijo el niño con un hilillo de voz.

—También aprenderías francés —apuntó el abuelo como si fuera una cosa maravillosa.

Leo hizo una mueca.

—No quiero.

—El francés es muy importante.

—¿Para qué?

Edward pareció desconcertado por la pregunta.

—Para tu futuro.

—Con mis amigos me entiendo perfectamente.

—El mundo es mucho más amplio que tus amigos —le recordó su abuelo.

—Puede, pero...

El abuelo le interrumpió para seguir intentando convencerle de lo bien que estaría con él:

—En ese colegio convivirías con alumnos de muchos países. Podrías aprender francés, alemán, quizá mandarín...

—No quiero aprender tantos idiomas.

—Algún día lo agradecerás.

—¿Cuándo?

—Cuando seas mayor.

Leo volvió a mirar el mural.

—Falta mucho.

Lena se mordió el interior de la mejilla y Logan tuvo que contener una sonrisa.

Edward no pareció encontrarle gracia.

—Ahora crees que Nueva York es todo cuanto necesitas porque es lo único que conoces —continuó Edward—. Pero abrir la mente es importante.

—He estado en otros sitios —murmuró Leo, frunciendo el ceño.

—De vacaciones —puntualizó el abuelo.

—Sí.

—No es lo mismo.

Leo recogió el spray verde, se encogió de hombros y soltó del tirón:

—Pues yo quiero vivir aquí.

Edward lo miró con seriedad.

—Lo entiendo.

Leo clavó la mirada en su abuelo y le preguntó, incapaz de entenderlo:

—Entonces ¿por qué quieres llevarme?

Aquello lo hizo callar a Edward. Logan se tensó y Lena dejó el bote que sostenía sobre el plástico.

Hubo un silencio tenso y el abuelo tardó unos segundos en responder:

—Porque te quiero y creo que conmigo podrías tener una vida excelente.

—Ya tengo una vida excelente —se apresuró a decir Leo.

—Leo —intervino Logan con suavidad.

—Es verdad.

El niño señaló la terraza y le explicó a su abuelo como si tuviera razones más que de sobra para quedarse:

—Tengo mi habitación, mi colegio, mis amigos, el telescopio... y ahora estamos pintando esto.

—Pero todo eso no decide dónde debe vivir un niño —dijo Edward.

—¿No?

—Leo, no todo es tan simple —habló el abuelo.

Leo torció el gesto y, cansado de que su abuelo no le comprendiera, soltó:

—Solo te digo que estoy bien.

La expresión del hombre cambió. Debajo de la rigidez apareció una fragilidad inesperada. Dolor, quizá. O la frustración de saber que la persona por la que estaba luchando no quería lo mismo que él.

—No pretendo hacerte infeliz —dijo por fin.

—Pues no me lles —le suplicó el niño, con lágrimas en los ojos.

Logan cerró los ojos un instante. Para él también estaba siendo muy doloroso todo aquello. Tanto que, como ya no podía más con esa conversación, le pidió a su sobrino:

—Leo, ve a terminar esa estrella con Lena.

—Vale.

El niño miró a su abuelo, después cogió el spray y regresó junto a Lena. Ella le colocó una mano sobre el hombro.

Edward observó cómo se alejaba.

—Necesito hablar contigo a solas —le dijo a Logan.

—Vamos dentro.

Entraron en el salón.

Logan cerró la puerta de cristal, aunque desde allí todavía podía ver a Lena y a Leo junto al muro.

Edward permaneció de pie.

—No me gusta esto.

—¿El grafiti?

—No reduzcas todo a una pared.

—Es lo único que has visto desde que has llegado.

—He visto bastante —replicó Edward, en un tono bastante duro.

—Llevas aquí diez minutos.

—Y en esos diez minutos he encontrado a mi nieto utilizando aerosoles bajo la supervisión de una camarera con la que, aparentemente, has decidido convivir de la noche a la mañana...

Capítulo 15

Logan avanzó hacia él y le pidió sin pestañear:

—Mide tus palabras.

—No he dicho nada que no sea cierto.

—Lena no es solo «una camarera».

—Ha dicho que trabaja en una cafetería —insistió Edward.

—Es un trabajo muy digno. También estudia Derecho. Ha estudiado Bellas Artes. Ayuda a sostener su casa y lleva trabajando desde que prácticamente era una adolescente.

Edward guardó silencio.

—Y conoce a Leo desde hace años —continuó Logan—. Conoció a Alexia y a George. Sabe qué le gusta, qué le da miedo, cuándo está triste aunque diga que no pasa nada. Lo quiere.

—No pongo en duda que le tenga cariño.

—Pues lo parece.

—Pongo en duda que sea el entorno que mi nieto necesita.

Logan soltó el aire lentamente.

—¿Qué entorno necesita, según tú?

—Uno estable.

—Esta casa es estable —aseguró Logan, desafiándole con la mirada.

—Te seré sincero. Me parece extraño que de pronto te haya entrado amor por esta chica... Lora.

—Se llama Lena y adora a tu nieto.

—Desde luego que te has esforzado en encontrar a la novia falsa perfecta. Pero...

—Lena no es una novia falsa —lo corrigió Logan con rabia.

Y lo cierto era que tampoco estaba mintiendo porque Lena era mucho más que eso. No era su novia, pero tampoco era alguien con la que estuviera haciendo un papelón.

Era una mujer maravillosa a la que estaba conociendo poco a poco y que cada día le gustaba más.

—Pobre chica, si lo es de verdad, porque ya sabemos que tú no eres muy de novias. Y un montón de niñeras en seis meses no son estabilidad.

El golpe fue preciso. Logan apretó la mandíbula y replicó ofuscado:

—Eso va a cambiar.

—¿Por la chica esta...?

—¡Deja de llamarla la chica... es Lena! ¡Maldita sea! Y porque estoy cambiando yo.

Edward lo miró fijamente y le preguntó a bocajarro:

—¿Cuánto tiempo te va a durar el cambio?

—¿Qué quieres decir?

—Te conozco, Logan. El trabajo siempre ha sido tu prioridad. Ahora, de repente, aparece esta joven, reduces tu horario y representas una vida familiar idílica. ¿Cuánto durará?

—Lo que tenga que durar.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única que vas a recibir —masculló Logan, mirándole airado.

Edward caminó hacia el ventanal y habló con una tranquilidad irritante:

—Mi esposa y yo podemos ofrecerle una estructura real. Horarios. Presencia. Una casa en la que no haya empleados entrando y saliendo constantemente. Un colegio excelente. Actividades formativas. Seguridad.

—También yo puedo darle seguridad y todo lo demás.

—Tú puedes comprarle cualquier cosa. No es lo mismo —matizó Edward, sintiendo que le había propinado otro buen golpe.

—Y tú sigues confundiendo dinero con educación mientras criticas el mío.

Edward se volvió y, lanzándole una mirada muy dura, arremetió contra él:

—No estoy hablando únicamente de dinero.

—Llevas toda la tarde hablando de colegios privados, idiomas, profesores de arte y oportunidades.

—Porque importan.

—Claro que importan. Pero no más que saber si el niño se despierta por la noche. O cómo consigue fingir que está bien cuando echa de menos a sus padres. O que lo que necesita un viernes de

agosto no es aprender alemán, sino mancharse las manos pintando una pared.

—El afecto no es lo único que necesita un niño —repuso Edward, arqueando una ceja.

—No, pero también lo necesita.

Edward se quedó callado y Logan señaló la terraza:

—Míralo.

Leo estaba agachado junto al muro. Lena le sostenía el bote mientras él terminaba una estrella. El niño decía algo. Ella se rio y le revolvió el pelo.

—Está feliz —dijo Logan.

—También puede ser feliz conmigo.

—Quizá. Pero no quiere irse contigo.

El rostro de Edward se endureció y habló tras carraspear un poco:

—Tiene nueve años. No puede tomar una decisión de esa magnitud.

—No puede tomarla solo. Pero su opinión debería importarte.

—Me importa.

—Entonces escúchalo —le dijo Logan, moviendo las manos.

—Yo también perdí a mi hijo.

La frase detuvo a Logan y Edward miró hacia la terraza.

—Y yo a mi hermana —le recordó Logan también.

—Todos hemos sufrido. Todos seguimos pasando un duelo complicado. En mi caso, George era mi único hijo.

Su voz seguía siendo firme, pero algo se había quebrado bajo ella.

—Es absurdo comparar sufrimientos. Pero perder a tu única hermana a la que adorabas también es jodido —repuso Logan, con mucha pena.

—Leo es lo único que me queda de George —masculló Edward.

Logan bajó ligeramente la guardia y también admitió:

—Y Leo también es lo único que nos queda de Alexia. ¿Tú sabes cómo están mis padres? Jamás volverán a ser lo que fueron...

—Como nosotros. La muerte de un hijo no se puede superar. Pero con un nieto...

—Mis padres están atravesando por lo mismo que vosotros. Sin embargo, entienden que Leo tiene que seguir teniendo una vida

como la que tenía antes de la tragedia. Seguir en la misma ciudad, en el mismo colegio, con los mismos amigos... Por eso quieren que viva conmigo...

Durante unos segundos, ninguno dijo nada.

Los dos estaban allí por la misma razón.

El mismo accidente había destrozado ambas familias.

La diferencia era que cada uno estaba convencido de que sabía mejor que el otro cómo reparar lo que quedaba.

—No pretendo apartarte de Leo —dijo Edward.

—Lo que pretendes es apartar a Leo de la vida que tiene —matizó Logan, apretando fuerte las mandíbulas.

—Se adaptará enseguida. Y podríais ir a visitarlo cuanto quisierais.

—No quiero visitar a mi sobrino. Quiero criarlo. Porque es lo que él desea.

—¿Y puedes hacerlo?

Logan sostuvo su mirada y respondió con determinación:

—Sí.

—Margaret Hill no está segura.

—Lo estará.

Edward volvió a mirar hacia Lena y preguntó con cierta ironía:

—¿Y esa joven forma parte de tu estrategia para convencerla?

Logan sintió un escalofrío incómodo y respondió diciendo la verdad:

—Lena forma parte de mi vida.

—¿Desde cuándo? —insistió Edward, incrédulo.

—Desde antes de que tú decidieras aparecer sin avisar para inspeccionarla.

—No has contestado.

—No tengo que darte explicaciones sobre mi relación.

—Sí cuando esa relación afecta a Leo —afirmó Edward, ceñudo.

—Lo afecta para bien.

Edward lo estudió y le preguntó tras ajustarse bien el nudo de la corbata:

—¿La quieres?

Logan no esperaba la pregunta. Durante un segundo, demasiado largo, no supo qué responder.

—Eso no es asunto tuyo.

Su interlocutor asintió lentamente, como si acabara de obtener la respuesta que quería:

—Ya.

—No saques conclusiones —le advirtió Logan.

—No necesito hacerlo.

Logan avanzó un paso y habló con el corazón en la mano:

—Lena es una buena mujer. Es inteligente, trabajadora y tiene más sensibilidad con Leo que nadie, que absolutamente nadie. No vuelvas a menospreciarla porque trabaja sirviendo café o porque no ha crecido en tu mismo mundo.

—No soy clasista.

—Claro que lo eres.

Edward apretó los labios y, mostrándose ofendido, le aclaró:

—Solo me preocupa el tipo de influencia que recibe mi nieto.

—Pues deberías alegrarte de que la tenga a ella.

—Eso está por ver.

—Yo ya lo he visto —habló Logan, diciendo la pura verdad.

Se miraron en silencio. Finalmente, Edward se volvió hacia la terraza.

—Quiero pasar un rato con Leo.

—Por supuesto —repuso Logan, asintiendo con la cabeza.

—A solas.

Logan no respondió inmediatamente. No quería negarles aquel tiempo. Edward podía resultarle insoportable, pero era el abuelo del niño. Y lo quería.

—¿Qué tenías pensado? —le preguntó Logan.

—Llevarlo a merendar.

—Perfecto.

Logan abrió la puerta de cristal y Leo y Lena dejaron de pintar.

—Leo —lo llamó.

El niño se acercó despacio, con el spray todavía en la mano.

—¿Qué pasa?

—Tu abuelo quiere llevarte a merendar.

Leo miró el muro a medio terminar.

—¿Ahora?

—Sí —respondió Edward—. Conozco un lugar muy agradable cerca de la Quinta Avenida.

—¿Qué lugar?

Edward mencionó el nombre de un salón de té de un hotel de lujo.

Leo no reaccionó. Lena sí conocía el tipo de sitio. Mesas impecables, porcelana delicada, personas hablando en voz baja y pastelitos tan pequeños que no parecían comida.

—¿Tienen hamburguesas? —preguntó Leo.

—No creo —respondió el abuelo.

—¿Helado?

—Seguramente.

—¿Podemos ir a Belinda's Corner? —preguntó el niño, con una expresión que hizo que a Lena se le cayera el alma a los pies.

Edward pareció incómodo y respondió a su nieto:

—He reservado mesa en el hotel. No puedo cancelarlo a estas horas.

—Ah.

El niño volvió la mirada hacia Lena.

—Todavía no hemos acabado el dinosaurio. ¿No puedes merendar aquí mientras yo pinto?

—Me gustaría estar contigo un rato a solas —respondió el abuelo.

—Ve con tu abuelo —le dijo Lena—. Nosotros vamos a esperarte para que termines el dinosaurio.

—¿Lo puedo acabar a la vuelta? ¿Seguro? —replicó el niño, un tanto agobiado.

—Claro —respondió Logan, al que también se le estaba partiendo el alma con la situación.

—No pintéis sin mí —les advirtió el niño casi haciendo un puchero.

—Ni una línea —afirmó Lena, con una sonrisa cariñosa.

Leo miró a Logan y le preguntó en voz baja:

—¿Tengo que ir?

La pregunta le dolió y Edward también la oyó.

—No tienes que hacer nada que no quieras —respondió Logan—. Pero tu abuelo ha venido desde Canadá y le gustaría pasar un rato contigo.

Leo bajó la mirada hacia sus zapatillas manchadas de pintura.

—¿Puedo ir así?

Edward contempló su camiseta vieja y su gorra.

—Quizá sería mejor que te cambiaras.

—Pero entonces tardaré.

—No tenemos prisa —dijo el abuelo, forzando la sonrisa.

Leo suspiró.

—Vale.

Se marchó hacia su habitación y Edward se quedó observándolo.

Lena recogió algunos botes en silencio al fondo de la terraza y Logan se acercó a ella.

—Volverá pronto.

—Lo sé.

—Es su abuelo...

—Lo entiendo perfectamente.

Ella miró a Edward, que esperaba junto a la puerta y se limitó a comentar:

—La cosa es que haya aparecido justo en este momento... Leo estaba pasándoselo muy bien.

—Seguirá pasándoselo bien cuando vuelva —le dijo Logan con una sonrisa de complicidad.

Sin embargo, Edward escuchó la frase.

—No pretendo estropearle la tarde.

Lena levantó la mirada y le aclaró a toda velocidad:

—No he dicho eso.

—Lo has pensado.

—Quizá —replicó Lena, encogiéndose de hombros.

Edward pareció sorprendido por su sinceridad. Lena dejó el spray amarillo dentro de la caja y después añadió:

—Leo quiere mucho a su familia. También a usted. Solo necesita tiempo.

—No parece demasiado entusiasmado con la idea de verme.

—Ha tenido un año difícil.

—Seis meses —precisó Edward.

—Para un niño de nueve años, seis meses pueden ser toda una vida —replicó Lena.

Edward la observó y comentó mientras miraba a ver si su nieto regresaba:

—Parece conocerlo bastante bien.

—Lo conozco desde que era pequeño.

—Logan me lo ha dicho.

Su mirada se desplazó hacia él.

—Me ha dicho muchas cosas sobre usted.

Lena se volvió hacia Logan y él no pareció incómodo.

—Espero que algunas fueran buenas —dijo ella.

Edward no respondió de inmediato, pero luego repuso:

—Ha sido muy contundente.

Aquello consiguió que Lena sonriera ligeramente y dijera:

—Se le da bien.

Leo regresó unos minutos después con un pantalón limpio, un polo azul y el cabello peinado. Ya no llevaba la gorra.

Parecía otro niño.

Mucho más parecido al que Edward esperaba encontrar.

—¿Nos vamos? —preguntó el hombre.

Leo asintió sin entusiasmo.

Antes de caminar hacia él, se acercó a Lena.

—No acabes el dinosaurio.

—Te lo prometo.

Después miró a Logan.

—Volveré pronto, ¿no?

—Sí.

—¿Cuánto?

Edward consultó el reloj.

—Un par de horas.

Leo puso mala cara.

—Dos horas pasan rápido —le aseguró Logan.

—Cuando te diviertes —farfulló el niño.

—Intenta divertirte.

—Vale.

Logan se agachó para quedar a su altura.

—Tu abuelo quiere estar contigo.

Leo miró hacia Edward y chasqueó la lengua:

—Ya.

—Dale una oportunidad.

—Se la doy.

—Bien.

El niño asintió. Luego se acercó a su abuelo.

Edward apoyó una mano sobre su hombro y ambos caminaron hacia el ascensor.

Justo antes de entrar, Leo se volvió.

—¡No pintéis nada!

—¡Nada! —repitió Lena.

Las puertas se cerraron y el ático quedó en silencio.

Logan permaneció mirando el ascensor varios segundos y Lena se colocó a su lado.

—No está cómodo con él —musitó Logan, con pena.

—Eso me temo.

—Edward tampoco parece saber cómo acercarse —opinó Logan.

—Ya...

Lena ladeó la cabeza y Logan la miró extrañado:

—Qué raro. Parece que hoy piensas como yo en todo.

—No empieces —le pidió Lena, con media sonrisa.

—No he empezado.

Luego, regresaron a la terraza. Y de repente todo había cambiado.

Sin Leo, el mural parecía distinto, como si estuviera sin vida, y la alegría de hacía unos minutos se había marchado con él.

Lena tomó un spray y lo agitó.

—Tu abuelo político me adora —comentó irónica.

—No es mi abuelo político.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No le hagas caso.

—No me lo tomo como algo personal.

Logan la observó y en seguida se dio cuenta de que no era así:

—Mentira.

Ella bajó la mirada hacia el bote.

—Un poco.

—Es un esnob.

—También es un hombre que acaba de perder a su hijo y cree que está luchando por lo único que le queda.

Logan no respondió. Lena se acercó al muro y miró la figura inacabada del dinosaurio astronauta.

—En algunas cosas lo entiendo.

—¿En cuáles? —quiso saber Logan.

—En que no se fíe de mí.

—Yo sí me fío.

La respuesta salió tan rápida que Lena se volvió. Logan estaba a pocos pasos. Todavía llevaba la gorra hacia atrás y la raya azul en la cara. Resultaba difícil reconciliar aquella imagen con el hombre que había defendido su trabajo, sus estudios y su vida delante de Edward sin vacilar.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por lo que has dicho.

—He dicho la verdad.

—Aun así.

Logan se acercó al mural y, clavándole la mirada, afirmó:

—No voy a permitir que nadie te haga sentir inferior por el lugar del que vienes.

Lena tragó saliva.

—Yo no me siento inferior.

—Bien. No deberías.

—Aunque es evidente que no pertenezco a vuestro mundo.

Él la miró durante unos segundos.

—¿Sabes qué ha visto Edward cuando te ha mirado?

—Una camarera cubierta de pintura que está corrompiendo a su nieto.

—Ha visto dónde trabajas. Cómo vistes. De qué familia vienes.

Lena sonrió con poca alegría y apenas susurró:

—Eso es casi todo lo que tenía que ver.

—No.

Logan negó lentamente con la cabeza y después añadió:

—No ha visto lo que haces cada día para construirte una vida distinta. No ha visto cómo trabajas, estudias y cuidas de tu madre.

No ha visto cómo consigues que Leo se ría cuando lleva seis meses aprendiendo a hacerlo otra vez.

Lena bajó la mirada, para que no viera que estaba a punto de llorar:

—Logan...

—Y tampoco ha visto que eres la primera persona que ha entrado en esta casa y ha conseguido que parezca menos una oficina con dormitorios.

Ella soltó una pequeña risa.

—Eso ha sido por los vasos.

—Los vasos ayudan.

—No sabía que los apreciaras —murmuró Lena.

—No he dicho tanto.

Lena levantó la vista y volvió a decirle muy agradecida:

—Gracias por defenderme.

—No tienes que agradecermelo.

—Sí tengo.

—No, pesada.

—Eres agotador, Cole.

—Y tú demasiado insistente, Parker.

Se quedaron mirándose y Lena notó que el aire había cambiado. No estaba la señora Wolf, ni el personal de limpieza, ni nadie que necesitara creer que eran pareja.

Aun así, Logan alzó una mano y le limpió con el pulgar una mancha amarilla que tenía junto a la mejilla.

El gesto fue lento.

Demasiado íntimo.

Lena dejó de respirar durante un instante.

—La has extendido —murmuró.

—Probablemente.

—No aprendes —musitó ella.

—No parece.

Su mano siguió junto a su rostro un segundo más.

Lena podría haberse apartado.

No lo hizo.

—Por cierto —dijo finalmente Logan—, el grafiti está quedando mucho mejor de lo que esperaba.

Ella sonrió y le dijo con los ojos muy brillantes:

—Eso es porque tienes una gran profesora.

—No te vengas arriba, Parker.

—Demasiado tarde, Cole.

Logan bajó la mano. Los dos regresaron hacia la pared, pero ninguno volvió a coger un spray.

Habían prometido no pintar sin Leo.

Y, por primera vez desde que el niño se había marchado, Lena entendió que no era el mural lo que parecía incompleto.

Eran ellos dos sin él...

Capítulo 16

La tercera semana comenzó con un viaje a los Hamptons.

La propuesta había surgido durante el desayuno del lunes, cuando Logan dejó la taza de café sobre la mesa y anunció con la misma solemnidad con la que habría comunicado una nueva adquisición:

—El miércoles nos vamos a casa de mis padres.

Lena levantó la vista de su tostada de pavo y aguacate:

—¿Los tres?

—No. Leo y yo. Tú puedes quedarte aquí sola fingiendo que eres mi novia.

—Qué amable.

—¡Claro que los tres!

Leo dejó caer la cuchara dentro del tazón de cereales y preguntó entusiasmado:

—¿Vamos a la casa de la playa?

—Sí.

—¿Toda la semana?

—Hasta el domingo.

El niño levantó ambos brazos.

—¡Planazo!

Lena no compartió inmediatamente su entusiasmo.

No porque no quisiera ir a los Hamptons. Jamás había estado y la idea de pasar unos días cerca del mar le parecía estupenda.

El problema eran los padres de Logan.

Después de conocer a Edward Whitmore y de soportar que aquel hombre la observara como si su sola presencia pudiera echar a perder la educación de Leo, no sabía qué esperar de los señores Cole.

Logan pareció leerle el pensamiento.

—Mis padres no son como Edward.

—No he dicho nada.

—Pero has puesto cara.

—¿Qué cara?

—La de estar imaginando a mi madre preguntándote en qué galería expones.

Lena se echó a reír.

—¿No va a hacerlo?

—Probablemente te preguntará si quieres comer nada más llegar.

—Eso me gusta más.

—Y después volverá a preguntártelo veinte veces —añadió Logan.

Leo asintió con expresión seria.

—La abuela piensa que todo se arregla comiendo.

—A veces funciona —opinó Lena.

—Casi siempre —confirmó el niño.

Dos días después, viajaban hacia los Hamptons en uno de los coches de Logan.

Leo había pasado la mayor parte del trayecto explicándole a Lena todo lo que encontraría allí.

La piscina.

La playa.

La habitación en la que dormía desde pequeño.

El velero del abuelo.

Un cobertizo en el que guardaban tablas de surf, bicicletas y «un montón de cosas que nadie utilizaba, pero que la abuela no dejaba tirar».

—Mi padre es incapaz de tirar nada —explicó Logan desde el asiento delantero.

—Eso no es verdad —replicó Leo—. El año pasado tiró una sombrilla.

—Estaba rota.

—Pero la tiró.

—Una hazaña —comentó Lena.

El coche dejó atrás la carretera principal y tomó un camino flanqueado por árboles.

Unos minutos después aparecieron las primeras casas.

Lena esperaba algo enorme, blanco y perfectamente impersonal.

La casa de los padres de Logan era grande, desde luego, pero también resultaba acogedora. Tenía una fachada clara, contraventanas azul grisáceo, un porche amplio y un jardín en el que las plantas parecían crecer con bastante más libertad que en el ático de Logan.

Había bicicletas apoyadas junto a una pared, varias toallas secándose sobre una barandilla y unas sandalias abandonadas cerca de la puerta.

—Aquí hay cosas fuera de su sitio —comentó Lena, sorprendida.

Logan giró la cabeza.

—No empieces.

—Solo digo que ahora entiendo que tu obsesión por el orden no es genética.

—Mi madre es ordenada.

—Hay una regadera en mitad del camino.

—La habrá dejado mi padre.

—Entonces tu padre me cae bien.

El coche apenas había terminado de detenerse cuando la puerta principal se abrió.

Una mujer de unos sesenta años salió al porche y bajó los escalones con los brazos abiertos.

Era delgada, llevaba un vestido largo y ligero de color blanco, el pelo castaño recogido en una coleta baja y unas grandes gafas de sol.

—¡Por fin!

Leo abrió la puerta antes de que el chófer pudiera hacerlo y salió corriendo.

—¡Abuela!

La mujer lo recibió con un abrazo tan fuerte que consiguió levantarlo unos centímetros del suelo.

—Pero ¿qué te están dando de comer? ¡Estás enorme!

—Tengo nueve años.

—Eso no impide que estés enorme.

Un hombre apareció detrás de ella.

Era alto, de cabello completamente gris y expresión sonriente. Llevaba unos pantalones claros, una camisa remangada y caminaba descalzo.

—Déjalo respirar, Claire.

—Llevo demasiado tiempo sin verlo.

—Fueron cuatro semanas —recordó Logan mientras bajaba del coche.

La mujer soltó a Leo y abrazó a su hijo.

—También te he echado de menos.

—Nos vimos hace cuatro semanas.

—Eso acabo de decirle al niño.

Después, Claire Cole se volvió hacia Lena.

La observó durante menos de un segundo antes de sonreír con auténtico entusiasmo.

—Así que tú eres Lena.

Lena apenas tuvo tiempo de asentir antes de que la mujer la abrazara.

—Tenía muchísimas ganas de conocerte.

—Mamá —advirtió Logan.

—¿Qué? No estoy haciendo nada.

—La estás asfixiando.

Claire soltó a Lena, aunque mantuvo ambas manos sobre sus brazos.

—Perdona. Es que Logan nunca nos presenta a nadie.

—Mamá.

—Es verdad.

El padre de Logan se acercó sonriendo.

—No le hagas caso. Se emociona con facilidad. Soy Henry.

—Lena.

El hombre le dio un abrazo mucho más breve, pero igualmente cariñoso.

—Bienvenida a casa.

Aquello la sorprendió. No «bienvenida a nuestra casa». Simplemente, «bienvenida a casa».

—Gracias.

Claire volvió a mirar a su hijo y preguntó:

—¿Vais a quedaros ahí todo el día o pensáis entrar?

—Nosotros acabamos de llegar —le recordó Logan.

—Y ya estáis tardando.

Leo se acercó a su abuelo y le preguntó:

—¿Sigue aquí mi tabla?

—Te estaba esperando.

—¿Podemos ir luego a la playa?

—Claro.

—¿Y salir con el velero?

—También.

—¿Y dormir en mi habitación?

Henry fingió pensárselo.

—Habíamos pensado que durmieras en el jardín.

Leo soltó una carcajada.

—No.

—Entonces habrá que buscar otra solución.

Claire pasó un brazo por los hombros de Lena.

—¿Has comido?

—Desayuné.

—Eso fue hace horas.

—Mamá —intervino Logan—, hemos parado por el camino.

—¿Qué habéis comido?

—No empieces.

—Solo pregunto.

—Unos sándwiches —respondió Leo.

Claire abrió mucho los ojos.

—Eso no es comer.

Lena miró a Logan.

—Tenías razón.

—Nunca falla —masculló él.

La casa por dentro resultaba todavía más acogedora.

Había muebles claros, fotografías familiares, cojines de distintos colores y libros amontonados sobre varias mesas. Las puertas permanecían abiertas y el aire del mar recorría las habitaciones.

Lena descubrió fotografías de Logan con distintas edades.

Logan de niño, con el cabello revuelto y una pala en la mano.

Logan adolescente, sosteniendo una tabla de surf.

Logan con Alexia en la playa, ambos cubiertos de arena y riéndose.

Se detuvo ante aquella última imagen.

Alexia debía de tener unos quince años. Logan parecía algo mayor y la sujetaba del cuello mientras ella intentaba apartarlo.

—Eran inseparables —dijo Claire a su lado.

Lena la miró.

La mujer sonreía, aunque sus ojos se habían llenado de una tristeza suave.

—Se nota.

—También discutían muchísimo.

—Eso también se nota —comentó Lena.

Claire soltó una risa pequeña.

—Alexia sabía exactamente cómo sacarlo de quicio.

—Entonces creo que ella y yo nos habríamos llevado bien.

Logan, que pasaba por detrás con la maleta, se detuvo.

—Os habríais llevado de maravilla. Y habría sido horrible: dos contra mí.

—¡Ya somos dos contra ti! —gritó Leo.

—Qué suerte —bromeó Logan.

Claire los miró a uno y a otro y sonrió de una forma que puso inmediatamente en guardia a Logan.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada.

—Estás pensando algo.

—Yo no he dicho una palabra.

—No ha hecho falta.

Lena se echó a reír.

—En eso se parece a Leo.

—Toda la familia parece leerme la mente —protestó Logan.

—Es que eres bastante transparente —comentó Henry desde el salón.

Logan giró la cabeza.

—¿Tú también?

—Especialmente para nosotros.

Después de dejar las maletas, comieron en una terraza cubierta orientada hacia el jardín.

Claire había preparado una ensalada enorme, pescado a la plancha, patatas y varios platos que, según ella, «había hecho por si acaso».

Lena sospechaba que aquel «por si acaso» podía alimentar a doce personas.

Los padres de Logan le preguntaron por Belinda's Corner, por Derecho y por Bellas Artes.

No la estaban evaluando. Parecían interesados de verdad.

—¿Y qué te gusta más? —preguntó Henry—. ¿El arte o el Derecho?

Lena se quedó pensando.

—Son cosas muy distintas.

—Por eso pregunto.

—El arte me hace sentir más libre. El Derecho me hace pensar que quizá pueda ayudar a alguien.

Claire asintió.

—Entonces no tienes por qué elegir para siempre.

—Eso mismo le digo yo —intervino Leo con la boca llena.

—Traga antes de hablar —le pidió Logan.

Leo masticó rápidamente y continuó:

—Tiene alma de artista.

Lena lo miró y se le apretó el pecho.

—Gracias.

Henry sonrió.

—Si Leo lo dice, debe de ser cierto.

—Lo es —afirmó el niño.

Después de comer, bajaron a la playa.

Desde la casa se accedía a la playa a través de un pequeño sendero entre dunas cubiertas de vegetación. Leo corrió delante con una pelota bajo el brazo. Henry llevaba una sombrilla y Logan cargaba con una nevera portátil que su madre había llenado como si fueran a pasar allí una semana.

Lena caminaba junto a Claire.

—Logan nunca me ha contado cómo os conocisteis —soltó su madre.

Lena miró hacia él.

—En la cafetería.

—Ah.

—Llevo años sirviéndole café.

Claire sonrió.

—Entonces eres una mujer muy paciente.

—Mamá —protestó Logan desde unos pasos más adelante.

—No puedes oírnos.

—Claro que puedo.

—Pues deja de escuchar conversaciones ajenas.

—Estáis hablando de mí.

—Precisamente.

Cuando llegaron a la arena, Leo dejó caer la pelota y corrió hacia el agua.

Henry lo siguió después de quitarse la camisa. Claire extendió una toalla y Lena se sentó junto a ella.

Logan clavó la sombrilla, colocó la nevera debajo y organizó las cosas con una precisión que hizo sonreír a Lena.

—Hasta en la playa —murmuró.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada, Cole.

—Parker.

Leo regresó poco después, con los pies mojados y arena pegada hasta las rodillas.

Se dejó caer entre sus abuelos y anunció:

—Vosotros sois muchísimo más enrollados que el abuelo Edward.

Logan lo miró.

—Leo.

—¿Qué? Es verdad.

Claire intentó ocultar una sonrisa.

—No deberías comparar a tus abuelos.

—No los comparo.

—Acabas de hacerlo.

Leo se encogió de hombros.

—Solo digo que cuando fui a merendar con el abuelo Edward bostecé dieciséis veces.

Hubo un pequeño silencio.

Henry fue el primero en reírse.

Lena se tapó la boca.

Logan volvió la cara hacia el mar, aunque el movimiento de sus hombros lo delató.

Claire mantuvo la compostura unos segundos más.

—¿Dieciséis?

—Las conté.

Esta vez todos se echaron a reír.

—No tiene gracia —dijo Leo—. Estuvimos en un sitio donde había que hablar bajito y los pastelitos eran diminutos.

—Era un salón de té —recordó Logan.

—Pues eso. Aburridísimo.

Claire le acarició el pelo.

—El abuelo Edward es diferente.

—Muchísimo.

—Y tienes que aceptarlo como es.

Leo bajó la mirada y empezó a dibujar líneas sobre la arena.

—Lo acepto.

—Te quiere mucho —añadió ella.

—Ya lo sé.

—Entonces intenta ser un poco paciente con él.

El niño asintió.

—Lo quiero. Pero no quiero vivir con él.

La frase consiguió que el humor se desvaneciera ligeramente.

Henry dejó de sonreír y miró a su nieto.

—Eso es otra cosa.

Leo levantó la cabeza.

—¿Tú crees que tengo razón?

—Creo que tu vida está en Nueva York.

Claire asintió.

—Tu colegio, tus amigos, tus costumbres... Todo está allí.

El niño pareció aliviado.

—Eso le digo yo a todo el mundo.

—Y deben escucharte —afirmó Henry—. Aunque los adultos tengan que decidir algunas cosas, tu opinión importa.

Logan permaneció callado.

Claire se volvió hacia su hijo.

—Y Logan puede hacerlo muy bien.

Él frunció el ceño, como si no comprendiera de dónde salía aquella seguridad.

—¿Cómo podéis estar tan convencidos?

—Porque te conocemos —respondió su padre.

—Precisamente por eso deberíais tener más dudas.

—Eres un adicto al trabajo —admitió Claire.

—Gracias, mamá.

—No he terminado. Eres un adicto al trabajo, controlador, cabezota y tienes la absurda costumbre de pensar que puedes resolverlo todo solo.

—Esto cada vez mejora más.

Lena se mordió el labio para no reírse.

Claire continuó:

—Pero quieres a Leo. Y cuando quieres a alguien, haces lo necesario.

—Hasta ahora no he hecho suficiente —reconoció Logan.

—Eso puede cambiar —dijo Henry.

—Está cambiando —intervino Lena.

Todos la miraron.

Ella se encogió de hombros.

—Llega antes. Come con nosotros. Se toma tardes libres. Ya no mira el teléfono seis veces durante el desayuno.

—Ahora solo dos —puntualizó Leo.

—Algunos días ninguna —lo defendió Lena.

Claire observó a su hijo con una sonrisa.

—¿Te gusta llegar a casa?

Logan miró primero a Leo.

Después a Lena.

Tardó apenas un segundo en contestar:

—Sí.

—Porque está ella —afirmó su madre.

Logan volvió a mirar a Lena.

Ella esperaba que protestara, hiciera una broma o dijera que también estaba Leo.

Pero no lo hizo.

—Sí —admitió.

Y era verdad.

Le gustaba volver porque Leo lo esperaba.

Pero también porque Lena estaba allí.

Porque encontraba sus libros sobre la mesa, algún vaso olvidado junto al sofá y su risa recorriendo el ático.

Porque la casa ya no parecía vacía cuando ella la ocupaba.

Lena sostuvo su mirada y sintió que algo se removía dentro de ella.

Claire sonrió satisfecha.

—Entonces ya tienes un motivo para seguir llegando pronto.

Logan apartó la vista.

—No necesito motivación.

—Claro que no —replicó su padre—. Por eso llevabas años regresando a casa cuando todos dormían.

—Dirigir una empresa requiere tiempo.

—Criar a un niño también —le recordó Claire.

Logan observó a Leo, que había vuelto a jugar con la arena.

—Lo sé.

—Y vas a hacerlo bien —insistió Henry.

—Eso espero.

—Nosotros estamos seguros.

Logan no respondió.

Leo se puso de pie de pronto y sacudió la arena de sus piernas.

—¿Podemos bañarnos?

Henry se levantó.

—Vamos.

—¿Tú también, tío?

Logan miró el mar.

—El agua estará helada.

—Eres un sieso —dictaminó Leo.

—Eso lo has aprendido de Lena.

—Yo no utilizo esa palabra —se defendió ella.

—Todavía —añadió Claire.

Leo agarró a su abuelo de la mano y ambos corrieron hacia el agua.

Claire los observó alejarse y comentó:

—Mañana queremos navegar hasta Shelter Island.

—¿Con Leo? —preguntó Logan.

—Si quiere venir.

Desde la orilla, el niño los oyó.

—¡Quiero!

Henry levantó una mano.

—Decidido.

Claire miró a Logan y a Lena.

—¿Os apuntáis?

Logan negó con la cabeza.

—Hace años que no me apetece pasar un día entero en un barco.

—Puedes cambiar de opinión —dijo su madre.

—No.

Claire miró entonces a Lena.

—¿Tú?

Lena volvió la vista hacia Logan.

—Creo que me quedaré con él.

La sonrisa de Claire apareció demasiado deprisa.

—Como queráis.

—No pongas esa expresión —le advirtió su hijo.

—¿Qué expresión?

—La misma que pones cuando estás organizando algo.

—No estoy organizando nada.

—Claro.

Claire se levantó, se sacudió la arena de las piernas y caminó hacia el agua.

Lena se quedó sentada junto a Logan.

Durante unos segundos observaron en silencio cómo Leo se metía en el mar con sus abuelos.

—Tus padres me caen muy bien —dijo ella.

—Son peligrosamente entusiastas.

—Son muy cariñosos.

—También.

—Y creen en ti.

Logan apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—Son mis padres. No son objetivos.

—A veces quienes mejor nos conocen son los únicos que pueden serlo.

Él la miró.

—¿Tú también crees que puedo criar a Leo?

Lena no tuvo que pensarlo.

—Sí.

Logan sostuvo su mirada durante unos segundos, pero antes de que pudiera responder, Leo gritó desde el agua:

—¡Lena! ¡Ven!

Ella se levantó.

—Tengo que irme. Me reclama mi chico.

—Creía que el novio era yo.

—Tú eres el falso.

Logan arqueó una ceja.

Lena sonrió y echó a correr hacia el mar.

Él la observó mientras Leo salía a recibirla, le agarraba la mano y tiraba de ella hacia el agua.

Su madre se volvió desde la orilla y le lanzó una mirada que Logan conocía demasiado bien.

No hizo falta que dijera nada.

Y sí, lo reconocía. Le gustaba volver a casa porque estaba Lena.

Y empezaba a preocuparle cuánto...

Capítulo 17

A la mañana siguiente, Leo apareció en la cocina con un chaleco salvavidas puesto sobre el pijama.

Lena levantó la vista de su taza.

—¿No crees que es un poco pronto?

—Hay que estar preparado.

Logan entró detrás de él y se sirvió café.

—El velero no va a entrar en la cocina.

—Nunca se sabe.

—Sí se sabe —replicó Logan.

Leo se sentó frente a Lena y apoyó ambos brazos sobre la mesa.

—¿Seguro que no venís?

—Seguro —respondió Logan.

—Va a molar mucho.

—No lo dudo.

—El abuelo me va a dejar llevar el timón.

—Eso sí lo dudo.

Henry apareció en la puerta con unas gafas de sol sobre la cabeza.

—Le dejaré llevarlo un rato.

Logan lo miró.

—Tiene nueve años.

—Y yo estaré a su lado.

—No te alejes de la costa.

—¿Quieres venir a supervisar?

—No.

Henry sonrió.

—Entonces confía en mí.

Claire entró detrás de él con una bolsa enorme colgada del hombro.

—He preparado comida para todos.

Logan observó la bolsa.

—¿Todos quiénes?

—Nosotros tres.

—Eso puede alimentar a una tripulación entera.

—No quiero que el niño pase hambre.

Leo levantó la mano.

—Yo tampoco quiero.

Claire dejó la bolsa sobre la encimera y miró a Lena.

—Todavía estáis a tiempo de venir.

Lena miró hacia Logan.

Él bebía café con una expresión de absoluta indiferencia, aunque ella empezaba a conocerlo lo suficiente para saber que estaba esperando su respuesta.

—Me quedaré aquí —dijo.

Claire ocultó una sonrisa detrás de la taza.

—Como queráis.

—Mamá —advirtió Logan.

—No he dicho nada.

—No hace falta.

Leo miró a uno y a otro.

—¿Por qué pones esa cara, abuela?

—¿Qué cara?

—La de saber algo que los demás no saben.

Claire le colocó bien el chaleco.

—Porque las abuelas sabemos muchas cosas.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a recibir —replicó Logan.

Lena sonrió.

—Empieza a copiarte.

—Eso es preocupante.

Henry recogió la bolsa y señaló la puerta.

—Nos vamos.

Leo se levantó de un salto.

—¡Por fin!

Se acercó a Lena y la abrazó.

—Volvemos mañana por la mañana.

—Lo sé.

—No te aburras.

—Intentaré sobrevivir.

Después abrazó a Logan.

—Tú tampoco trabajes.

—No voy a trabajar.

Leo se separó y lo miró con desconfianza.

—Nada.

—Nada.

—Ni mirar correos.

—Alguno quizá.

—Tío.

—No voy a prometer cosas imposibles.

—Pues mira pocos.

—De acuerdo.

Claire se acercó a su hijo y le dio un beso en la mejilla.

—Descansa.

—Eso hago.

—No. Tú te sientas con el ordenador y dices que estás descansando.

—Es una forma de descanso.

—Para ti.

Después abrazó a Lena.

—Disfrutad del día.

Lena notó que lo decía con una intención que iba bastante más allá de recomendarles que tomaran el sol.

—Lo intentaremos.

Claire sonrió satisfecha.

Unos minutos después, los tres se marcharon.

Desde el porche, Logan y Lena vieron alejarse el coche.

Cuando desapareció al final del camino, el silencio se instaló alrededor de la casa.

Lena cruzó los brazos.

—Qué raro.

—¿Qué?

—No escuchar a Leo.

Logan miró hacia la carretera vacía.

—Sí.

—La casa parece más grande.

—Lo es.

—No físicamente.

—Ya te he entendido, Parker.

Lena se volvió hacia él.

—¿Qué hacemos ahora?

Logan metió las manos en los bolsillos.

—Nada.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Tú sabes hacer eso?

—Empiezo a cansarme de que todo el mundo me pregunte lo mismo.

—Es que no das la impresión de dominar la técnica.

—Puedo pasar un día sin trabajar.

—¿Un día entero?

—Sí.

—¿Y sin organizarlo?

Logan frunció el ceño.

—¿Qué tiene de malo organizar un día libre?

—Que deja de ser libre.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Precisamente.

Él soltó una risa breve.

—Podemos dar un paseo.

—¿Eso estaba en tu planificación?

—Acaba de ocurrírseme.

—Estoy impresionada.

—Parker.

—Cole.

Media hora después caminaban por la playa.

Lena llevaba un vestido ligero sobre el bañador y las sandalias en una mano. Logan se había remangado los pantalones y avanzaba descalzo junto a ella.

La marea estaba baja. El agua llegaba hasta sus tobillos y se retiraba dejando una franja brillante sobre la arena.

Caminaron durante un rato sin hablar.

No era un silencio incómodo y tampoco necesitaban romperlo.

Algunas gaviotas descendían cerca de la orilla y volvían a elevarse cuando ellos se acercaban. El viento agitaba el pelo de Lena y el mar olía a sal, a algas y a verano.

—Hacía mucho que no venía aquí solo —dijo Logan.

Lena lo miró.

—No estás solo.

—Ya.

Él continuó caminando unos pasos.

—Me refería a sin mis padres, sin Leo, sin trabajo.

—Sigues sin estar solo.

Logan sonrió.

—No me estás dejando terminar.

—Es una de mis virtudes.

—Lo sé.

Lena se acercó un poco más al agua.

—¿Venías mucho de pequeño?

—Todos los veranos.

—¿Con Alexia?

—Sí.

La respuesta salió baja, pero no dolorida.

—Nos pasábamos el día en la playa. Ella hacía castillos y yo los destruía.

—¡Qué encanto de hermano!

—Decía que así podía hacerlos mejores.

—Eso suena exactamente a ti.

Logan la miró.

—¿Qué significa eso?

—Que siempre encuentras una justificación lógica para ser insoportable.

—No los destruía todos.

—Ah, bueno. Entonces eras adorable.

Él sonrió y, durante unos metros, siguieron caminando en silencio.

—Mis padres tienen razón —dijo Logan al fin.

Lena no supo a qué se refería.

—¿Sobre qué?

—Sobre el trabajo.

—No es ninguna novedad. ¿No te parece? —inquirió Lena, risueña.

—Ya. He vivido para la empresa durante años.

—Sí.

—No hace falta que lo confirmes tan rápido.

—Ya lo sabías.

Logan miró hacia el horizonte.

—Construí Cole Developments desde cero. Al principio no podía permitirme desconectar. Después pude, pero ya no sabía hacerlo.

Lena lo escuchó sin interrumpirlo.

—Cada operación llevaba a otra. Cada edificio hacía posible el siguiente. Siempre había algo más grande que conseguir.

—Y ahora tienes muchísimo.

—Sí.

—¿Te ha hecho feliz?

Logan tardó en responder.

—A veces.

—Eso no ha sonado muy convincente.

—Lo era mientras ocurría. Cuando cerraba una operación, cuando terminaba un proyecto... durante un rato sentía que todo tenía sentido.

—¿Y luego?

—Buscaba el siguiente.

Lena bajó la mirada hacia las huellas que dejaban sobre la arena.

—Eso debe de ser agotador.

—Tú ya me lo dijiste.

—También te dije que no sabía si eras capaz de disfrutar de algo sin convertirlo en una evaluación.

—Y te respondí que estaba disfrutando.

—Lo recuerdo.

Logan se detuvo.

Lena avanzó un par de pasos antes de darse cuenta y se volvió.

Él estaba mirando el mar.

—A veces pienso que Edward tiene razón.

Ella regresó junto a él.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—Edward cree tener razón sobre demasiadas cosas.

—No me refiero a Lena, la peligrosa camarera grafitera.

Ella sonrió.

—Qué pena. Ese tema me encanta.

Logan no le devolvió la sonrisa.

—Me refiero a Leo.

Lena se quedó quieta.

Él siguió hablando:

—¿Y si no soy capaz de darle el hogar que necesita?

—Ya se lo estás dando.

—¿Tú crees? —inquirió él.

—Y has cambiado muchísimo últimamente.

—Edward dice que puede ser algo temporal.

—Edward no vive contigo —le recordó Lena.

—Pero me conoce desde hace años.

—Yo también te conozco.

Logan arqueó una ceja.

—Llevas años sirviéndome café.

—Y tres semanas viviendo contigo. Créeme, parecen veinte años.

Él soltó una risa pequeña, aunque la preocupación continuaba en su rostro.

—No sé si va a ser suficiente.

—¿Para Margaret?

—Para Leo.

Lena se acercó un paso.

—Leo te adora.

—Eso no significa que yo sea lo mejor para él.

—Te ha elegido.

—Tiene nueve años.

—Y sabe perfectamente dónde quiere estar.

—Un niño puede querer algo que no le convenga.

—Claro. Como comer tres cajas de cereales y una bolsa de nubes.

Logan la miró.

—Eso no es lo mismo.

—No. Porque cuando se trata de ti no está pidiendo un capricho.

Él guardó silencio.

Lena continuó:

—No te ha elegido porque tengas una casa enorme o porque puedas comprarle todo lo que quiera. Te ha elegido porque eres su tío. Porque confía en ti y porque te quiere.

—También quiere a Edward.

—Sí. Pero no quiere vivir con él.

Logan volvió a mirar el agua.

—A veces tengo miedo de fallarle.

—Eso no demuestra que vayas a hacerlo mal.

—¿No?

—Demuestra que te importa hacerlo bien.

El viento apartó un mechón del rostro de Lena. Ella se lo colocó detrás de la oreja y añadió:

—Las personas que no se plantean si están fallando suelen ser las que menos se esfuerzan por cambiar.

Logan bajó la vista.

—Estoy intentando hacerlo.

—Lo noto.

—Llego antes —insistió Logan, mordiéndose el labio inferior, inquieto.

—Me he dado cuenta.

—Trabajo menos.

—¡Menos mal!

—Me estoy perdiendo reuniones, Parker.

—Eso sí que me parece preocupante —bromeó ella.

Él sonrió, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—Me gusta estar en casa.

—Tus padres ya se han dado cuenta.

—Todo el mundo se da cuenta de todo en esta familia.

—Es que eres bastante transparente.

—No empieces tú también.

Lena sonrió.

—¿Y sabes por qué te gusta volver?

Logan la miró directamente.

—Sí.

Ella dejó de sonreír.

Durante un instante solo se oyó el mar.

—Por Leo —dijo Lena, aunque la frase sonó más como una pregunta.

—Por Leo también.

El corazón de Lena dio un golpe extraño.

Logan respiró hondo.

—Creía que estaba cambiando únicamente por él.

Ella esperó.

—Pero no.

Lena notó el viento más frío sobre la piel.

—También estoy cambiando por ti.

No fue una frase bonita.

No fue una declaración preparada.

Salió de Logan con una sinceridad tan sencilla que precisamente por eso la dejó sin palabras.

—Logan...

—Es verdad.

Él dio un paso hacia ella.

—Me gusta volver porque estás tú y la casa parece distinta, Leo se ríe, tú discutes conmigo por cualquier cosa y dejas vasos por todas partes.

—No dejas tantos.

—Deja que termine.

Lena cerró la boca.

—Me gusta encontrarte estudiando. Escucharte hablar con Leo. Verte entrar en una habitación y conseguir que todo parezca más... vivo.

Ella tragó saliva.

—Eso no tiene nada que ver con el acuerdo.

—Lo sé.

—Ni con Margaret.

—También lo sé.

Logan se quedó frente a ella.

Muy cerca.

—Esto ya no es mentira, Lena.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre en aquel tono.
Sin ironía.

Sin convertirlo en una discusión.

Ella levantó la vista.

—¿Qué no es mentira?

—Esto.

Él le rozó la mejilla con los dedos.

Lena no se apartó.

Logan esperó un instante, como si todavía le diera la oportunidad de detenerlo.

Ella no lo hizo.

Fue Lena quien acortó la distancia.

El primer roce fue suave.

Muy distinto a los besos que se habían dado durante aquellas semanas.

No había nadie mirando.

No había una niñera cerca.

Ni una cocinera.

Ni una trabajadora social a la que convencer.

Logan apoyó una mano en su cintura y Lena se sujetó a su camisa.

Se besaron despacio.

Como si ambos necesitaran comprobar que aquello estaba ocurriendo de verdad.

Después Logan profundizó el beso.

Lena sintió que todas las veces que se habían separado demasiado pronto estaban allí.

Los tres segundos.

Los cuatro.

Las miradas posteriores.

Las manos que tardaban un poco más en apartarse.

Todo.

Logan la atrajo contra su cuerpo y Lena le rodeó el cuello con los brazos.

El beso dejó de ser prudente.

Dejó de ser medido.

Se volvió urgente.

Desordenado.

Real.

El viento le golpeaba el vestido contra las piernas y las olas rompían cerca, pero durante unos minutos ninguno fue consciente de nada.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad.

Logan mantuvo la frente apoyada contra la suya.

—Esto ha durado más de cuatro segundos —murmuró Lena.

Él soltó una risa baja.

—Leo estaría orgulloso.

Ella rio también.

Después entrelazaron los dedos y regresaron caminando hacia la casa.

Ninguno habló demasiado.

Ya no hacía falta.

Porque, por primera vez desde que todo había empezado, ya no quedaba nada que fingir.

Capítulo 18

Volvieron caminando hasta la casa casi sin hablar. No porque no tuvieran cosas que decir. Precisamente por eso.

Cada vez que alguno levantaba la vista, encontraba al otro sonriendo sin darse cuenta y entonces ambos volvían a mirar hacia el camino.

—Esto es un poco raro —murmuró Lena al llegar al porche.

Logan sacó las llaves del bolsillo.

—Bastante.

—Llevamos días besándonos.

—Fingiendo.

—Exacto.

Él abrió la puerta.

—Y resulta que los besos de verdad son mucho más complicados.

Lena soltó una risa.

—No sabía que el gran Logan Cole pudiera ponerse nervioso.

Él la miró de reojo.

—No me estoy poniendo nervioso.

—Ah, no.

—Solo... estoy intentando descubrir qué se supone que hacemos ahora.

—Menos mal.

—¿Por qué?

—Porque yo tampoco tengo ni idea.

Entraron en la casa. El silencio era completamente distinto al del día anterior. No estaba Leo correteando por el pasillo. No se escuchaba la voz de Claire preguntando si alguien tenía hambre. Ni Henry buscando las llaves del trastero.

Solo el rumor lejano del mar entrando por las ventanas abiertas.

Lena dejó las sandalias junto a la puerta.

Logan dejó las llaves sobre una consola.

Los dos permanecieron inmóviles unos segundos.

—¿Tenemos que cenar? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Supongo.

—Qué rollo.

—Eso no suele decirse después del primer beso.

—No era el primero.

—El primero de verdad.

Ella bajó la vista.

—Tienes razón.

Logan dio un paso hacia la cocina.

—¿Me vas a cocinar algo?

—¿Eso es una prueba?

—No. Es curiosidad.

—Ya has probado mi pasta.

—¿Hervir agua cuenta como cocinar?

—Parker...

Ella sonrió.

—Vale, ya he recuperado a Logan.

—Nunca me fui.

Prepararon la cena entre bromas.

Lena insistió en que él cortaba las verduras demasiado perfectas.

Logan respondió que ella las estaba destrozando.

—Las verduras no tienen por qué medir todas lo mismo.

—Claro que sí.

—¿Por qué?

—Porque quedan mejor.

—Eso solo lo piensas tú —soltó Lena, entre risas.

—Y cualquier persona con sentido estético.

—Acabas de discutir con una licenciada en Bellas Artes.

—Entonces retiro lo del sentido estético —zanjó Logan, divertido.

Ella cogió un trozo de calabacín y se lo lanzó.

Rebotó contra su camisa.

Logan la miró.

—¿Acabas de atacarme con una verdura?

—Ha sido un accidente.

—Claro.

Él cogió otro trozo.

Lena levantó un dedo.

—Ni se te ocurra...

Cinco segundos después tenía el calabacín en el pelo.

—¡Cole!

Él soltó una carcajada.

—Ahora estamos en paz.

—Ni de lejos.

Ella se acercó para devolverle el ataque, pero, al quedar frente a él, se detuvo. Habían reducido la distancia sin darse cuenta. Logan tenía una pequeña mancha de harina junto a la mandíbula. Lena levantó la mano para quitársela.

Sus dedos rozaron la piel de él.

Ninguno de los dos habló.

Aquella misma mano que unos minutos antes había lanzado un trozo de calabacín permaneció quieta sobre su rostro.

—¿Qué? —preguntó Logan en voz muy baja.

—Nada.

—Di...

—Me estás mirando de un modo...

Ella sonrió apenas.

—Es culpa tuya —le interrumpió Lena.

—¿Mía? —replicó Logan mordiéndose el labio inferior.

—Sí.

—¿Qué he hecho ahora?

—Besarme.

Él soltó una risa suave.

—Es verdad.

—Y ahora resulta imposible hacer como si no hubiera pasado.

Logan negó lentamente. No quería jugar a eso y así que le dijo:

—No quiero hacer como si no hubiera pasado.

Aquellas palabras se quedaron suspendidas en el aire.

Lena tragó saliva y decidió tener la valentía de decir también la verdad:

—Yo tampoco.

Él buscó su mano sobre la encimera y entrelazó los dedos con los de ella.

Fue un gesto pequeño.

Mucho más pequeño que el beso de la playa.

Y, sin embargo, a Lena le pareció todavía más íntimo.

Porque no nacía del impulso, nacía de la decisión.

Después, cenaron en la terraza mientras el sol desaparecía lentamente sobre el mar.

Hablaron de los padres de Logan, de las dieciséis veces que Leo había bostezado con Edward, se rieron imaginando al niño contándolas una por una y después el silencio volvió a instalarse entre ellos.

Esta vez ninguno sintió la necesidad de romperlo.

Cuando terminaron de recoger, caminaron hasta la arena de la playa que tenían frente a casa.

La playa estaba casi vacía.

El cielo comenzaba a llenarse de estrellas.

—¿Te arrepientes? —preguntó Logan de repente.

Lena tardó unos segundos en responder.

—¿Del beso?

Él asintió.

Ella negó despacio.

—Ni un segundo.

—Yo tampoco.

Se miraron y los dos supieron que ya no había más preguntas. No hacían falta.

Logan dio un paso hacia ella, pero esta vez fue Lena quien lo besó primero. Sin miedo, sin pensar, sin contar los segundos.

Y comprendieron que ya era imposible volver al punto en el que todo aquello había empezado.

Cuando regresaron a la casa, ninguno necesitó decir lo que ambos estaban sintiendo.

Logan le apartó un mechón de pelo de la cara.

Ella apoyó la frente contra la suya.

Sonrieron.

Y, por primera vez desde que se conocían, dejaron que la noche decidiera por ellos.

Logan la besó despacio en el cuello, mientras deslizaba un tirante del vestido.

—Cole...

Lena cerró los ojos, respiró el aroma del perfume delicioso de Logan y él se apoderó de su boca.

Atrapó el labio inferior, dio un tironcito, se abrió paso con la lengua y buscó la de ella.

El beso fue abrasador.

Las lenguas se enroscaron y las manos empezaron a volar por todas partes.

Eso no estaba en el plan, pero ya era inevitable.

Se miraron y se lo dijeron todo.

No había vuelta atrás. Era lo que llevaban días deseando y por fin había llegado el momento.

Logan la agarró por la cintura, la pegó contra él y le susurró al oído:

—Me enciendes como nadie, Parker.

Lena sintió la erección contra su cuerpo, tragó saliva y medio jadeante de deseo musitó:

—Y tú a mí.

—¿Hace cuánto que deseas que esto pase? —preguntó él, mirándola con unos ojos de león hambriento.

—¿Quién no desea estar en la cama de Logan Cole?

—Tú me dijiste que tú no —replicó él, en un tono muy *sexy*.

—Yo sé que no debo estar en tu cama.

—¿No debes?

—Eso es, pero no siempre hago lo que debo.

Lena le pasó las manos por el cuello y le besó profundo y con ganas hasta que se quedaron otra vez sin aliento.

Luego, se quedaron frente a frente. Logan le recorrió los labios con el dedo índice y masculló:

—He fantaseado con hacer tantas cosas con esta boca...

Lena se excitó más todavía, atrapó el dedo y él lo introdujo entero.

Logan la miró sintiendo que no podía desearla más y le cuchicheó al oído:

—¿Cómo quieres que sea contigo?

Lena lamió el dedo bien, él la penetró un poco y luego sacó el dedo para que ella respondiera.

—Quiero que seas Logan Cole.

Logan la cogió por el cuello, la besó de la forma más posesiva e intensa que jamás la habían besado y le susurró con los labios pegados a los de ella:

—Es la primera vez. Puedo ser suave y dulce.

Lena negó con la cabeza, porque no quería eso. Al menos, no solo eso...

—Quiero que lo seas todo —musitó al fin.

Volvieron a besarse desatados, sin parar, devorándose con un hambre que tenían de días y luego él coló las manos por debajo del vestido.

Le acarició las nalgas y la levantó, sorprendiendo a Lena, que le rodeó el cuerpo con las piernas.

Así la llevó en brazos hasta su dormitorio, mejor dicho, el que estaban compartiendo los dos.

La dejó sobre la cama, le quitó las braguitas, le lamió los muslos y llegó hasta el vértice.

Lena gimió de pura anticipación y luego él empezó a devorarla de un modo exquisito.

Lena se aferraba a las sábanas para soportar aquello, que era simplemente maravilloso.

—¿Todo bien, preciosa? —preguntó él, que de pronto se paró para mirarla.

Lena asintió con la cabeza, porque no podía hablar y él siguió recorriéndola hasta que la hizo estallar de placer de un modo que hizo que Lena agradeciera que estuvieran solos, porque no pudo contener un grito.

—Dios —musitó Lena, cuando acabó.

Él se tumbó a su lado y siguió tocándola hasta que le arrancó un segundo y hasta un tercer orgasmo.

—Sabía que eras así.

—Logan —susurró ella, exhausta.

—Me gusta que digas mi nombre. Dilo otra vez.

Lena lo miró a los ojos sintiendo unas mariposas tremendas en el estómago y susurró:

—Logan.

—Lena.

—Me has dejado muerta.

—Sabía que ibas a gozar así.

—¿Qué pasa? ¿Llevo tatuado en la frente la palabra multiorgásmica o qué?

—Fuego. Te miro y veo fuego. Un fuego que no puede apagar un Ryan cualquiera...

—¿A qué cuento viene que traigas a colación a Ryan ahora?

—A cuento de que solo yo soy quien puede apagarlo.

—Ya estás siendo tú. Tan Cole...

—Y te gusta.

Se miraron, luego Logan le quitó el vestido y el sujetador y después él hizo lo mismo con su ropa.

Ya desnudos se puso un condón y ella lo miró escandalizada.

—Madre mía.

—¿Qué sucede?

Lena tragó saliva porque no solo era el cuerpo y el tamaño de su erección, era esa energía que proyectaba de absoluto dios del sexo.

—No imaginaba que fuera así.

Logan se tumbó encima de ella y se deslizó hasta el fondo de una embestida seca.

—Logan.

—Eso quiero. Dime mi nombre, dilo otra vez, preciosa.

Lena dijo su nombre y él volvió a penetrarla. Ella gimió y él empezó a hacérselo, al principio despacio y lento...

—Me encanta cómo me aprietas...

Lena se sentía más llena que nunca, lo de ese hombre era una auténtica pasada y le estaba haciendo sentir más que nadie.

Le arañó la espalda del placer y se atrevió a pedirle más.

Lo necesitaba.

Necesitaba sentirle bien dentro y que la dejara saciada como nunca nadie le había dejado.

Logan la miró y sintió una conexión tan brutal que supo que eso no tenía nada que ver con lo que hacía con sus amigas.

—Voy a follarte. Pero es algo más...

Logan empezó a hacérselo mucho más duro y Lena, mientras se metía los nudillos en la boca, no supo qué decir.

Ella estaba follando, aquello era sexo, pero sabía perfectamente que no era solo eso.

—Logan...

Lena volvió a gritar su nombre y él sintió que le daba un vuelco al corazón. Su nombre en labios de esa chica sonaba tan distinto...

Logan la besó desatado, le dio la vuelta, la puso a gatas y siguió penetrándola para que recordara aquel día.

—No quiero que lo olvides, preciosa.

—Jamás —dijo ella, mientras no paraba de gritar de placer.

Y así siguieron haciéndolo, hasta que Logan estalló también con un gruñido bronco.

Se retiró el condón, se tumbó al lado de ella y se quedó mirándola sin poder creerlo.

—No sé cómo ha pasado...

Lena le besó suave en los labios y le dijo con el corazón latiéndole muy fuerte:

—No lo sé. Pero ha estado genial...

—Esto solo es el principio.

Lena arqueó una ceja y preguntó temblando entera:

—¿El principio?

Logan le acarició el cuello, los pechos, le pellizcó suave los pezones y descendió otra vez a su sexo que penetró con los dedos.

Lena se estremeció entera y él se apoderó de su boca de un modo exigente:

—Me gustas demasiado, Parker.

Lena lo miró mientras él seguía estimulándola y habló con la voz trémula:

—Y tú a mí.

—No vas a salir de mi cama. No pienso dejarte.

—Mañana cuando vengan todos no creo que pueda gritar así.

—Te follaré suave.

—Vale.

—Pero hoy no.

—¿No?

—No. Hoy quiero que grites hasta reventar los cristales.

—Logan por favor...

—Sí. Y lo vas a hacer.

Logan empezó a estimularle el punto que nadie le había tocado. El G. Y se lo hizo tan bien que Lena creyó que iba a desmayarse.

Y cuando ya no pudo más, cuando le gritó a Logan que iba a romperse, él se levantó, la cogió en volandas, la dejó en el suelo y ella sucumbió a un orgasmo descomunal que la dejó con las piernas mojadas.

Logan la abrazó fuerte, ella escondió la cabeza en su cuello y rompió a llorar.

—Perdóname —le pidió—. Soy una boba.

Logan le levantó la barbilla, la besó y le susurró mirándola de un modo que cualquiera hubiera dicho que era amor:

—Eres una mujer ardiente. No pidas perdón por eso.

—Es la primera vez que un hombre consigue sacar todo esto de dentro de mí.

Logan la besó suave en la mejilla y sonrió con una mirada salvaje:

—Me alegro tanto de que te hayas dejado llevar...

—Esto no lo habría hecho con nadie más que contigo.

—Confías en mí.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No soy ingenua, Logan. Escuché a esa mujer hablarte. Sé que eres un buen amante y sé que podrías ser adictivo.

—¿Y cuál es el problema?

—Que yo no necesito un amante.

—¿Y qué es lo que necesitas? —preguntó con la mirada que abrasaba.

—No necesito nada. Soy feliz como estoy. No tengo entre mis planes enamorarme. Y me lo estás poniendo muy difícil.

—Tú también.

—Pero yo voy a querer tener algo más. Una relación. No soy de tener sexo sin más. Y tú no quieres una relación.

—Yo vivo el momento, preciosa.

—Tú no eres de relaciones serias, no quieres comprometerte.

—Lena, te lo acabo de decir. Estoy viviendo esto. Me gustas. Quiero tenerte en mi cama. Y no quiero a nadie más.

—Yo tampoco quiero a nadie más. Pero podría también querer más... Va a ser difícil no enamorarme de ti. Si es que ya no estoy pillada.

A Logan le gustó escuchar aquello, pero no iba a dejar nunca de ser sincero con ella:

—No voy a decirte lo que tienes que sentir. Pero sabes que en este momento mi prioridad es Leo.

—Ya.

—Me gustas, me haces reír, me pareces una chica increíble y me pones duro como jamás me ha puesto nadie.

—Sí, claro... —sonrió Lena, convencida de que estaba mintiendo descaradamente.

—Créelo. No imaginas la de veces que he tenido que disimular cada vez que nos besamos porque me pongo duro como una roca.

—Madre mía.

—Me gustas como nadie. Es verdad. Siempre me has llamado la atención. Pero luego abrías el pico...

—Y me odiabas —terminó Lena, la frase por él.

—Me entraron ganas de follarte duro hasta que me pidieras más.

Lena notó que las mejillas se le ponían rojas y que su sexo se contraía de pura excitación:

—Logan... Eres un...

—Pídemelo.

—¿El qué?

—Que te lo haga otra vez.

—¿Puedes? —preguntó Lena, sin dar crédito.

Logan le agarró de la mano que tenía tatuada y se la puso sobre la erección durísima.

—No me lo puedo creer.

—Es para ti, preciosa. Solo para ti.

Lena puso los ojos en blanco y poco a poco fue aflojando las rodillas hasta que acabó con ellas en el suelo.

Y le dio placer con su boca. La tomó poco a poco, hasta que acabaron cediendo sus mandíbulas y Logan la penetró duro hasta

que acabó derramándose dentro de ella...

Capítulo 19

Después de volver de Los Hamptons, todo pareció volver a la normalidad.

Y una mañana...

Leo entró en la habitación sin llamar, porque llevaba una bandeja entre las manos, estaba convencido de que iba a darles la mejor sorpresa del mundo y, según explicaría después, llamar habría estropeado todo el efecto.

—¡Desayuno!

Lena abrió los ojos y durante un segundo no supo dónde estaba.

Después notó el brazo de Logan alrededor de su cintura, la pierna de él enredada con la suya y el calor de su cuerpo pegado a su espalda.

Y entonces vio a Leo junto a la cama.

El niño sujetaba una bandeja ladeada sobre la que había dos tazas, un plato de tostadas, un cuenco de fresas y algo que probablemente pretendía ser un zumo de naranja.

Lena se incorporó de golpe, sujetándose la sábana contra el pecho.

Logan abrió los ojos con bastante menos urgencia, pero se sobresaltó al verlo.

—¡Leo!

—Buenos días —canturreó el niño.

—¿Qué haces aquí?

—Os he traído el desayuno.

El niño avanzó con cuidado y Lena también bromeó:

—No parecía una pregunta difícil.

Logan se pasó una mano por la cara y le pidió:

—Podrías haber llamado.

—Quería sorprenderos.

—Lo has conseguido —murmuró Lena.

Leo dejó la bandeja sobre una mesa cercana.

Después miró la cama.

A Logan.

A Lena.

Y de nuevo a la cama.

No parecía escandalizado.

Ni sorprendido.

Ni siquiera especialmente interesado.

—Está todo muy rico —anunció—. Os va a encantar, parejita.

Lena se quedó mirándolo.

Logan también.

Leo sonrió.

—¿Qué? —les preguntó, con una sonrisa gamberra.

—Nada —respondió Logan.

—¿No vais a probarlo?

—Dentro de un momento.

—Las tostadas se van a enfriar.

Lena intentó no reírse.

—Gracias, Leo.

—De nada.

El niño caminó hacia la puerta y antes de salir se volvió.

—Por cierto, el zumo lo he hecho yo.

—Eso explica el color —dijo Logan.

—Tiene naranja.

—No lo dudo.

—Y un poco de leche.

Logan cerró los ojos, haciendo esfuerzos por no echarse a reír:

—¿Por qué le has puesto leche?

—Porque estaba muy fuerte. La naranja era muy ácida. Las elegiste tú y la cagaste. Como siempre. Lena elige las naranjas mucho mejor que tú, pero como tú te hiciste el chulito, pues hale. He tenido que añadir la leche sin lactosa. Que no es la más rica, dicho sea todo de paso.

—Claro.

—Y como me sabía muy raro, le he puesto un chupito de miel.

Lena se tapó la boca con la sábana y Leo sonrió satisfecho.

—Os va a encantar.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

El silencio duró apenas dos segundos. Lena se volvió hacia Logan. Él la miró y los dos empezaron a reírse.

—Parejita —repitió ella.

—No vuelvas a decirlo.

—Te queda bien.

—¡Nada de esto me queda bien!

—Tu sobrino nos ha pillado en la cama y lo único que te preocupa es el apelativo.

Logan miró hacia la bandeja.

—Me preocupa más el zumo.

—Cobarde.

—Tiene leche.

—También miel.

—Ja, ja, ja.

Lena se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Logan la rodeó con el brazo y la acercó a él.

—No parece traumatizado por habernos pillado juntos —murmuró ella.

—Leo ha asumido desde el primer día que esto acabaría ocurriendo.

—Nos lleva ventaja.

Logan le apartó un mechón de la cara.

—Siempre. ¡Menudo es mi sobrino!

Lena lo observó. Desde que habían vuelto de los Hamptons compartían cama y la habitación ya no parecía de Logan.

Ni tampoco de Lena.

Era de los dos.

La ropa de ella ocupaba parte del vestidor. Había libros de Derecho sobre la mesilla. Un vaso de agua abandonado junto a la ventana. Un zapato debajo de la butaca y otro en un lugar que todavía no había conseguido recordar.

Logan seguía protestando.

Pero ya no movía nada.

—Deberíamos levantarnos —dijo él.

—No quiero.

—Tu zumo se enfría.

Lena le dio un pequeño golpe en el pecho.

—Idiota.

Él sonrió.

La besó.

Sin prisas.

Sin señora Wolf.

Sin una limpiadora cerca.

Sin necesidad de fingir.

Cuando se separaron, Lena apoyó la frente contra la suya.

—¿Cuánto ha durado?

—No lo sé.

—Leo sí lo sabría.

—No invoques al inspector de besos.

Lena volvió a reírse.

En la bandeja, una de las tostadas cayó al suelo, pero ninguno hizo el menor esfuerzo por recogerla.

Después...

Los días que siguieron transcurriendo con una tranquilidad que a Lena empezaba a parecerle peligrosa.

No ocurrió nada extraordinario. Desayunaban juntos, Logan se marchaba a trabajar más tarde de lo que solía y regresaba antes.

Leo continuaba de vacaciones y aprovechaba cada mañana para inventar un plan diferente.

Algunos días iban al parque.

Otros se quedaban en casa.

A veces Lena estudiaba en la terraza mientras Leo leía cerca del telescopio. Otras, los tres terminaban en la piscina, aunque Logan insistiera en que no tenía tiempo.

Siempre acababa metido en el agua.

Siempre terminaba riéndose.

Y todas las noches regresaban a la misma habitación.

A la misma cama.

Sin hablar del final del mes.

Como si ignorarlo pudiera evitar que llegara.

Hasta que llegó la evaluación de Margaret Hill.

Logan llevaba despierto desde antes del amanecer.

Lena lo supo porque, cuando abrió los ojos, él estaba sentado al borde de la cama con los antebrazos apoyados sobre las piernas y el

teléfono entre las manos.

No lo utilizaba.

Solo lo sujetaba.

—¿Cuánto llevas despierto? —preguntó.

Logan volvió la cabeza.

—No mucho.

—Mentiroso.

—Una hora.

Lena miró el reloj.

Todavía no eran las seis.

Se incorporó y se acercó a él.

—Va a ir bien.

—No lo sabes.

—No.

Lena apoyó la barbilla sobre su hombro y aseguró:

—Pero sé que has hecho todo lo posible.

—¿Y si no es suficiente?

La voz de Logan era tan baja que apenas parecía suya.

Lena le rodeó la cintura.

—Entonces seguirás luchando.

Él cerró los ojos.

—No puedo perderlo.

—No vas a perderlo.

—Parker...

—Sé que no puedo prometerlo.

Logan giró ligeramente la cabeza.

—Entonces no lo hagas.

—Lo que sí puedo prometerte es que Leo sabe dónde quiere estar.

Margaret también lo sabe. La señora Wolf lo sabe. Belinda lo sabe.

Todo el mundo que ha pasado cinco minutos con vosotros lo sabe.

—Edward no.

—Edward quiere otra cosa.

—Quiere lo que cree que es mejor.

—Y tú también.

Logan dejó el teléfono sobre la mesilla.

—Odio no controlar esto.

—Ya.

—No digas «ya» como si llevaras años soportándome.

—A veces unas semanas pueden parecer años.

Él sonrió un poco.

Lena le besó el hombro.

—Dúchate.

—¿Me estás echando de mi cama?

—Te estoy evitando que llegues sin acicalar a una reunión de la que depende tu vida.

—La custodia de Leo no depende de que vaya sin acicalar.

—No tentemos a la suerte.

Logan se levantó y, antes de entrar en el baño, se detuvo.

—¿Vendrás?

—Claro.

—No tienes que hacerlo.

—No te he preguntado si tengo que hacerlo.

Él la miró durante unos segundos.

—Gracias.

—De nada, Cole.

Y unas horas después... llegó el momento que tanto habían esperado.

Margaret Hill llegó a media mañana.

No lo hizo sola.

La acompañaba un evaluador familiar que había participado en el expediente.

Lena no logró recordar el cargo completo.

Solo que llevaba una carpeta gruesa, unas gafas demasiado pequeñas y la clase de expresión que no revelaba absolutamente nada.

Se reunieron en el salón.

Leo estaba con la señora Wolf en su habitación, aunque ya había sido entrevistado esa misma semana.

Margaret había hablado con él.

Con Logan.

Con Lena.

Con la señora Wolf.

Con varios miembros del personal que trabajaba habitualmente en el ático.

También con Belinda.

Incluso había solicitado informes del colegio de Leo y referencias relacionadas con la rutina que mantenía desde la muerte de sus padres.

Logan permaneció sentado junto a Lena.

No le cogió la mano.

Pero su rodilla estaba pegada a la de ella y no se apartó en ningún momento.

Margaret abrió la carpeta.

—Antes de empezar, quiero dejar claro que mi función no consiste en valorar quién quiere más a Leo.

Logan no se movió.

—Tanto usted como el señor Whitmore han demostrado afecto, preocupación y voluntad de hacerse cargo del menor.

—Entonces ¿qué se está valorando? —preguntó él.

—El interés de Leo.

Margaret colocó varias hojas sobre la mesa.

—Su bienestar emocional, la continuidad de su vida, sus vínculos, su entorno escolar, sus necesidades cotidianas y la capacidad real de cada adulto para hacerse cargo de él.

Lena sintió cómo Logan se tensaba a su lado.

—Durante estas semanas —continuó Margaret— he observado cambios importantes.

Levantó la vista hacia él.

—En la primera evaluación, uno de los principales problemas era su disponibilidad.

—Lo sé.

—Trabajaba jornadas excesivamente largas. Delegaba gran parte del cuidado de Leo en personal contratado. Había una rotación preocupante de niñeras y no existía una rutina suficientemente sólida.

Logan asintió. No intentó justificarse y Lena supo que aquello también contaría.

—Eso ha cambiado —dijo Margaret.

Él la miró, respiró hondo y ella siguió:

—La señora Wolf ha confirmado que ahora respeta sus horarios. Que usted regresa a casa a una hora razonable. Que se encarga personalmente de las cenas, las tardes y la rutina nocturna de Leo.

—Intento hacerlo.

—También ha reorganizado su agenda laboral.

—Sí.

—¿Es temporal?

La pregunta quedó flotando en el salón. Logan tardó unos segundos en responder, pero cuando lo hizo no pudo resultar más sincero:

—No.

Margaret lo observó con atención.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Dirige una empresa de gran tamaño.

—La empresa seguirá existiendo si no trabajo catorce horas al día.

Lena bajó la mirada para ocultar una sonrisa.

Margaret la vio y también pareció sonreír apenas.

—El señor Whitmore dispone de una vida más previsible — continuó Margaret—. Una casa estable, horarios flexibles y recursos suficientes para hacerse cargo de Leo.

—Yo también tengo recursos suficientes.

—No estoy hablando de dinero, señor Cole.

—Lo sé.

—El señor Whitmore, además, ha presentado un proyecto educativo detallado.

Logan apretó la mandíbula.

—Idiomas, colegios, profesores privados...

—Entre otras cosas.

—Leo no quiere irse.

—Eso también ha sido valorado.

Margaret cerró una de las carpetas.

—Leo ha expresado con mucha claridad que quiere permanecer en Nueva York.

Logan dejó de respirar y Lena lo notó. Estuvo a punto de agarrarlo de la mano, pero se contuvo en el último segundo.

Y Margaret Hill siguió...

—Ha hablado de sus amigos, de su colegio, de las rutinas que mantenía con sus padres y de la relación que tiene con usted.

La trabajadora social hizo una pequeña pausa y confesó:

—Ha dicho que esta es su casa.

Los ojos de Logan se llenaron de algo que desapareció casi inmediatamente.

Pero Lena lo vio.

—También ha hablado de usted, señorita Parker.

Lena se enderezó.

—¿De mí?

—Mucho.

—¿Y qué tal?

Margaret sonrió ligeramente.

—Ha dicho que desde su llegada la casa es más divertida. Que su tío trabaja menos. Que comen juntos, hacen planes y que usted consigue que el señor Cole se meta en la piscina incluso cuando dice que tiene una llamada importante.

El evaluador bajó la mirada hacia sus documentos y Lena tuvo la sensación de que intentaba esconder una sonrisa.

—Leo considera que su presencia ha supuesto un cambio positivo —continuó Margaret—. Y no es el único.

Lena miró a Logan con un nudo en la garganta y Margaret prosiguió:

—La señora Wolf también lo ha dicho.

—¿Qué ha dicho exactamente? —preguntó él.

—Que la señorita Parker no ha sustituido a nadie en el cuidado de Leo.

Lena cruzó los brazos y murmuró:

—Es una mujer excepcional.

—Ha dicho que ha conseguido que usted asuma su responsabilidad —contó Margaret.

Logan soltó el aire, aliviado:

—La señora Wolf es una mujer justa.

—También ha afirmado que nunca había visto a Leo tan tranquilo desde el accidente.

El salón quedó en silencio y Margaret cerró la carpeta.

—He hablado con la señorita Parker.

Logan volvió la cabeza hacia Lena.

—¿Cuándo?

—Hace dos días —respondió ella.

—No me lo dijiste.

—No me preguntaste.

—Parker.

—Cole.

Margaret carraspeó.

Los dos la miraron.

—La señorita Parker ha hablado muy bien de usted.

Lena notó que Logan volvía a observarla.

—Ha dicho que usted quiere a Leo. Que conoce sus miedos, sus costumbres y sus necesidades. Que ha cambiado su vida para poder estar presente y que, aunque todavía tiene mucho que aprender, nadie está más dispuesto a hacerlo.

Logan no apartó la vista de ella y Lena sintió calor en las mejillas.

—También ha dicho que usted es insoportable —añadió Margaret.

El evaluador tosió y Lena sonrió.

—Eso también era relevante.

—Gracias —murmuró Logan, mordaz.

—De nada.

Margaret volvió a ponerse seria.

—Todas las personas entrevistadas coinciden en algo: Leo se siente seguro aquí.

Logan apretó los dedos sobre su rodilla.

—Su entorno ha recuperado continuidad. Mantiene su colegio, sus amistades y los vínculos que tenía antes del fallecimiento de sus padres. Además, su participación en su vida cotidiana ha cambiado de forma significativa y sostenida.

—¿Qué significa eso? —preguntó Logan.

Margaret dejó la carpeta sobre la mesa.

—Que mi recomendación será que Leo permanezca bajo su tutela.

Durante unos segundos, nadie se movió.

Logan la miró como si no estuviera seguro de haberla escuchado correctamente.

—¿Va a recomendar que se quede conmigo?

—Sí.

—¿Y qué posibilidades hay de que el juez siga su recomendación?

Margaret intercambió una mirada con el evaluador.

—Con el expediente actual, muy altas. No puedo anticipar una resolución judicial, señor Cole, pero no existe ningún elemento que me haga pensar que Leo deba abandonar su entorno.

Él tragó saliva.

—¿Y Edward?

—El señor Whitmore seguirá formando parte de la vida de su nieto. Mi propuesta incluirá un régimen de visitas amplio, vacaciones y contacto regular. Pero trasladar a Leo a Canadá en este momento supondría romper demasiados vínculos importantes para su bienestar.

Logan bajó la cabeza y se llevó una mano a la boca.

Lena se conmovió porque nunca lo había visto así de desarmado, sin una respuesta y sin ninguna defensa.

Margaret esperó.

—Gracias —consiguió decir él finalmente.

—No me lo agradezca todavía. Será necesario formalizarlo y tendrá que mantener los cambios que ha realizado.

Logan levantó la vista.

—Lo haré.

—No solo durante unas semanas.

—Lo entiendo.

—Leo necesita que esté presente incluso cuando el expediente deje de existir.

—Lo estaré.

Margaret asintió y habló con una sonrisa leve en su rostro:

—Entonces creo que puede convertirse en un gran tutor para él.

Logan cerró los ojos un instante. Lena colocó la mano sobre la suya; esta vez, él entrelazó los dedos con los de ella y no la soltó hasta que Margaret y el evaluador abandonaron el ático.

Leo apareció en el salón apenas se cerraron las puertas del ascensor.

—¿Qué ha dicho?

Logan seguía de pie junto a la entrada.

El niño miró a Lena.

Después a su tío.

—¿Qué pasa?

Logan se agachó.

—Te quedas.

Leo frunció el ceño, sin poder creer lo que estaba escuchando:

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Contigo?

—Conmigo.

El niño permaneció en silencio unos segundos y después se lanzó contra él.

Logan lo abrazó con tanta fuerza que casi perdió el equilibrio.

Lena se llevó una mano al pecho de la emoción y Leo hundió la cara en el cuello de su tío.

—Yo sabía que me iba a quedar.

Y la voz de Leo le salió amortiguada.

Logan cerró los ojos despacio y mascolló:

—Yo también.

Era mentira.

Lena lo sabía.

Había estado temiendo que le quitaran a su sobrino hasta el último segundo de la conversación con Margaret.

Pero en aquel momento daba igual.

Leo se separó y corrió hacia ella.

—¡Me quedo, Lena!

—¡Te quedas!

La abrazó con mucha fuerza. Logan se puso en pie y trató de disimular que tenía los ojos enrojecidos.

—Tenemos que celebrarlo —dijo Leo.

—Por supuesto —repuso Logan.

—¡En Belinda's Corner! —sugirió el niño, feliz.

Lena sonrió y soltó, tan eufórica como ellos:

—¿Dónde si no?

—Quiero hamburguesa.

—Qué sorpresa —murmuró Logan.

—Y batido.

—Eso tendrás que negociarlo con tu tío —comentó Lena, divertida.

Leo miró a Logan al momento y preguntó, poniendo cara de gorrión asustado:

—¿Puedo?

—Puedes pedir lo que quieras.

—¿También tarta?

—También.

Lena lo miró y le advirtió a Logan...

—No te emociones demasiado, que va a acabar poniéndose malo.

—Hoy hay que emocionarse...

Leo salió corriendo hacia su habitación para cambiarse.

Lena se quedó junto a Logan. Lo miró y susurró, feliz:

—Se queda.

—Se queda.

Logan soltó una risa breve y después la abrazó, no como parte de ninguna actuación.

La abrazó de corazón. La estrechó contra él y enterró la cara en su pelo.

—Gracias.

Lena apoyó la mejilla sobre su pecho.

—No he hecho nada.

—Has hecho todo —reconoció Logan con la voz tomada por la emoción.

—Has sido tú.

—No.

Logan se separó lo justo para mirarla y afirmó agradecido:

—Sin ti no habría conseguido esto.

Lena sintió que el corazón le golpeaba demasiado deprisa.

—Logan...

—No sé cómo voy a devolvértelo.

Ella intentó sonreír.

—Ya me has pagado la carrera y reformado la casa de mi madre.
Creo que estamos en paz.

—No hablo de dinero.

Lena dejó de sonreír.

Él tampoco añadió nada.

Desde el pasillo llegó la voz de Leo:

—¡Voy a pedir dos postres!

Logan cerró los ojos.

Lena soltó una carcajada y le advirtió:

—Ese es tu problema ahora.

—Uno de muchos.

—Pero el más importante ya está resuelto.

Logan la miró y replicó sin poder creerlo aún:

—Sí.

Y justo entonces Lena supo que había llegado el momento de empezar a preguntarse cuál era su lugar en aquella casa ahora que ya no la necesitaban.

Capítulo 20

Belinda's Corner estaba lleno cuando llegaron, pero Belinda los condujo directamente a la mesa junto a la ventana.

—Esta mesa estaba reservada —anunció.

—¿Para quién? —preguntó Lena.

—Para vosotros.

—No sabías que veníamos.

—Siempre está reservada para mis clientes más especiales.

—¡Eso me pirra! —exclamó Leo, dando saltitos.

Belinda abrazó a Leo y, feliz de tenerlos allí, le cuchicheó:

—Me han dicho que tenemos algo que celebrar.

—¡Me quedo con mi tío!

La mujer sonrió.

—Ya lo sabía —habló Belinda, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo?

—Porque soy muy lista.

—Se lo he dicho en cuanto me he enterado —aclaró Lena.

—No estropees mi misterio.

Leo se sentó, Logan ocupó su sitio habitual, Lena se sentó frente a él y durante la siguiente hora comieron, rieron y hablaron de planes.

Leo quería visitar Canadá, pero solo durante las vacaciones.

También quería ir a Florida a ver un lanzamiento espacial.

Y viajar a Japón.

Y comprar un perro.

—Lo del perro no tiene nada que ver con la custodia —señaló Logan.

—Ahora puedes decirme que sí.

—Puedo decirte muchas cosas.

—Di que sí.

—No.

—Entonces empieza mal tu etapa como tutor.

Belinda les llevó una tarta con una vela en el centro.

—No es el cumpleaños de nadie —dijo Leo extrañado.

—Es una tradición de mi cafetería cuando hay algo que celebrar. Ponemos una tarta y soplamos para pedir un deseo.

—¿Más deseos? ¡Mi deseo era quedarme con mi tío! Pero... ¡es verdad! ¡Ahora tengo otro!

—Es lo que pasa siempre cuando se consigue algo. ¡De pronto deseas algo más! Así que a soplar...

Leo insistió en que debían soplarla los tres.

Y lo hicieron.

Logan miró a Lena al otro lado de la llama y ella deseó algo que no tenía derecho a pedir: que aquello no terminara.

Cuando Leo y Logan discutieron sobre si podían pedir otro postre, Belinda hizo un gesto a Lena desde la barra.

Ella se levantó.

—Voy a ayudarla un momento.

—Este mes no trabajas aquí —le recordó Leo.

—Sigo sabiendo llevar platos.

Belinda la condujo hacia la parte trasera y le preguntó, incapaz de soportar la intriga:

—¿Y ahora qué?

Lena fingió no entender.

—¿Ahora qué de qué?

—No me hagas perder el tiempo. Mira cómo tengo la cafetería y mi mejor empleada está de vacaciones.

—Vamos a celebrar que Leo se queda.

—Eso ya lo veo.

Belinda cruzó los brazos y soltó sin demorarlo más:

—¿Qué va a pasar contigo?

Lena miró hacia la mesa. Logan estaba escuchando algo que decía Leo. Sonreía. Parecía feliz. Más feliz que nunca.

—Dentro de dos días termina el acuerdo —musitó Lena, encogiéndose de hombros.

—¿Y?

—Volveré a casa.

—¿A hacer qué? —inquirió Belinda, que arqueó una ceja.

Lena la miró y respondió como si aquello fuera de lo más obvio:

—A mi vida.

Belinda negó lentamente con la cabeza.

—Esa ya no es tu vida.

—¡Claro que sí! —exclamó Lena, segura.

—No.

—Belinda...

—Tu vida está ahí.

Señaló la mesa y luego añadió, porque para ella no había lugar a dudas:

—Con ellos.

Lena bajó la voz.

—Todo empezó como un trato.

—Y dejó de serlo hace semanas.

—No para Logan.

Belinda soltó una carcajada sin humor.

—Duermes con él.

Lena se quedó rígida y preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Cómo sabes eso?

—Leo.

—¡Voy a matar a ese niño!

—No ha dado detalles. Ha sido en cuanto le he visto. Y solo ha dicho que Logan ya no duerme en el sofá porque le dolía la espalda.

Lena cerró los ojos.

—Maravilloso, mi pequeño bocachanca.

—¿Estás enamorada?

Lena resopló y no respondió. Pero Belinda esperó.

Lena miró otra vez hacia Logan y pensó que no tenía sentido engañar a Belinda.

—Sí.

La palabra apenas fue un susurro.

—Muchísimo —añadió Lena, porque era la pura verdad.

—Entonces díselo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque él no siente lo mismo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Belinda, sin dejar de mirar a Logan.

—Porque no me lo ha dicho.

Belinda chasqueó la lengua y replicó mordaz:

—¿Ese es tu gran argumento jurídico?

—No te burles.

—Estudias Derecho, Lena. Deberías saber que la ausencia de declaración no demuestra la inexistencia de un hecho.

—No estoy en clase.

—Pues deberías estarlo.

Lena suspiró y explicó con la voz quebrada por un instante:

—Logan está centrado en Leo. Esto empezó para conseguir su custodia. Margaret ya ha recomendado que Leo se quede con él. Yo ya no hago falta.

—Eso es mentira.

—No lo es.

—Míralo.

Lena no quiso, pero lo hizo. Logan estaba observándola desde la mesa. Y, en cuanto sus miradas se encontraron, sonrió.

—Ese hombre te mira como si fueras lo único que hay en el local —dijo Belinda.

—Siempre vigila todo.

—No te vigila.

Lena volvió la mirada hacia ella.

—¿Y si se lo digo y no siente lo mismo?

—Te dolerá.

—Gran consejo. ¡Gracias, Belinda!

—Pero te dolerá más irte sin saberlo.

Belinda le apretó la mano y añadió para que su amiga abriera los ojos:

—Sois una familia. Lo siento, pero esa familia ya existe. Solo tenéis que dejar de fingir que no.

Lena tragó saliva, luchó con todas sus fuerzas para no llorar y luego volvió con los chicos.

Se sentó con ellos, disfrutó de lo que quedaba de celebración y se rio con las bromas de Leo.

Fingió como si aquello no fuera acabarse en dos días.

Y lo hizo de maravilla.

Aquella noche, Leo se durmió abrazado a la pequeña maqueta de un cohete que Logan le había comprado camino de casa.

Lena entró en el dormitorio.

Logan ya estaba allí.

Se había quitado la camisa y estaba de pie junto a la ventana.

—Está dormido —dijo ella.

—Ha tardado veintisiete segundos.

—Ha sido un día largo.

—Sí.

Lena cerró la puerta.

Durante unos segundos se quedaron mirándose.

Había tantas cosas que decir que ninguna parecía posible.

Logan se acercó.

La besó.

Lena respondió sin pensar.

Sin medir.

Sin protegerse.

Después acabaron en la cama como tantas noches anteriores, pero aquella vez todo fue distinto.

Más lento.

Más íntimo.

Como si los dos supieran que estaban acercándose a un lugar del que ya no podrían regresar.

Él la besó con pasión y la cogió en brazos. Ella le rodeó el cuerpo con las piernas.

Y así siguieron besándose, mientras él la llevaba contra la pared.

Se frotaron el uno contra el otro y cuando no pudieron más, Logan la dejó sobre la cama.

Buscó el preservativo, se lo puso y se tumbó sobre ella.

Lena tensó el cuerpo entero al recibirlo y ahogó el grito.

Se besaron nuevamente y después se quedaron mirándose ya fundidos.

Lena sintió cómo el corazón se le desbocaba y cómo lo que estaba sintiendo era tan grande que no podía controlarlo.

Logan empezó a hacérselo y ella tuvo que contener las lágrimas de solo pensar que ya no habría muchas más noches como esas.

—¿Va todo bien, preciosa? —preguntó él.

Lena mintió. Y siguieron haciéndolo, hasta que Logan la cogió de nuevo en volandas y de pie la llevó otra vez contra la pared.

Él entonces fue duro. Y ella lo prefirió, la penetró con una fuerza y una contundencia que ella agradeció porque así le iba a ser más fácil.

Era solo sexo.

Dos follando como salvajes.

O al menos eso fue lo que se repitió, aunque no fuera cierto.

Porque solo tenía que mirarlo para sentir que Logan era el hombre del que estaba enamorada.

Y así estuvieron hasta que Lena no pudo más y estalló de placer casi al mismo tiempo que Logan, que se corrió susurrando en su oído:

—Lena... Yo...

—¿Qué? —replicó Lena, esperando que le dijera que estaba sintiendo lo mismo que ella.

Pero Logan lo que respondió fue:

—Ha sido increíble.

Y la llevó a la cama.

Después, Lena permaneció tumbada junto a él, con la cabeza sobre su pecho.

Logan dibujaba círculos distraídos sobre su espalda.

El dormitorio estaba en silencio.

—Logan —dijo ella al fin.

—¿Sí?

Lena cerró los ojos.

Podía marcharse sin decirlo.

Podía esperar los dos días que quedaban, guardar sus cosas y fingir que aquello solo había sido parte del acuerdo.

Pero no podía.

Belinda tenía razón, era mejor arriesgar y perder que quedarse con eso dentro.

Y fue valiente.

Aunque le costó muchísimo.

Pero lo hizo. Y no se avergonzaba. Su madre decía que quien actuaba con el corazón nunca tenía que avergonzarse.

Y ella estaba a punto de hacerlo.

Tomó aire, lo miró y, estremecida entera, confesó:

—Te quiero.

La mano de Logan se detuvo.

Lena no dejó de mirarlo y él seguía mirando al techo.

—Eh... —murmuró Logan, sin atreverse a mirarla.

—Me he enamorado de ti —continuó—. No sé exactamente cuándo ocurrió, pero ha ocurrido.

Logan cerró los ojos. No dijo nada. Y aquel silencio respondió antes que él.

Lena se apartó un poco.

—Di algo, por Dios.

Él respiró profundamente.

—Ojalá me lo hubieras dicho dentro de un año.

Lena esperó. Él no añadió nada. Entonces ella preguntó:

—¿Qué significa eso, demonios?

Logan se incorporó y apoyó la espalda contra el cabecero.

—Que ahora mismo no puedo.

—¿No puedes qué?

—Esto.

La palabra la golpeó más que si la hubieran azotado.

—Creía que ya lo estábamos haciendo, que de alguna manera éramos...

—¿Éramos qué? ¿Dos que duermen juntos?

Lena se mordió el labio, dolida, y masculló:

—¡Somos más que eso! ¡Maldita sea!

Logan se pasó una mano por el pelo y no le quedó más remedio que admitir:

—Siento cosas por ti.

—Pero... —replicó Lena, porque era obvio que aquello tenía un pero.

—No estoy preparado.

Lena sostuvo su mirada y le preguntó desafiándole:

—¿Para qué?

—Para una relación real.

—¿Por qué?

—Porque llevo seis meses intentando mantenerme en pie por Leo. Pensando en Alexia. En George. En todo lo que podría haber hecho de otra manera.

—Tú no provocaste el accidente.

—Claro que no.

—¿Lo sabes de verdad?

Logan bajó la mirada.

—No importa.

—Claro que importa.

—Lena...

—No puedes negarte a ser feliz porque ellos murieron —dijo Lena, con un par de lágrimas deslizándose por las mejillas.

—No estoy diciendo eso.

—Entonces ¿qué estás diciendo?

Él apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—Que ahora que por fin sé que Leo se queda, necesito concentrarme en él. En hacerlo bien. En aprender a ser el tutor que necesita.

—Yo no te lo impediría.

—Eres una chica maravillosa. ¿Cómo lo vas a impedir? ¡Al revés!

—Entonces no entiendo.

Logan levantó la cabeza, parecía agotado y confesó:

—Yo tampoco me entiendo.

Lena tragó saliva.

—¿Me quieres?

Él tardó demasiado en responder y encima lo que dijo fue:

—No sé qué me pasa, Lena. Solo sé que ahora mismo no puedo darte lo que me estás pidiendo.

Esa era la respuesta, los dos lo sabían, cualquiera lo habría sabido.

Lena apartó la sábana con una pena tremenda y murmuró:

—De acuerdo.

—¿Qué haces?

—Vestirme.

—Lena.

Ella salió de la cama. Recogió la ropa del suelo y empezó a ponérsela. Las manos le temblaban, pero no iba a llorar delante de él. Ya no.

—No tienes que irte —le pidió él, agobiado.

—Sí.

—Quedan dos días.

—No puedo quedarme dos días más.

—¿Por qué?

Lena se volvió y le dijo con todo el coraje del mundo:

—Porque te quiero.

Logan cerró los ojos.

—Ya me lo has dicho. Y lo sé.

—No. No lo sabes.

Se abrochó la blusa y replicó con la verdad en la mano:

—Si me quedo, mañana desayunaré contigo. Iremos con Leo a algún sitio. Nos reiremos. Volverás a besarme. Dormiremos en esta cama y yo voy a seguir imaginando que esto puede durar.

—No quiero hacerte daño.

—Entonces déjame ir.

Logan salió de la cama.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es.

—Siento cosas por ti —volvió a reconocer Logan.

—Pero no las suficientes.

Él apretó la mandíbula y negó con la cabeza:

—No he dicho eso.

—Tampoco has dicho lo contrario.

Lena recogió sus zapatos y soltó sin disimular su tristeza:

—Te entiendo.

—No.

Logan se acercó y musitó con un nudo en la garganta:

—No lo entiendes porque yo tampoco me entiendo.

La voz se le quebró ligeramente.

Lena lo miró. Durante un segundo quiso abrazarlo. Decirle que podía esperar. Que no importaba. Que se quedaría allí hasta que él estuviera preparado.

Pero ella no podía hacerse eso a sí misma. Ya no. Así que respondió haciendo acopio de toda la dignidad que pudo:

—Precisamente por eso tengo que marcharme.

—Lena...

—No voy a obligarte a enamorarte de mí.

—Nunca he dicho que...

—Y tampoco voy a quedarme esperando a que un día decidas si puedes hacerlo.

Logan guardó silencio.

Lena terminó de calzarse.

—¿Vas a irte ahora?

—Sí.

—Es de madrugada.

—Pediré un taxi.

—Te llevaré.

—No.

—No vas a marcharte sola.

—Puedo cuidarme. No te preocupes... Ya he hecho más veces esto... Marcharme de un lugar donde me he sentido como en casa...

—Lena... Mi intención no es...

—Para, por favor. No intentes convertir esto en otra cosa que puedas controlar.

La frase lo detuvo.

Lena tomó el bolso.

Cuando llegó a la puerta, Logan habló.

—¿Vas a despedirte de Leo?

Lena cerró los ojos, porque aquello era lo peor.

—No quiero despertarlo —respondió Lena.

—Mañana preguntará por ti.

—Dile que he vuelto a casa.

—No basta.

—Es la verdad —afirmó Lena.

—No toda.

Lena se volvió una última vez.

Logan permanecía junto a la cama, descalzo, con el pecho desnudo y una expresión que ella no le había visto nunca.

Parecía perdido.

—Gracias por este mes —dijo.

Él negó lentamente con la cabeza.

—No hagas que suene como una despedida.

Lena sintió que finalmente se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Lo es.

Abrió la puerta.

Salió.

No miró atrás.

Logan no la siguió.

Y cuando las puertas del ascensor se cerraron, Lena comprendió que Belinda tenía razón.

Su antigua vida ya no existía.

El problema era que la nueva tampoco le pertenecía.

Y Logan, por su parte, permaneció quieto en mitad de la habitación.

Escuchó el sonido lejano del ascensor.

Después, nada.

La cama estaba deshecha.

La ropa de Lena seguía en parte dentro del vestidor.

Su libro descansaba sobre la mesilla.

Había un vaso junto a la ventana.

Y, aun así, la habitación parecía completamente vacía.

Logan se sentó en el borde del colchón. Todavía podía sentir el calor de ella sobre las sábanas.

Era jodido. Muy jodido.

Y no podía ni creerlo.

Había conseguido la custodia de Leo. Había ganado la batalla más importante de su vida. Y, por primera vez desde que Margaret Hill le había comunicado su decisión, no sintió ninguna alegría.

Solo la certeza brutal de que acababa de dejar marchar a la mujer que había convertido aquel ático en un hogar...

Capítulo 21

Una semana.

Habían pasado siete días desde que Lena se había marchado y Logan seguía despertándose cada mañana con la absurda sensación de que ella continuaba a su lado.

Después abría los ojos.

Y no estaba.

La cama volvía a ser demasiado grande.

El dormitorio, demasiado silencioso.

El vestidor conservaba algunos huecos vacíos entre sus trajes, aunque Lena había vuelto una mañana cuando ellos no estaban y se había llevado casi toda su ropa. En la mesilla aún permanecía uno de sus bolígrafos y, junto a la ventana, había un vaso que Logan no había permitido que nadie retirara.

Era ridículo.

Durante semanas había protestado porque Lena dejaba vasos en cualquier sitio.

Ahora aquel era lo único que no quería que nadie moviera.

La casa también había cambiado. O tal vez no.

Quizá había vuelto a ser lo que siempre fue.

Ordenada.

Impecable.

Silenciosa.

Horrible.

Marta preparaba el desayuno y la cena. El servicio de limpieza mantenía cada habitación perfecta. La señora Wolf cuidaba de Leo durante su horario y se marchaba puntual todas las tardes.

Todo funcionaba.

Y nada estaba bien.

Logan había regresado al trabajo con la intención de enterrarse bajo reuniones, informes y operaciones que no le permitieran pensar.

No había funcionado.

Se quedaba mirando los planos sin comprenderlos. Contestaba de mala manera. Paul había empezado a entrar en su despacho con la prudencia de quien se aproxima a un animal herido.

Incluso había perdido una negociación.

No una importante.

Pero la había perdido.

Y Logan Cole no perdía negociaciones.

Aquella mañana estaba sentado frente a Leo en la mesa de la cocina.

El niño removía los cereales sin comérselos.

Logan llevaba varios minutos mirando una taza de café que ya se había enfriado.

Ninguno hablaba.

La cocina permanecía demasiado limpia. No había tres tipos de yogures abiertos. Ni una chaqueta de Lena sobre una silla. Ni apuntes de Derecho ocupando media encimera. Ni nadie diciéndole que dejara el teléfono boca abajo. Logan ni siquiera había llevado el teléfono a la mesa. Ya no hacía falta que Lena se lo recordara.

—Me dijiste que no hablara de Lena.

Logan levantó la vista y Leo seguía mirando el cuenco.

—No dije exactamente eso —aclaró Logan.

—Sí.

—Dije que necesitaba un poco de tiempo.

—Ha pasado una semana —le recordó el niño.

Logan apretó los labios y pensó que para él era como si hubiera pasado un año entero.

—Ya.

Leo dejó la cuchara.

—Tengo que hablar de ella.

—¿De qué quieres hablar?

El niño levantó por fin la cabeza.

—De cuándo vas a ir a buscarla.

Logan sintió una punzada en el pecho.

—Leo...

—¿Cuándo? —insistió Leo con un tono que prácticamente le exigía que fuera de inmediato.

—Es complicado.

—No.

—Hay cosas que todavía no entiendes.

—Siempre dices eso cuando no sabes qué decir —replicó Leo, tras meterse una cuchara de cereales en la boca.

Logan lo miró y Leo cruzó los brazos.

—La echas de menos —murmuró Logan.

—Sí —asintió el niño, triste.

Logan decidió ser sincero también. No tenía sentido mentirle.

—Yo también.

—¡Pues claro!

—Pero no es solo eso.

—¡Por supuesto que no! —El niño miró alrededor y añadió—: Esto es un rollazo sin ella.

Logan casi sonrió. Casi. Y preguntó con un nudo en la garganta:

—¿El ático?

—Todo, tío, todo.

—Ya.

Leo señaló la mesa y le siguió explicando a su tío:

—El desayuno es aburrido. La piscina es aburrida. Tú estás siempre de mal humor. La señora Wolf tampoco se ríe tanto. Marta dice que nadie se come los postres.

—Eso no es culpa de Lena.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque antes los comíamos con ella.

Logan bajó la mirada hacia el café y Leo continuó:

—Tú sabes que estábamos mejor cuando estaba aquí.

—No te lo voy a negar.

—Entonces ve a buscarla —replicó el niño, señalando la puerta.

—No puedo.

—¿Por qué?

Logan no respondió. ¿Cómo podía explicarle a un niño de nueve años que había tenido delante exactamente aquello que llevaba toda la vida sin saber que necesitaba y, en cuanto lo tuvo, se asustó?

¿Cómo podía decirle que Lena le había ofrecido su amor y él había sido incapaz de cogerlo?

—Le hice daño —admitió.

Leo frunció el ceño y replicó, como si la solución fuera obvia:

—Pues pídele perdón.
—Quizá no quiera verme.
—¡Claro que quiere! —saltó Leo.
—No puedes saberlo.
—Sí puedo.
—¿Cómo?
—Porque me quiere.

La respuesta fue inmediata y segura. Después, Leo volvió a coger la cuchara y le aseguró a su tío:

—Y también te quiere a ti, aunque seas bastante tonto.

Logan arqueó una ceja.

—Gracias.

—Es verdad.

—No tienes que ser tan sincero a primera hora.

—Tú me dijiste que no mintiera.

—Ese consejo empieza a volverse contra mí.

Leo volvió a remover los cereales.

—¿La quieres?

La pregunta lo dejó petrificado y solo pudo murmurar:

—Leo...

—Solo tienes que decir sí o no.

Logan miró a su sobrino.

El niño llevaba una semana más callado. Más serio. Había dejado de proponer planes. Ya no preguntaba cuándo volvería Lena porque, después de los primeros dos días, Logan le había pedido que le diera tiempo.

Y Leo se lo había dado.

Hasta aquella mañana.

—Sí —respondió finalmente—. La quiero.

El niño asintió, como si acabara de confirmar algo que sabía desde hacía mucho tiempo.

—Pues ya está.

—No, no está.

—¿Qué falta?

Logan abrió la boca.

No encontró nada.

Leo apartó el cuenco.

—Ve a por ella.

En ese momento apareció la señora Wolf en la cocina.

Llevaba el bolso colgado del hombro y una lista doblada entre las manos.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Logan.

La mujer miró alternativamente a los dos.

No hizo ninguna pregunta.

Como siempre.

—Leo y yo tenemos que comprar algunas cosas para la vuelta al colegio —explicó—. Zapatos, cuadernos y la mochila nueva.

—Mi mochila todavía sirve —protestó el niño.

—Tiene una cremallera rota.

—Solo un poco.

—Y una mancha de pintura que no ha salido.

Leo miró a Logan.

—La del grafiti.

—Ya lo sé.

La señora Wolf recogió el cuenco.

—¿Estás preparado?

—Sí.

Leo se bajó de la silla.

Antes de marcharse, se acercó a Logan y le dijo con una mirada cómplice:

—Piénsalo.

—Eso hago.

El niño negó con la cabeza.

—Ese es el problema.

Logan lo observó salir de la cocina.

La señora Wolf se detuvo junto a la puerta.

—Señor Cole.

—¿Sí?

La niñera parecía debatirse entre hablar o respetar la discreción que la caracterizaba.

Finalmente habló:

—Leo no es el único que la echa de menos.

Logan sostuvo su mirada y solo pudo farfullar:

—¿Usted también?

—Sí. ¿Y quién no?

Eso fue todo.

La mujer se marchó.

Unos segundos después, las puertas del ascensor se cerraron y Logan se quedó solo.

Salió a la terraza.

El calor de finales de agosto empezaba a notarse desde primera hora, pero allí arriba corría una brisa ligera.

Logan avanzó hacia la piscina.

No había bajado demasiado durante aquella semana.

La primera vez que lo hizo, se encontró mirando el agua y esperando que Lena apareciera detrás de él para empujarlo.

No apareció.

El grafiti ocupaba la pared del fondo.

Los planetas.

Las estrellas.

El dinosaurio astronauta.

Saturno, que Logan había terminado bajo la supervisión de Leo.

Y, en uno de los extremos, un pequeño corazón que Lena había dibujado casi al final.

No formaba parte del diseño.

Leo había dicho que se parecía al tatuaje que Lena tenía en la mano.

Ella se había reído y había añadido una pequeña estrella junto a él.

Logan se acercó.

Pasó los dedos por la pintura seca.

Recordó aquella tarde.

La gorra hacia atrás.

La mancha azul en su cara.

La risa de Lena.

El modo en que lo había mirado cuando él le limpió la mejilla.

Recordó sus besos.

Sus manos.

Su cuerpo en la cama.

Su voz diciéndole que lo quería.

Y a sí mismo respondiendo que no podía.

Un nudo brutal le apretó el estómago.

Había sido un cobarde.

Lena le había ofrecido algo real y él se había refugiado detrás de Leo, de su hermana, del duelo y de una supuesta falta de tiempo.

Como si amar a Lena fuera a quitarle algo a su sobrino.

Como si no hubiera visto, durante todo aquel mes, que ocurría exactamente lo contrario.

Con ella, Leo era más feliz.

Él era más feliz.

La casa estaba viva.

El teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo.

Logan lo sacó.

Era su madre.

Dejó que sonara. No tenía ganas de hablar. Y la llamada terminó.

O eso creyó, porque volvió a empezar a sonar inmediatamente. Y aceptó la llamada.

—Mamá —respondió al fin.

—Buenos días a ti también.

—Tengo prisa.

—Es sábado.

Logan miró la hora.

Había perdido completamente la noción de los días.

—Tengo trabajo.

—Claro.

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estáis.

—Bien.

Su madre guardó silencio.

—Logan.

—¿Qué?

—No sabes mentir.

—Dirijo una empresa. Sé mentir perfectamente.

—A mí no.

Logan volvió a mirar el corazón del mural.

—Leo está bien.

—No te he preguntado únicamente por Leo.

—Yo también estoy bien.

—Otra mentira.

—Mamá...

—¿Sabes algo de Lena?

Apretó el teléfono.

—No.

—¿No la has llamado?

—No.

—¿Y a qué esperas?

—Se fue.

—¡Ya sé que se fue!

—Entonces no entiendo la pregunta.

—Quiero saber cuándo vas a ir a buscarla.

Logan soltó una risa sin humor, porque ya no podía más:

—Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo esta mañana.

—¿Leo también te lo ha dicho?

—Sí.

—Ese niño es más sensato que tú.

—Gracias.

—Logan, tienes que hacer algo.

—No puedo —zanjó seco, para que terminaran con aquello de una vez.

—¿Por qué?

Él guardó silencio.

Su madre esperó.

No lo presionó.

Y aquello fue peor porque se vio soltando la verdad:

—Porque no estoy preparado —dijo finalmente.

—¿Para amar a alguien?

—Para empezar una relación.

—No es lo mismo —aseguró la madre.

—Ahora mi vida es Leo.

—Leo es parte de tu vida. No toda tu vida.

—Me necesita.

—Claro que te necesita.

La voz de su madre se suavizó para decirle otra verdad de esas que Logan necesitaba escuchar:

—Pero no necesita que te conviertas en un hombre incapaz de ser feliz por él.

Logan cerró los ojos.

—No sabes lo que siento.

—No, hijo. Sé exactamente lo que sientes.

La frase lo hizo abrirlos.

—He perdido a mi hija.

Hubo una pausa.

—Alexia era mi vida. Mi niña. Y no existe un solo día en el que no me despierte deseando que todo hubiera sido una pesadilla.

Logan apoyó una mano sobre el muro.

—Mamá...

—Déjame terminar.

La voz le temblaba, pero no se quebró.

—El dolor no desaparece. No se vuelve pequeño. Aprendes a vivir alrededor de él. Aprendes a levantarte, aunque siga ahí.

Logan bajó la cabeza, pero su madre prosiguió:

—Alexia era luz. Era alegría. Era una mujer que llenaba cualquier habitación en la que entraba. ¿De verdad crees que querría vernos sobreviviendo a medias para demostrar cuánto la queríamos?

Él ni abrió la boca. Su madre continuó por él:

—No querría un hermano sobreviviendo, Logan. Querría un hermano viviendo.

El nudo de su estómago subió hasta la garganta.

—Me parece que eres un hombre que, después de perder a su hermana, ha aprendido a sobrevivir —continuó su madre—, pero todavía no ha aprendido a permitirse volver a ser feliz.

Logan se sentó en el borde de una tumbona, con los ojos vidriosos.

—No sé cómo hacerlo.

—Empieza por dejar de huir.
—Lena debe de odiarme.
—Probablemente está herida.
—Me dijo que me quería y yo no tuve el valor de estar a su altura.
—Entonces díselo.
—¿Qué? —masculló Logan, más perdido que nunca.
—La verdad.

Logan miró el mural.

—El ático sin ella es horrible.
—Lo imagino.
—Está vacío.

—Entonces imagina cómo debe de sentirse ella.

Cerró los ojos y dejó hablar a su corazón:

—Me ha dejado un hueco en todas partes. En la casa. En la cama.

En...

No terminó.

Su madre sí.

—En el corazón.

Logan soltó el aire y admitió, haciendo esfuerzos por no romperse:

—Sí.

—Habla con ella desde ahí.

—¿Y si no quiere perdonarme? —inquirió Logan, con una ansiedad tremenda de solo pensar que aquello podría suceder.

—Tendrás que respetarlo.

Aquello era lo único que nadie parecía decirle.

No podía presentarse y asumir que Lena volvería porque él finalmente había comprendido algo que ella ya sabía.

—Pero no dejes pasar otro día sin intentarlo —añadió su madre—.

Alexia y George ya no pueden decirnos todas las cosas que se quedaron sin decir. Tú todavía puedes.

Logan tragó saliva.

—¿Crees que Alexia estaría orgullosa de mí?

—Creo que estaría furiosa porque has dejado marchar a Lena.

A pesar de todo, Logan sonrió. Porque su madre tenía razón. Su hermana le habría montado un pollo tremendo.

—Eso también.

—Y después te obligaría a ir a buscarla.

—Sí.

—Pues haz caso a tu hermana.

El timbre del ático sonó.

Logan miró hacia el interior y le dijo a su madre agradecido por la conversación que habían tenido:

—Tengo que dejarte.

—¿Vas a ir?

Él se quedó callado.

—Logan.

—Voy a pensarlo.

—No pienses demasiado.

Colgó.

El timbre volvió a sonar.

Edward Whitmore esperaba al otro lado de la puerta.

Logan lo miró sorprendido.

—¿Qué haces aquí?

—Buenos días a ti también.

—Leo no está.

—Lo sé.

Edward llevaba un traje gris claro, aunque aquella vez no parecía preparado para una reunión. Tenía el rostro más cansado de lo habitual.

—Pensaba verlo esta tarde —explicó—. Fred, mi viejo amigo, se ha puesto enfermo y he venido a visitarlo. He decidido pasar antes por aquí.

Logan se hizo a un lado y le pidió con un gesto de la cabeza:

—Pasa.

Edward entró, miró alrededor y después lo miró a él.

—Tienes un aspecto espantoso, Logan Cole.

—Gracias —murmuró Logan.

—No era un insulto.

—Lo parecía.

—¿Has dormido? —preguntó Edward, entornando la mirada.

—Algo.

—Mientes peor que tu sobrino.

Logan cerró la puerta.

—¿Querías algo?

—Hablar contigo.

—¿De Leo?

—También.

Edward se dirigió al salón y Logan lo siguió.

El hombre se sentó en uno de los sillones y contempló la estancia.

—La casa está distinta.

—Está igual.

—Tú sabes que no.

Logan permaneció de pie. Edward señaló el sofá de enfrente.

—Siéntate. Me pones nervioso.

—No sabía que eso fuera posible.

—A mí también me sorprende.

Logan se sentó, bufó y le preguntó entre dientes:

—¿Qué ocurre?

Edward entrelazó las manos y respondió:

—Leo me ha llamado varias veces esta semana...

Capítulo 22

A Logan no le sorprendió para nada la llamada de su sobrino y replicó:

—Habla con todo el mundo.

—Eso parece.

—¿Qué te ha contado? —quiso saber Logan.

—Que Lena se ha marchado.

Logan apretó la mandíbula y no le quedó más remedio que confirmarlo:

—Sí.

—Y que tú estás fatal.

—No estoy fatal —se apresuró a negar Logan.

Edward lo observó de arriba abajo y dictó sentencia:

—Tienes barba de varios días, la camisa arrugada y parecen haberte golpeado.

—No me han golpeado.

—Una pena. Quizá habría sido útil.

Logan lo miró molesto y Edward casi sonrió.

—El niño está preocupado —le contó.

—Se le pasará.

—¿A él o a ti? —replicó Edward, mordaz.

No respondió. No podía hacerlo. No tenía ni fuerzas.

Edward recorrió otra vez el salón con la mirada y comentó:

—La ausencia de esa joven se nota mucho.

—Bueno...

—El ático ha vuelto a parecer un museo.

Logan soltó una risa breve.

—No sabía que te hubiera gustado el cambio.

—Yo tampoco.

—La juzgaste desde que la viste.

—Hice mal —reconoció Edward, bajando la mirada.

Aquel reconocimiento lo sorprendió, porque parecía sincero.

Edward se acomodó en el sillón y le contó con la mirada empañada:

—Me recordó a alguien.

—¿A quién?

—A Dora.

Logan esperó un instante y luego repuso:

—No sé quién es.

—Mi madrastra.

—No sabía que tuvieras una.

—Mi madre murió cuando yo era pequeño.

La voz de Edward cambió, perdió parte de su dureza y prosiguió:

—Mi padre se casó de nuevo un tiempo después. Dora era todo lo contrario a él.

—¿En qué sentido?

Edward pareció recordar algo que llevaba muchos años guardado.

—Mi padre era rígido. Estricto. Todo tenía una hora, una norma y una manera correcta de hacerse. Dora era...

Buscó la palabra.

—Una campanilla.

Logan alzó las cejas.

—¿Una campanilla?

—Divertida. Ruidosa. Caótica. Se reía demasiado alto. Cantaba mientras cocinaba y jamás encontraba las llaves.

—No parece el tipo de mujer que habrías elegido para criarte.

—No la elegí.

Edward bajó la mirada hacia sus manos.

—Pero gracias a ella mi mundo no fue gris.

Logan se quedó rígido, porque entendió bien de lo que estaba hablando:

—Mi padre me proporcionó educación, disciplina y todas las oportunidades que el dinero podía comprar. Dora me enseñó a disfrutar de ellas.

Una sonrisa pequeña apareció en su rostro y siguió rememorando:

—Me llevaba a saltar sobre charcos, aunque después mi padre se enfadara por cómo quedaban los zapatos. Me dejaba comer postre antes de la cena. Me enseñó a montar a caballo y a reírme de mí mismo.

—No parece que esa última lección funcionara demasiado.

Edward lo miró, asintió y replicó con ironía:

—Nunca he dicho que fuera un alumno perfecto.

Logan sonrió por primera vez en días.

—La quise como a una madre —continuó Edward—. Y siempre le estaré agradecido por haberme dado una infancia feliz después de perder a la mía.

Miró hacia el pasillo y, con la voz tomada por la emoción, admitió:

—Creo que Lena es la Dora de Leo.

La frase golpeó a Logan en pleno pecho.

No respondió.

No pudo.

Edward mantuvo la mirada y le pidió con una sinceridad que Logan no le había visto nunca:

—No le quites a mi nieto la oportunidad de tener una Dora en su vida.

Logan se pasó una mano por la cara.

—Lena se ha ido porque yo la dejé ir.

—Entonces ve a buscarla.

—No es tan fácil.

—¿De verdad que Logan Cole se arredra ante un reto difícil?

—Mi vida ahora es Leo.

Edward se inclinó hacia delante y habló para que lo entendiera:

—Ya no sois solo dos, Logan.

—¿Qué?

—Sois tres.

El silencio se instaló entre ambos.

—Y vas a hacerlo fatal si sacas a Lena de la ecuación —añadió Edward—. Sin ella es cuando vas a mandarlo todo al garete.

Logan lo miró y Edward se encogió de hombros:

—Aunque ya sabes que yo estaría encantado de quedarme con Leo.

Logan soltó una carcajada inesperada.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

—Aparte de por Fred, al que deseo pronta mejoría: ¿has venido desde Canadá para decirme que recupere a mi novia?

—He venido porque mi nieto está preocupado por ti y porque yo no supe hacer algo parecido cuando todavía podía.

La sonrisa desapareció en los labios de Edward.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Logan, arrugando el ceño.

Edward respiró profundamente.

—Nunca le dije a George que lo quería.

Logan permaneció callado y Edward siguió hablando:

—Ni una sola vez.

—Edward...

—Lo daba por supuesto. Creía que él lo sabía. Pagaba sus estudios, lo ayudaba cuando lo necesitaba, estaba orgulloso de sus logros. Para mí, eso era demostrarlo.

Bajó la mirada.

—Ahora daría toda mi fortuna por poder abrazarlo cinco segundos y decirle: «Te quiero, hijo».

Logan sintió un escalofrío.

—Tú todavía puedes decirlo —continuó Edward—. No desperdicies esa posibilidad por miedo.

—Puede que sea demasiado tarde.

—Solo hay una forma de saberlo.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta:

—¿Te vas? ¿No esperas a Leo?

—Será después. Tengo que visitar a mi amigo.

Logan también se puso en pie y Edward añadió algo más antes de marcharse:

—Y tú tienes algo bastante más importante que hacer que ponerte con cosas del trabajo.

Logan lo acompañó hasta la puerta.

—Edward.

El hombre se volvió y Logan le dijo con la mano en el pecho:

—Gracias.

Edward asintió y replicó con una sonrisa mordaz:

—No me obligues a volver mañana.

Logan abrió la puerta.

—Maldita sea.

—¿Qué?

—Que tienes razón.

Edward sonrió.

—Soy el abuelo de Leo. ¿A quién crees que ha salido ese chico tan listo?

Logan ni se lo pensó. Cogió su coche y él mismo condujo hasta casa de Lena.

No había ni un segundo que esperar.

Y si salía mal...

Al menos lo habría intentado, pero todos tenían razón.

Esa casa no podía pasar un día más sin Lena.

Ni él tampoco...

Llegó a su casa, aparcó en un lugar que no parecía muy seguro, pero le dio lo mismo y entró en el portal.

El ascensor del edificio de Adele funcionaba.

Logan se quedó mirándolo durante unos segundos antes de entrar.

Había ordenado reparar aquel aparato durante la reforma, pero nunca lo había utilizado.

Mientras subía hasta el tercer piso, se preguntó qué demonios iba a decir.

Había ensayado varias frases en el coche.

Ninguna parecía suficiente.

Llamó a la puerta.

Adele abrió.

Su expresión cambió apenas lo vio.

No parecía sorprendida.

Tampoco contenta.

—Logan.

—Buenos días.

La mujer se quedó en el umbral y replicó al momento para no hacerle perder tiempo:

—Lena no está.

El corazón le cayó al estómago de solo pensar que se había ido a otro estado o quizá a otro continente:

—¿Dónde está?

—Ha ido a hacer unas fotocopias para la universidad.

Logan respiró. No se había marchado de la ciudad. No sabía por qué había pensado que podía hacerlo.

—¿Puedo esperarla? —le rogó.

Adele lo observó durante varios segundos y solo quiso saber una cosa:

—¿Para qué has venido?

—A hablar con ella.

—Eso no responde a mi pregunta.

Logan sostuvo su mirada y supo que había llegado el momento de decir la verdad:

—He venido a decirle que la quiero.

La expresión de Adele se suavizó ligeramente. Solo ligeramente, pues con las palabras aún no bastaban y le confesó:

—Mi hija lleva una semana sin dormir bien.

Logan bajó la mirada.

—Lo imagino.

—No. No lo imaginas.

La mujer abrió un poco más la puerta, pero todavía no lo dejó pasar.

—Apenas come —confesó con la voz temblorosa—. Lloro cuando cree que no la veo. Y sigue preguntando por Leo, aunque sepa que le hace daño.

A Logan la culpa le cerró la garganta y solo pudo farfullar:

—Lo siento.

—Su padre la abandonó cuando era pequeña. Después tuvo que despedirse de amigos, colegios y casas cada vez que nos mudábamos.

Adele mantuvo la voz firme.

—Y ahora ha tenido que despedirse de un niño al que adora y del hombre del que se ha enamorado.

Logan cerró los ojos un instante.

—No quería hacerle daño.

—Casi nadie quiere.

—Lo he hecho.

—Sí.

—Y no volveré a hacerlo.

Adele lo estudió y replicó negando con la cabeza:

—No me prometas cosas a mí.

—No.

—Prométeselas a ella.

Logan asintió.

—Si has venido porque te sientes solo, márchate.

—No.

—Si has venido porque Leo la echa de menos, márchate.

—Tampoco.

—Si has venido porque necesitas que Lena vuelva a poner orden en tu vida...

Logan casi sonrió.

—Ella nunca puso orden.

Adele alzó una ceja.

—Eso es verdad.

—He venido porque la amo.

La mujer guardó silencio. Finalmente, se apartó.

—Pasa.

Logan entró. Y se fijó en que el apartamento estaba muy avanzado.

La cocina era nueva, pero seguía siendo la cocina de Adele. Los muebles se habían restaurado, las paredes tenían un color más luminoso y la ventana del salón cerraba correctamente.

Sobre el escritorio de Lena en el salón había montones de apuntes.

Su chaqueta para cuando refrescaba colgaba del respaldo del sofá.

Ver aquellas cosas le produjo el mismo dolor que volver al dormitorio vacío.

Adele señaló una silla.

—Puedes esperar.

—Gracias.

—No lo agradezcas todavía. Me voy a la cocina.

Logan se sentó.

Pasaron diez minutos.

Después quince.

Cada ruido del pasillo lo hacía levantar la cabeza.

Cuando finalmente oyó abrirse el ascensor, se puso en pie.

Adele también lo oyó.

Entonces, se secó las manos en un trapo, cogió el bolso y le dijo a Logan:

—Necesito comprar algo urgente.

Logan la miró.

—¿Ahora?

—Urgentísimo. Zanahorias. Sin zanahorias el guiso de carne me sale malísimo.

Sonó el timbre y Adele le pidió que abriera la puerta.

Logan lo hizo con el corazón que se le salía por la boca y Lena apareció al otro lado con una carpeta y varias fotocopias entre los brazos.

Se quedó inmóvil, sin poder creerlo. Sus ojos encontraron los de Logan y el mundo se detuvo.

Adele pasó junto a ella.

—Voy a comprar.

Lena ni siquiera la miró.

—¿Qué?

—Luego vuelvo.

La mujer cerró la puerta desde fuera.

Logan y Lena se quedaron solos.

Durante unos segundos ninguno habló.

Ella estaba más pálida.

Tenía el pelo recogido y ojeras bajo los ojos.

Aun así, seguía siendo lo más hermoso que Logan había visto nunca.

—¡Hola! —saludó él.

Lena apretó las fotocopias contra el pecho.

—Hola.

—¿Puedo...?

Miró hacia el salón.

—Ya estás dentro.

—Sí.

Ella dejó la carpeta sobre la mesa.

No se acercó, tan solo le preguntó en un tono de voz cortante:

—¿A qué has venido?

Logan respiró profundamente y todas las frases ensayadas desaparecieron.

—Llevo una semana intentando respirar.

Lena frunció ligeramente el ceño y disimuló como pudo las ganas de llorar que tenía.

—Y no puedo —añadió Logan.

Ella no dijo nada. Él, consciente de que se estaba jugando lo que más le importaba, continuó:

—No duermo. Apenas trabajo. Leo pregunta por ti todos los días y la casa...

Se interrumpió.

—La casa está vacía.

Los ojos de Lena brillaban con fuerza.

—Pero no he venido por la casa.

—¿No? —inquirió ella, alzando una ceja.

—Ni porque Leo te eche de menos. Aunque te echa muchísimo de menos.

Logan avanzó un paso, le clavó la mirada y masculló:

—He venido por mí.

Ella no retrocedió.

Tampoco se acercó. Y dejó que él siguiera hablando...

—Mi madre me ha dicho que no he aprendido a permitirme ser feliz. Edward me ha contado que hubo una mujer que convirtió su infancia en algo bonito después de perder a su madre. Y Leo me ha dicho que soy bastante tonto.

A Lena se le escapó una pequeña risa entre lágrimas. Porque no pudo evitar llorar...

—En eso tiene razón —murmuró ella.

—En todo.

Logan dio otro paso.

—Creía que amarte significaría distraerme de Leo. Que no podía empezar otra vida cuando todavía estaba intentando aprender a cuidar de él.

Negó lentamente con la cabeza y siguió reconociendo:

—Pero tú no me alejaste de Leo. Me acercaste a él.

Lena se llevó una mano a los labios. Y él quiso que también supiera algo que era muy importante:

—Conseguiste que yo volviera a casa. Que aprendiera a parar. Que entendiera que querer a un niño no es contratar a las mejores personas para cuidarlo, sino estar.

Logan sintió que también se le llenaban los ojos de lágrimas y soltó al fin:

—Y convertiste esa casa en un hogar.

—Logan... —musitó ella, retirándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Déjame terminar.

Ella asintió. Y él confesó, sintiendo que no podía querer más a esa mujer:

—La noche que me dijiste que me querías, yo ya te quería.

Lena cerró los ojos y negó con la cabeza:

—No lo sabía.

—Yo tampoco quería saberlo.

Lena abrió los ojos y admitió, sintiendo un nudo tremendo en el estómago:

—Me hiciste mucho daño.

—Lo hice mal, Lena. Muy mal.

—¿Y? ¿Qué pretendes? Porque no puedes venir ahora y esperar que todo desaparezca.

—No lo espero.

Logan se acercó hasta quedar frente a ella y confesó con una sinceridad que desarmó a Lena:

—Tu madre me ha pedido que no vuelva a hacerte daño.

Las lágrimas volvieron a aflorar a los ojos de Lena y él habló muy emocionado:

—No puedo prometerte que nunca discutiremos. Ni que no meteré la pata. Ni que no intentaré controlar cosas que no me corresponden.

Ella soltó una risa temblorosa.

—Eso sería imposible —susurró ella.

—Pero puedo prometerte que no volveré a huir.

Logan alzó una mano, no la tocó todavía... tan solo esperó y afirmó:

—No estoy aquí porque esté solo. Estoy aquí porque te amo.

Las lágrimas resbalaron finalmente por las mejillas de Lena.

—Te amo, Parker.

La voz se le quebró, pero necesitaba decir algo más:

—Te amo cuando hablas demasiado. Cuando dejas vasos por todas partes. Cuando discutes conmigo delante de mis empleados y cuando consigues que mi sobrino me lleve la contraria con mejores argumentos.

Lena empezó a reír y llorar al mismo tiempo.

—No sabía que había dejado un hueco en tu casa —murmuró Lena.

—Un hueco terrible.

Logan rozó su mejilla y admitió, mirándola con un deseo infinito:

—Y no te cuento en mi cama...

Le limpió una lágrima con el pulgar y, esta vez mirándola con amor, añadió:

—Y en mi corazón.

Ella cerró los ojos contra su mano.

—Cuánto has tardado en venir, Cole.

—Demasiado —reconoció él.

—Muchísimo.

—Joder...

—Eres idiota —le dijo Lena al fin, con una sonrisa de pura felicidad.

—También.

Lena se mordió los labios y soltó con más rabia de la que realmente sentía:

—Te odio un poco.

—Lo merezco.

—Y te quiero demasiado.

Logan dejó de respirar y farfulló con la garganta tensa:

—¿Eso significa...?

Ella no le permitió terminar. Se lanzó contra él.

Logan la abrazó con tanta fuerza que los papeles cayeron al suelo y hundió el rostro en su cuello.

Lena se aferró a su camisa.

—Te amo —dijo—. Te amo tanto.

—Perdóname.

—Te perdono.

—No he terminado de pedirlo.

—Estás tardando demasiado para ser tú —musitó Lena, entre risas.

Logan se rio contra su pelo. La besó, pero no fue un beso de tres segundos. Ni de cuatro. Ni hubo nadie cronometrándolo.

Fue un beso desesperado, lleno de una semana de ausencia, de miedo, de culpa y de todo lo que ninguno de los dos había sabido decir a tiempo.

Cuando se separaron, Lena apoyó la frente contra la suya.

—¿Y ahora?

Logan la miró.

—Ahora vuelves a casa.

Ella sonrió entre lágrimas.

—¿A cuál?

Él le acarició la cara.

—A la nuestra.

Lena volvió a besarlo.

Y, esta vez, Logan supo con absoluta certeza que no pensaba dejarla marchar jamás.

EPÍLOGO

Un año y un mes después

—¡No miréis!

Leo salió de la cocina de Belinda's Corner con una tarta enorme entre las manos.

La tarta se inclinaba peligrosamente hacia un lado.

Belinda caminaba detrás, intentando sujetarla sin que él lo notara.

—Estamos mirando al frente —dijo Logan.

—¡He dicho que no miréis!

Lena se tapó los ojos.

—No estoy mirando.

—¡Tú haces trampas! —exclamó Leo.

—Eso lo has aprendido de mi tío.

Logan la miró.

—Yo no hago trampas.

—Negocias las reglas hasta que te favorecen —replicó Lena, risueña.

—No es lo mismo.

—Exactamente lo mismo —asintió Lena.

Leo dejó la tarta sobre la mesa.

—Ya podéis.

Lena retiró las manos.

En la parte superior había un cohete, varias estrellas y un número diez torcido.

—¡Diez! —exclamó ella—. No puedo creer que ya tengas diez años.

—Yo sí.

—Eso es porque llevas esperándolo desde ayer.

Leo señaló la tarta y les dijo muy orgulloso:

—La he decorado yo.

—Eso explica el cohete —dijo Logan.

—¿No te gusta?

—Me encanta.

El niño sonrió.

Belinda colocó varios platos.

—Y más le vale, porque tenemos colorante azul para las próximas seis semanas.

El local estaba lleno.

Ryan ocupaba una mesa cercana junto a varios compañeros del trabajo y corrigió a Leo cuando este dijo que el cohete «volaba al espacio».

—Los cohetes se propulsan.

—Hoy cumplo años. No quiero clases, Ryan —habló Leo, divertido.

—Buen argumento —admitió Ryan.

Adele estaba sentada junto a la madre de Logan. Las dos habían congeniado de una manera que preocupaba profundamente a sus hijos.

Juntas eran capaces de cualquier cosa.

Edward había viajado desde Canadá con su esposa.

Había llegado con tres regalos para Leo después de prometer que solo llevaría uno.

La señora Wolf también estaba allí.

Paul había aparecido tarde, despeinado y con una bolsa de regalo que parecía haber comprado durante el trayecto.

En fin, que estaba toda la familia.

Porque eso eran ya.

Una familia extraña, ruidosa y bastante más grande de lo que Logan había imaginado que tendría algún día.

Leo sopló las velas.

Todos aplaudieron.

—¿Qué has pedido? —preguntó Lena.

—No se puede decir.

—Entonces no se cumplirá —bromeó Logan.

—Eso no es verdad.

—Estadísticamente...

Lena le dio un codazo.

—Déjalo disfrutar.

—Solo explicaba... —murmuró Logan.

—Hoy no hay estadísticas —le dijo Lena, guiñándole un ojo.

Leo cortó un trozo de tarta y les confesó a todos:

—He pedido un perro.

Logan se pasó la mano por la nuca y tuvo que morderse los carrillos por dentro para no soltar una carcajada:

—Lo acabas de decir.

—Ya lo sabía todo el mundo.

—No significa que vaya a cumplirse —le advirtió Logan, aunque empezaba a sospechar que aquella batalla estaba perdida.

Leo miró a Lena, como pidiéndole de un modo gracioso que hiciera algo.

Ella se encogió de hombros y repuso:

—No me metas.

—Tú dijiste que te gustaban los perros.

—Y me gustan.

Logan se volvió hacia ella y negó rotundo:

—No.

—No he dicho nada.

—Esa cara lo ha dicho —replicó Logan, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué cara?

—La misma que pusiste antes del grafiti.

Leo sonrió y gritó agitando los brazos:

—¡Yuhu! ¡Entonces, tendremos perro!

—No tendremos perro.

Edward tomó un sorbo de café.

—En Canadá tengo espacio para varios.

Logan lo fulminó con la mirada y le soltó:

—No ayudes.

—Solo expongo posibilidades.

Lena soltó una carcajada.

Hacía un año, Edward Whitmore no habría hecho una broma en una situación así.

Ahora visitaba Nueva York cada dos meses.

Leo pasaba algunas semanas de verano en Canadá y regresaba contando historias de caballos, lagos y las absurdas reglas de su abuelo.

Edward seguía siendo serio.

Estricto.

Un poco estirado.

Pero ya no intentaba convertir a Leo en otra persona.
Y Leo había aprendido que podía quererlo sin tener que vivir con él.

Belinda repartió la tarta y comentó en voz alta:

—Lena, tenemos que brindar también por ti.

Ella negó con la cabeza.

—Hoy es el cumpleaños de Leo.

—Y ayer aprobaste el último examen.

Paul levantó la copa.

—¡Por la futura abogada!

Todos aplaudieron de nuevo.

Lena se sonrojó.

—Todavía me queda encontrar trabajo.

—Pero vas a conseguirlo —dijo Logan.

La miró con orgullo.

Lena había dejado de trabajar a diario en Belinda's Corner, aunque seguía apareciendo varios días a la semana porque, según ella, no podía estudiar sin oír a Belinda gritar órdenes desde la barra.

El piso de Adele había quedado completamente reformado.

Sin tirar ninguna pared estructural.

Lena se lo recordaba siempre que podía.

Y Logan había mantenido todos los cambios que prometió a Margaret Hill.

Ya no trabajaba catorce horas.

No aceptaba reuniones los jueves por la tarde.

Regresaba a casa para cenar.

La señora Wolf no había vuelto a quedarse después de su horario salvo en ocasiones excepcionales.

Y Cole Developments seguía en pie.

Para sorpresa de nadie salvo la del propio Logan.

—¿A qué hora has llegado hoy? —preguntó Leo.

Logan miró el reloj.

—A las cinco menos diez.

—Muy bien.

—Gracias por evaluarme.

—Solo compruebo.

—Margaret Hill ya cerró el expediente hace meses.

—Yo no —aseguró Leo, con la boca llena de tarta.

Lena se rio.

Logan se inclinó hacia ella y la besó.

Leo bajó la vista hacia su reloj.

—No empieces —advirtió Logan sin apartarse del todo.

—Estoy contando.

—Tienes diez años. Deberías buscarte otra afición.

—Me gusta esta.

Lena rodeó el cuello de Logan con los brazos.

—Déjalo.

Volvió a besarlo.

Leo siguió mirando el reloj.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

El beso continuó.

—Ya no duran tres segundos desde hace mogollón —comentó Leo, tronchado.

Logan se separó lo justo para mirarlo.

—¿Cuánto duran ahora?

Leo consultó el reloj.

Después los miró con una sonrisa enorme.

—Muchísimo.

Todos se rieron.

Lena apoyó la cabeza sobre el hombro de Logan.

Él entrelazó los dedos con los suyos bajo la mesa.

Belinda's Corner seguía siendo el mismo lugar de siempre.

La misma mesa junto a la ventana.

Las mismas hamburguesas.

Los mismos batidos.

Pero sus vidas habían cambiado por completo.

Leo tenía diez años y un hogar.

Logan tenía una familia que jamás había sabido que necesitaba.

Y Lena los miraba a los dos sabiendo que, contra todo pronóstico, aquel extraño acuerdo había terminado dándole mucho más de lo que jamás se habría atrevido a pedir.

Logan se inclinó hacia ella.

—¿Qué has pedido tú?

—No era mi cumpleaños.

—Siempre pides algo cuando se soplan velas.

Lena sonrió y dijo:

—Puede que esta vez también.

—¿Qué?

Ella miró a Leo, que discutía con Edward sobre el perro. Después volvió los ojos hacia Logan y respondió:

—Un bebé.

Logan se quedó rígido como un palo.

—¿Un bebé?

Ella alzó una ceja.

—Has preguntado.

Leo levantó la cabeza desde el otro lado de la mesa.

—¡Un hermano! ¡Lo estoy deseando!

Logan cerró los ojos.

—Perfecto. Ya tenemos al inspector de besos. Ahora también tendremos al inspector de embarazos.

Lena soltó una carcajada.

—No he dicho que tenga que ser ahora.

Logan volvió a mirarla.

—Pero lo quieres.

Lena asintió.

—Contigo, sí.

Él le acarició la mejilla y la besó.

—Y yo también, preciosa.

Leo volvió a mirar el reloj.

—Empiezo a contar.

Logan se separó apenas de los labios de Lena.

—Ni se te ocurra.

—Demasiado tarde.

Lena se rio y volvió a besarlo.

A su alrededor continuaron las risas, las conversaciones y las protestas de Logan porque Leo seguía cronometrando sus besos.

Lena cerró los ojos un instante.

Había pasado gran parte de su vida marchándose de lugares que nunca terminaban de pertenecerle.

Ya no.

Tenía a Leo.

Tenía a Logan.

Tenía una familia.

Y, quizá algún día, serían uno más.

Pero por primera vez en su vida no tenía que preguntarse cuándo llegaría el momento de marcharse.

Porque, por fin, había encontrado el lugar en el que quería quedarse.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, lo primero que quiero decirte es un millón de gracias.

Gracias por haber elegido *El juego de amarte*, por haber compartido un ratito de tu vida con Logan, Lena y Leo y por haber llegado con ellos hasta el final.

Espero que hayas disfrutado de esta familia un poco caótica que empezó con un trato, una novia falsa y unos cuantos besos cronometrados y terminó convirtiéndose en algo que ninguno de ellos esperaba.

Y ahora quiero pedirte un pequeño favor.

Si la historia te ha gustado, ¿me dejarías una reseña o unas palabras en Amazon?

No hace falta que sea larga. Unas pocas líneas contando qué te ha parecido son más que suficientes. Las reseñas ayudan muchísimo a que otros lectores descubran mis novelas y, para quienes escribimos y publicamos nuestras historias, también son una forma preciosa de saber que al otro lado hay alguien que ha reído, se ha emocionado o se ha enamorado un poquito de nuestros personajes.

Así que, si tienes un minuto, te agradeceré enormemente que me cuentes qué te ha parecido *El juego de amarte*.

Gracias por seguir leyendo mis historias, por acompañarme libro tras libro y por permitirme continuar haciendo algo que me hace inmensamente feliz: escribir historias de amor.

Nos vemos en la próxima.

Dina Reed

MÁS NOVELAS

¿TE HAS QUEDADO CON GANAS DE MÁS?

Si has disfrutado de *El juego de amarte* y te apetece seguir riendo, enamorándote y conociendo a protagonistas que aseguran tenerlo todo bajo control hasta que el amor decide demostrarles lo contrario, puedes continuar con otras de mis novelas.

EL RETO DE AMARTE

Hay retos que parecen imposibles.
Hasta que aparece la persona por la que merece la pena intentarlo.

Descubre [**El reto de amarte**](#)

NO SOY TU NOVIO

Puede repetirlo todas las veces que quiera.
El problema es que hay sentimientos que no entienden de etiquetas.

Descubre [**No soy tu novio**](#)

EL DESEO DE AMARTE

Porque puedes intentar controlar muchas cosas en tu vida.
De quién te enamoras no suele ser una de ellas.

Descubre [**El deseo de amarte**](#)

Si quieres conocer mis próximas historias, puedes seguirme en Amazon para no perderte ninguna novedad.

Y contactar conmigo en:

Instagram: @novelasdinareed

Facebook: [**Dina Reed**](#)
